

GITANOS DEL ESPACIO



CITA GALACTICA
(Gitanos del Espacio)

POUL ANDERSON



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Cita galáctica

(Gitanos del espacio)

Poul Anderson

La característica de Poul Anderson, brillante y joven escritor norteamericano que, en el espacio de pocos años, se ha puesto a la cabeza de los modernos escritores sobre temas futuristas, es su sencillez y su amenidad. En ninguna de sus ya numerosas obras el lector se verá enfrentado con problemas que le parezcan absurdos o que escapen a su capacidad de comprensión. Por ejemplo, en esta novela, que aborda el problema eterno de los pueblos viajeros, nos encontramos con aventuras fascinantes de la raza que, en un porvenir remoto, muy lejos de la Tierra, de la que aún se habla con un respeto lleno de veneración, desempeña el papel que en la historia de nuestro planeta fue interpretado de la manera más azarosa por los Vikingos de los siglos VIII y IX, con la diferencia de que los viajes no serán de Noruega a América, África o Jerusalén, sino a los más remotos sistemas y a los planetas más diversos y sobrecogedores, presentados por el autor con una verosimilitud y gracejo sorprendentes y animadísimos.

I.- RENDEZVOUS

Existe un planeta más allá del borde de lo conocido, y su nombre es Rendezvous.

Pocos mundos son más bellos a los ojos del hombre. Cuando las cansadas naves llegan desde el espacio y la soledad, ven una estrella amarilla sobre el fondo de las grandes constelaciones de frío color; y, al acercarse, ven tornarse incandescente su corona gloriosa. El planeta crece al aproximarse las naves; se convierte en un disco color zafiro orlado de nubes, empañado por la lluvia, el viento y las nieblas montañosas. Las naves se deslizan alrededor del planeta, estabilizándose en una órbita entre las lunas, y los botes no tardan en despegarse de ellas, lanzándose cielo abajo para planetizar. Y entonces, durante un rato, el planeta revive con gran ruido y movimiento, mientras la vida humana se esparce en libertad.

Así debió ser la Tierra en una edad olvidada, antes de que los glaciares se corrieran hacia el sur. Aquí se ven las amplias y verdes ondulaciones del terreno, alcanzando hasta el remoto horizonte. A lo lejos se yerguen las montañas; al otro lado está el mar. El cielo es grande aquí, cubriendo el mundo con su azul inmensidad.

Pero la diferencia es lo que obsesiona. Hay árboles, pero no son el roble, el pino ni el olmo, o la palmera, el baobab o la sequoia, de la Tierra, y el viento gime a través de sus hojas con un sonido extraño. Los frutos de los árboles son dulces, picantes y sabrosos al comerlos, pero siempre se nota la insinuación de un gusto que el hombre nunca conoció antes. Los pájaros no nos son familiares; los animales de la llanura y la selva tienen seis patas y un reflejo verdoso en sus pieles. Por la noche, las constelaciones presentan un aspecto desconocido y tal vez se vean cuatro lunas en el cielo.

No, no es la Tierra, y el conocer este hecho se convierte en un hambre en tu interior que no te deja en paz. Pero tú nunca has visto la Tierra; T ahora el hambre ya forma parte de ti, de modo que tampoco allí te sentirías en casa. Porque te has convertido en un nómada.

Y sólo tú has aprendido dónde encontrar este tranquilo lugar. Para todos los demás, Rendezvous está más allá del borde de lo conocido.

II.- ¿GUERRA SECRETA?

No había nadie más en el bote. Todos se habían apresurado a instalar sus puestos de venta y a mezclarse con los demás, para divertirse, pelear y

Llevar a cabo sus astutos negocios. Los pasos de Peregrino Joaquín Henry sonaron a hueco entre las desnudas paredes metálicas cuando entró en la cámara intermedia. El bote era una columna de cuarenta metros de acerada incomodidad, posado entre sus compañeros al final del Valle de los Nómadas. La aldea temporal se formó a unos buenos dos kilómetros de los botes.

Ordinariamente, Joaquín hubiera estado allí abajo, alegre y genial; pero era capitán y el Consejo de Capitanes iba a reunirse. Y no era esta una asamblea a la que pudiera faltar, pensó. No, con las noticias que tenía que darles.

Tomó el eje de gravedad, dejándose llevar por el rayo ascendente hasta el camarote superior, donde tenía su garita. Después de emerger, cruzó el piso y abrió el guardarropa. Joaquín decidió que necesitaba un afeitado y pasó rápidamente la maquinilla por su rostro.

Normalmente no se preocupaba por las galas... como todos los nómadas; llevaba cualquier traje o iba desnudo, durante los viajes. Las visitas a superficies planetarias no le obligaban de ordinario a vestirse formalmente; pero se esperaba de él que llevara el uniforme.

-Somos un grupo de fanáticos -reflexionó en voz alta mientras se contemplaba en el espejo.

Éste le mostraba un hombre rechoncho de estatura mediana, piel morena, cabellos grisáceos y ojos grises que miraban de soslayo entre una red de patas de gallo. El rostro era franco y rudo, cruzado por líneas profundas, pero no viejo. Era de media edad -tenía sesenta y cinco años - pero había en él gran vitalidad.

El kilt, con sus cuadros escoceses en rojo, negro y verde, los colores del clan Peregrino, le venía estrecho de cintura. ¿Habría encogido la maldita prenda? No, más bien temió haber engordado. No mucho, pero Jere le habría gastado bromas acerca de ello y después

hubiese ensanchado la prenda.

Jere. Ya hacía quince años que llevara a cabo la Larga Travesía. Y los niños habían crecido y se habían casado. Bueno... Continuó vistiéndose. Sobre la fina camisa se puso rápidamente una chaqueta complicadamente bordada, con el, escudo de armas de Joaquín tejido en el dibujo. Su manga llevaba la insignia de su rango -capitán - y de su servicio - astrogación. Borceguíes le cubrían las piernas; una bolsa y la pistola en su funda le rodeaban la cintura y un gorro con plumas le cubría la cabeza de cortos cabellos. Porque era hereditario y se esperaba de él, llevaba el collar de oro macizo y su medallón incrustado de brillantes. Una capa púrpura y escarlata flameaba sobre sus hombros y llevaba guanteletes.

Joaquín cruzó el camarote, bajó por el eje, salió de la cámara intermedia y descendió por la escalera retráctil que servía de pasarela. Un camino apenas señalado serpenteaba desde el valle y lo siguió, moviéndose con un paso ligeramente bamboleante, parecido al de un oso. El cielo aparecía absolutamente azul; la luz del sol se derramaba por la amplia y verde extensión de terreno; el viento le trajo la débil y cristalina risa de un pájaro campanero. No había duda, el hombre no estaba hecho para sentarse en una concha metálica y apresurarse de estrella en estrella. No era extraño que tantos hubieran abandonado la vida nómada. ¿Quién fue aquella joven, la esposa de Sean, de Nerthus?

-¡Salud, Hall -dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió.

-¡Oh, Laurie! Hace mucho tiempo que no te veía.

Vagabundo MacTeague Laurie, luciendo un arco iris en su uniforme, adaptó su paso al de Joaquín.

-Llegué ayer -explicó-. Supongo que hemos sido los últimos y traemos noticia del *Caminante* y del *Romero* de que no podrían venir este año. De manera que con esto todas las nave:, están ya aquí... de todos modos, Viajante Thorkild dijo que convocaría hoy la reunión.

-Así es. Hablamos con el *Vagante* cerca de Canopus y no van a venir. Tenían algún negocio entre manos; supongo que será un nuevo planeta con posibilidades de comercio y que desean llegar allí antes de que otros lo hagan.

MacTeague silbó.

-Se alejan mucho, verdaderamente. ¿Qué hacías tú a tanta distancia?

-Sólo echar un vistazo -dijo inocentemente Joaquín-. No hay nada de malo en eso. Canopus es todavía territorio libre; ninguna nave tiene aún una pertenencia en ella.

-¿Por qué hacer un salto si tienes todo el comercio que puedas desear en tu propio territorio?

-¿Tu tripulación está de acuerdo contigo?

-Bueno, la mayor parte. Algunos, naturalmente, están siempre suspirando por «Nuevos horizontes», pero hasta ahora no lo han puesto a votación. Pero... - los ojos de MacTeague se estrecharon -. Si tú has estado rondando cerca de Canopus, Hal, es que ahí hay dinero.

El salón de los Capitanes se hallaba cerca del borde de un risco. Más de dos siglos atrás, cuando los nómadas descubrieron Rendezvous y lo escogieron como lugar de reunión, construyeron el Salón. Doscientos años de lluvias, vientos y sol habían pasado; y todavía estaba ahí. Aún continuaría seguramente en el mismo lugar cuando todos los nómadas hubieran desaparecido en las tinieblas.

El hombre era una cosa pequeña y apresurada; sus naves espaciales atravesaban los años luz y su febril energía hacía resonar los cielos de un millar de mundos con sus obras... pero la vieja oscuridad inmortal llegaba mucho más lejos de lo que él pudiera imaginar.

Los otros capitanes iban llegando también, en un torbellino de color y un retumbo de voces. Sólo había unos treinta en esta cita... cuatro naves informaron que no vendrían y además faltaban algunos. Todos los capitanes habían dejado atrás su juventud; algunos eran bastante viejos.

Cada nave nómada era en realidad un clan... un grupo exógamo que pretendía tener una descendencia común. Había, por término medio, unas mil quinientas personas de todas las edades pertenecientes a cada navío, pasando las mujeres a las naves de sus maridos. La capitanía era hereditaria y se elegía el sucesor entre los hombres de la familia, si había alguno suficientemente calificado.

Pero los nombres eran siempre los mismos en las naves. Sólo había dieciséis familias en el Viajero 1, el cual había comenzado la cultura nómada entera, y la adopción no añadió muchas más.

Periódicamente, cuando las naves estaban demasiado pobladas, los jóvenes se unían y fundaban una nueva, ayudándoles todos los nómadas a construir el navío. De este modo se había extendido la flota. Pero la presidencia del Consejo era hereditaria en el Capitán del Viajero..., el tercero de este nombre durante los trescientos años desde que empezó el viaje imperecedero, y siempre era un Thorkild.

El *Vagamundo, Gitano, Hobo,* Viajero, *Beduino, Swagman,* Ambulante, *Explorador, Trovador,* Aven*turero, Sundowner, Emigrante... Joaquín* vio entrar a los capitanes y se preguntó, para su capote, qué nombre llevaría la nave siguiente. Había una tradición que prohibía usar un nombre que no fuera tomado de cualquier idioma humano.

Cuando todos los demás hubieron entrado, Joaquín subió al porche y penetró en el Salón. Era un lugar espacioso y agradable, con sus pilares y artesonado tallados con intrincado cuidado, sus tapices y los relieves metálicos pulidos. Cualquier cosa que pudiera decirse en contra de los nómadas era plausible, pero tenía que admitirse que eran muy hábiles en las artes mecánicas.

Joaquín se recostó en su silla junto a la mesa, cruzó las piernas y buscó la pipa en sus bolsillos. Cuando la hubo encendido y ya exhalaba alegres nubes de humo azul, Viajero Thorkild Helmuth llamaba al orden a los reunidos. Thorkild era un hombre alto, sombrío y de rostro austero, de cabellos y barba blancos, que se mantenía rígidamente erecto en su silla de oscura madera tallada.

Joaquín no prestó mucha atención al ritual que siguió.

-Todas las naves excepto cinco están aquí presentes o han dado razón de ellas -concluyó Thorkild - y por lo tanto he convocado esta reunión para discutir hechos, determinar nuestra política y presentar propuestas ante los votantes. ¿Tiene alguien una cuestión que presentar?

Hubo, como de costumbre, unas cuantas, ninguna demasiado importante. El *Romany* deseaba que se le reconociera como territorio propio una extensión de cincuenta años luz alrededor de Thossa. Ningún otro navío nómada podría comerciar, explotar, construir, organizar o hacer uso en cualquier otra forma de dicha región, sin el permiso del concesionario. Esto se fundaba en que el *Romany* había llevado a cabo la mayor parte de las exploraciones en ella. Después de alguna discusión, se le concedió.

El *Aventurero* deseaba informar de que el Shan de Barjaz-Kaui

en Davenigo, conocido también como Ettalume IV, había implantado un nuevo impuesto para los comerciantes. Como el planeta era conocido por el Servicio de Coordinación, a los nómadas no les era posible derrocar al Shan por la violencia; pero, con algo de ayuda, tal vez fuera posible subvertir su gobierno y conseguir un príncipe más amistoso. ¿Alguien se interesaba por el proyecto? Bien, quizá el *Beduino; podrían* hablar de ello más tarde.

El *Paseante* había tenido dificultades más serias con los de la Coordinación. Parecía ser que el navío estuvo vendiendo armas a una raza a la que no se suponía bastante preparada para tal tecnología y el Servicio de Coordinación lo había descubierto. Todos los nómadas harían bien en vigilar sus pasos durante un tiempo.

El *Fiddlefoot* iba a ir a Espiga, donde intentaría cambiar productos solares y deseaba saber si a alguien le interesaba comprar una participación en su empresa. Los artículos transportados libremente desde Sol eran caros.

Así siguió... propuesta, debate, argumentación, informe, decisión definitiva. Joaquín bostezó y se rascó. Finalmente le llegó el turno y alzó un dedo.

-Capitán Peregrino Joaquín - le reconoció Thorkild-. ¿Habla usted en nombre de su nave?

-En mi nombre y en el de otros pocos - dijo Joaquín -, pero mi nave me seguirá en esto. Tengo que presentar un informe.

-Proceda.

Todos los ojos se fijaran en él, a lo largo de la mesa del Consejo.

Joaquín empezó recargando su pipa.

-Me he sentido algo así como curioso durante los últimos años -dijo- y he mantenido los ojos abiertos. Hubieran podido creer que era uno de la Coordinación, por el modo en que he ido reconstruyendo el crimen. Y yo creo que es un crimen, o tal vez una guerra. Una guerra silenciosa pero cabal. - Se interrumpió calculadoramente para encender su pipa-. Durante los últimos diez años, más o menos, hemos perdido cinco naves. Nunca informaron a nadie. ¿Qué significa esto? Podría suceder una o dos veces por puro accidente, pero ya saben ustedes cuán cuidadosos somos al tratar con lo desconocido. Cinco naves son demasiadas para que hayan podido perderse.

Especialmente, si las perdemos todas en la misma región.

-Un momento, Capitán Peregrino -dijo Thorkild -. Eso no es así. Esas naves desaparecieron en dirección a Sagitario... pero eso incluye un espacio muy grande. Sus rutas no hubieran estado muy cercanas las unas de las otras.

-No... Tal vez no. Aun así, la Unión cubre más territorio que ese volumen de espacio en el que desapareció nuestra gente.

-Quiere usted dar a entender... No, eso es ridículo. Muchas otras naves han atravesado esa región sin sufrir daño alguno y nos han informado de que está completamente incivilizada. Los planetas en los que tocamos estaban completamente atrasados. No había cultura mecánica ni siquiera en uno de ellos.

Joaquín asintió.

-¿No es ese un hecho extraño? En un espacio tan enorme, debería haber alguna raza que por lo menos hubiera llegado a tener máquinas de vapor.

-Bien, hemos tocado en... - Thorkild se acarició la barba.

Romany Ortega Pedro, quien poseía una memoria fotográfica, habló.

-El volumen dentro del cual esas naves desaparecieron es de, digamos, veinte o treinta millones cúbicos de años luz. Contiene tal vez cuatro millones de soles, de los cuales virtualmente todos tienen planetas. Es una región poco prometedora precisamente por estar tan atrasada y pocas naves han ido allí. Por lo que yo sé, los nómadas se han detenido en menos de un millar de estrellas en ese volumen. Ahora en serio, Joaquín, ¿considera usted esto una sospecha admisible?

-No. Sólo lo menciono como una... digamos una pequeña indicación. Repito, yo niego que cinco naves, en diez años, puedan haberse perdido a causa de enfermedades desconocidas, nativos traidores, vórtices de trepidación o cosas parecidas. Sus capitanes no eran tan estúpidos.

»Yo he hablado con nómadas que estuvieron allí y también con forasteros, exploradores, comerciantes, gentes que buscaban lugares en los que fundar colonias, con cualquiera. O con cualquier cosa, ya que me he apoderado de algunos seres - se refería a seres del espacio

no humanos- quienes lo habían atravesado o se habían detenido allí. Incluso me abrí camino hasta la oficina de Coordinación en Nerthus y eché un vistazo a sus registros de Vigilancia Galáctica.

»El espacio es inmenso. Hasta esta pequeña porción de la Galaxia que el hombre ha recorrido es más grande de lo que podemos pensar... y nos hemos pasado la vida en el vacío. Hay treinta mil años luz hasta el centro galáctico. ¡Hay unos *cien billones* de soles en la Galaxia! El hombre nunca será capaz de pensar concretamente en tales términos. Sencillamente, no puede hacerse.

»Así es que hay una gran cantidad de información de hechos aislados y nadie los coordina para ver lo que significan. Ni siquiera el Servicio puede hacerlo... ya tienen bastantes dificultades gobernando la Unión sin que hayan de preocuparse por las fronteras y lo que queda más allá de ellas. Cuando empecé a investigar, descubrí que yo era el primer ser que había tan siquiera pensado en esto.

-¿Y qué ha descubierto usted? -preguntó tranquilamente Thorkild.

-No mucho, pero es muy sugerente. También han habido naves de otros seres que han desaparecido en esa región. Pero los de Coordinación y Vigilancia nunca tuvieron dificultades. Si algo le hubiera sucedido a uno de sus navíos, hubieran destacado botes espía tan deprisa, que se hubieran encontrado con ellos mismos al regreso. ¿Ven ustedes lo que significa? *Alguien* sabe mucho de nuestra civilización... lo bastante para saber a quién pueden molestar impunemente.

»Además hay un buen número de planetas (que es lo que uno esperaría) y no muchos de ellos parecen tener nativos (que es lo que uno no esperaría). Son... bueno, hay al menos una docena que recuerdan a Rendezvous, mundos hermosos y verdes, sin un edificio o una carretera a la vista.

-Tal vez sean seres tímidos, como los de este planeta -dijo Vagabundo MacTeague -. Ya hacía cincuenta años que estábamos aquí cuando supimos que había nativos. Y un caso parecido sucedió en Nerthus, recuerden.

-Los nerthusianos tienen una clase de cultura poco común -dijo pensativamente Romany Ortega -. No, lo más seguro es que esos mundos de los que está usted hablando estén realmente deshabitados.

-Muy. bien -dijo Joaquín-. Hay más que contar. En unos pocos

casos, hubieron planetas con lo que nosotros consideramos una cultura normal: casas, labranza y demás. El contacto se hizo con bastante facilidad en todas esas ocasiones y, en general, los nativos parecían no extrañarse ante la vista de las naves espaciales. Pero cuando comparé informes, descubrí que ninguno de esos planetas había sido visitado anteriormente por nadie de *nuestra* civilización.

-Espere -empezó Thorkild -. No estará usted sugiriendo...

-Todavía hay más -interrumpió Joaquín, Desgraciadamente, pocas expediciones de mentalidad científica han estado en la... la región X de manera que no pude conseguir una descripción exacta de su fauna y flora. Sin embargo, un par de personas con las que hablé se sintieron impresionadas por lo que parecían ser plantas y árboles notablemente parecidos en esos planetas T supuestamente deshabitados. La Vigilancia Galáctica tenía alguna información provechosa a ese respecto. Habían notado algo más que un parecido... descubrieron que una buena docena de especies vegetales eran *idénticas* en seis mundos deshabitados. ¡Explíquenme esto!

-¿Cómo lo explica la Vigilancia? -preguntó Fiddlefoot Kogama.

-No lo explicó. Tienen demasiadas cosas que hacer. Su fichero robot integró una razonable probabilidad de que la similitud fuera debida al trasplante, tal vez accidental, hecho por una expedición de Tiunra.

-¿Tiunra? No creo haber oído...

-Probablemente no ha oído nada. Son los nativos de un planeta M al otro lado de Vega. Una extraña cultura... viajaban. por el espacio desde unos quinientos años antes de que el hombre saliera de Sol, pero nunca se interesaron por la colonización. Aún hoy día, tengo entendido que no tienen mucho que ver con la Unión. Sencillamente, no les interesa.

»De todos modos, me tomé la molestia de escribir a Tiunra. Mandé la carta a Nerthus hace más de dos años. Preguntaba, a quienquiera que estuviese a cargo de sus informes de vigilancia, sobre la región X. ¿Qué habían descubierto? ¿Qué habían hecho o qué les habían hecho allí?

»Recibí la respuesta hace seis meses, cuando nos detuvimos en Nerthus. Muy atenta; hasta la escribieron en escritura básica humana. Si, sus naves atravesaron la región X unos cuatrocientos años atrás. Pero no notaron las cosas que yo mencionaba y estaban seguros de

que no hicieron ningún trasplante, accidental o de otra clase. Y ellos perdieron cuatro naves.

»Muy bien. -Joaquín se reclinó en su asiento, extendiendo sus piernas bajo la mesa y exhaló una serie de anillos de humo-. Ahí lo tenéis, muchachos. Haced lo que queráis con ello.

Reinó el silencio. El viento, soplando por la puerta abierta, agitaba los tapices. Una ligera placa metálica sonaba como un gong diminuto.

Finalmente habló Ortega, como si hiciera un esfuerzo:

-¿Qué hay de los tiunranos? ¿Hicieron algo acerca de sus naves perdidas?

-Nada, excepto abandonar esa parte del espacio - dijo Joaquín.

-¿Y no han informado a la Coordinación?

-No, que yo sepa. Pero además, la Coordinación nunca se lo pidió.

Thorkild tenía un aspecto sombrío.

-Éste es un asunto muy serio.

-Eso es decir poco - afirmó lentamente Joaquín.

-No ha probado usted absolutamente su caso.

-Tal vez no. Pero ciertamente tendría que investigarse.

-Muy bien, entonces. Aceptemos su suposición. La región X, y tal vez toda la Gran Cruz, está bajo la autoridad de una civilización reservada y hostil, tecnológicamente igual a la nuestra... o superior, por lo que sabemos. Todavía no puedo imaginar cómo es posible ocultar la clase de tecnología implicada. Consideren únicamente la emisión de neutrinos de una gran planta de energía atómica, por ejemplo. Se puede llegar a un planeta en el que estén usando energía atómica, a través de varios años luz, sólo con la ayuda de un detector de neutrinos. Bueno, tal vez tengan alguna clase de pantalla. -Thorkild tableó en la mesa con un huesudo dedo-. De modo que no les gustamos y nos han espiado un poco. ¿Qué implica esto?

-Conquista... ¿ Piensan invadir la Unión? - preguntó MacTeague.

Trekker Petroff dijo:

-Tal vez sólo deseen que les dejen solos.

-¿Qué pueden esperar ganar con una guerra? - protestó Ortega.

-No estoy haciendo conjeturas sobre sus motivos -dijo Joaquín-. Esas criaturas no son humanas. Lo que digo es que sería mejor suponer que son hostiles.

-Muy bien -dijo Thorkild -. Usted es el que más ha pensado en este asunto. ¿Qué viene a continuación?

-Bueno, miren el mapa -dijo suavemente Joaquín-. La Unión, como una unidad tanto cultural como semipolítica, se extiende en dirección al centro galáctico, Sagitario. El imperio X se encuentra cruzando el camino de la Unión. X, aunque sea pacífico, puede creer que le son necesarias las contramedidas.

»¿Dónde estamos *nosotros?* En la frontera defensiva entre la Unión y Sagitario y extendiéndonos por las regiones más allá, de las que no hay mapas. Exactamente entre la Unión y X. Al Servicio de Coordinación no le gustan los nómadas y X ya ha demostrado lo que piensa de nosotros. Nosotros somos los bárbaros... ¡justo entre las piedras de molino superior e inferior!

Hubo otra pausa. Podían encararse con la muerte, pero la extinción de su tribu completa era un concepto aturdidor; y toda la historia de los nómadas no era más que una larga huida de la absorción cultural.

Treinta y tantas naves, con unos cincuenta mil seres humanos... ¿qué *puede hacerse?*

Joaquín respondió a este grito inexpresado con unas pocas y lentas palabras:

-He estado pensando en esto durante cierto tiempo, amigos, y tengo una especie de respuesta.

El primer requisito para cualquier operación es la información y ni siquiera sabemos si X constituye una amenaza.

»He aquí lo que os propongo. Dejemos la cuestión en paz por el momento. Naturalmente, ninguna nave entrará en la Gran Cruz, pero por lo demás podemos continuar como de costumbre. Pero yo

convertiré en explorador al *Peregrino* y espiaremos a los desconocidos.

-¿Eh? -Thorkild le miró, parpadeando.

-Seguro. Le diré a la mayor parte de mi tripulación, al principio, que es una arriesgada empresa de exploración. Curiosearemos los alrededores como solemos hacer y yo dirigiré la búsqueda del modo que crea más conveniente. Podemos luchar si es necesario, y una vez estemos en superimpulsión, nadie podrá seguirnos ni dispararnos.

-Bien, esto suena... muy bien - dijo Thorkild.

-Naturalmente - sonrió el Peregrino-, pueden impedirnos llevar a cabo nuestro trabajo. Deseo un permiso del Consejo, en debida forma, autorizándome a mí o a mi tripulación a romper, tergiversar o hasta obedecer cualquier ley de los nómadas, de la Unión o de quienquiera que sea, que pueda parecer conveniente.

-...Ya veo adónde podría conducir esto - dijo MacTeague.

-Además - dijo blandamente Joaquín-, el *Peregrino* estará en una región primitiva (y hostil donde no sea primitiva) y no tendrá la normal oportunidad de hacer el beneficio corriente. Desearemos... digamos un veinte por ciento de participación en todas las ganancias que se consigan desde este momento hasta la próxima cita.

-¡El veinte por ciento! - se atragantó Ortega.

-Exacto. Arriesgamos toda nuestra nave, ¿no es así?

III.- ILALOA

Peregrino Thorkild Sean no podía olvidar a la joven que se quedó en Nertus. Había ido sola a la ciudad, Stellamont, y no regresó. Después de esperarla un rato, había tomado un volador y hecho los mil doscientos kilómetros hasta la casa de su padre. No había esperanza... ella no podía soportar la vida nómada.

Dos años pueden ser mucho tiempo y los recuerdos se hacen confusos. Thorkild Sean atravesaba el campamento nómada bajo el cielo de Rendezvous y se convencía de cuán lejos estaba Nerthus.

La oscuridad había caído sobre el valle... no la silenciosa sombra de Nerthus, que era casi otra Tierra, sino la vívida y resplandeciente noche de Rendezvous. Ardían altas hogueras y el campamento era una babel. Los negocios se habían llevado a cabo hasta el fin. El Consejo de los Capitanes se había reunido y los hombres de las naves habían votado sus propuestas... ahora, el momento de la cita estaba a punto de culminar en el Motín. Las mujeres solteras no tenían permiso para asistir a la orgía de tres días (los nómadas eran muy severos con sus doncellas), pero para todos los demás sería un recuerdo pintoresco que llevarían consigo a los cielos.

-«Excepto para mí» -pensó Sean.

Pasó junto a una fogata, cruzando el inquieto círculo de su luz, que puso de relieve su figura alta y delgada, rostro de piel clara, cabello castaño, ojos azules, cara delgada y expresiva y movimientos angulares y sueltos.

Alguien le saludó, pero él lo ignoró y siguió su camino. Esta noche no, esta noche no. Ahora el campamento quedaba a sus espaldas. Encontró el sendero que buscaba y lo siguió cuesta arriba, saliendo del vallecito. La noche de Rendezvous se cerró a su alrededor.

Esto no era la Tierra, ni Nerthus, ni ningún otro planeta donde los hombres habían construido sus hogares. Aquí podía andar libremente y ninguna amenaza oculta de gérmenes, moho o dientes venenosos le acechaba; y sin embargo. Sean sentía que jamás había estado en un mundo tan extraño.

Tres lunas se habían levantado. Una era como un lejano escudo, blanco y frío contra el aterciopelado firmamento; la segunda mostraba su cuarto creciente de brillante ámbar y la tercera, casi llena, hería la vista entre las estrellas, tan cercana que podía verla moverse. Tres sombras le seguían por encima de la hierba alta y susurrante, y una de ellas se movía por sí misma. La luz era tan brillante que las sombras no eran negras; formaban una silueta azul oscuro sobre el terreno helado por la luz lunar.

Sobre su cabeza lucían las estrellas, constelaciones desconocidas en la cuna de la Humanidad. La Vía Láctea seguía allí, como un puente de luz, y podía ver el frío brillo de Espiga y Canopus, pero la mayor parte del cielo mostraba un aspecto desconocido.

Las colinas por las que andaba cambiaban con la luz lunar y los sombras. La selva se alzaba a un lado del camino, con sus árboles de hojas parecidas a plumas cubiertos por enredaderas florecidas. Al otro lado había hierba, arbustos y matorrales aislados. De vez en cuando veía uno de los animales de seis patas de Rendezvous. Ninguno de ellos parecía temeroso; era como si supieran que no les dispararía.

Se movían luces aquí y allá. Los insectos luminosos se agitaban con sus frágiles alas sobre el resplandor fosforescente de las flores.-lámpara. Sean dejó que los sonidos de la noche penetraran en él. El recuerdo de su esposa desapareció como si se hubiera hundido en una corriente murmurante y la nueva ansiedad que sintió en su interior fue como una quemazón silenciosa y uniforme.

Ella estaba en el lugar al que le había dicho que fuera, apoyada en un árbol y observando cómo avanzaba él por las colinas. Sus pasos se hicieron más rápidos, hasta que echó a correr.

Los nómadas habían buscado un planeta de características terrestres -planeta T - fuera de las rutas espaciales ordinarias, un lugar de reunión que los otros difícilmente lograrán encontrar. No exploraron mucho más allá del lugar escogido para sus asambleas, pera aun así resultó sorprendente descubrir, cincuenta años más tarde, que después de todo, Rendezvous tenia nativos. Las leyes de la Unión no importaban mucho, pero los aborígenes podían provocar dificultades.

Estos habitantes, sin embargo, resultaron amables, notablemente humanoides, pero poseyendo una cultura muy diferente a cualquiera de las creadas por el hombre. Se habían mostrado a los

recién llegados, aprendieron fácilmente el dialecto nómada. y les dirigieron muchas preguntas. Pero no se mostraron muy comunicativos con respecto a sus cosas; tampoco los nómadas se interesaron especialmente por ellos una vez quedó en claro que esos seres no poseían nada con lo que comerciar.

Los nativos obsequiaron cortésmente a los nómadas con el área que éstos ocupaban ya, pidiendo únicamente no ser molestados en otros lugares y lose humanos votaron una ley a este respecto. Desde entonces, algún nativo se había mostrado de vez en cuando en las asambleas, para observar durante un rato y desaparecer, nuevamente... nada más, en ciento cincuenta años.

-«Ciegos» -pensó Sean-. «Somos tan ciegos como lo ha sido siempre el hombre. Hubo un tiempo en que imaginó que él era la única vida inteligente en todo el universo... y no ha cambiado mucho».

El pensamiento se desvaneció ante la maravilla que se presentó frente a él. Se detuvo y percibió el sonoro martilleo de su propio corazón.

-Ilaloa.

Ella permaneció en pie, contemplándole, sin moverse ni hablar. Su hermosura hizo que se le oprimiera el garganta.

Hubiera podido ser humana, casi, si no hubiera poseído una belleza tan deshumanizada. Los lorinianos eran lo que los hombres tal vez serían tras un millón de años de evolución ascendente. Sus cuerpos eran esbeltos y estaban llenos de una gracia líquida, con la blancura del mármol; su cabello era como la seda, flotando sobre los hombros y cayendo por la espalda como una cascada de plata azulada. Vio por primera vez a Ilaloa cuando el *Peregrino* llegó a Rendezvous y él se fue a pasear para estar solo.

-He venido, Ilaloa -dijo, notando el embarazo de sus palabras.

Ella permaneció callada y él suspiró y se sentó a sus pies.

No tenía que hablarle. Entre los hombres se sentía un ser solitario, eternamente encerrado en la noche de su propio cerebro, importante entre sus familiares y sin llegar a conocerlos nunca o a sentir su proximidad. El lenguaje era un puente y una barrera al mismo tiempo, y Sean sabía que los hombres hablan porque temen estar silenciosos. Pero con Ilaloa comprendía el silencio; se establecía

una corriente de comprensión y no sentía soledad.

¡Dejad a las mujeres nativas en paz! Era una ley nómada que precisaba de escasa recomendación en otros planetas... ¿quién se sentiría atraído por algo que parecía una caricatura del ser humano?

Pero ninguna espada había herido su carne cuando encontró a este ser, que no era ni más ni menos que una mujer; y, después de todo, nada hubo que pudiera deshonrarles.

Ilaloa se sentó junto a él. Contempló su rostro, sus suaves planos y curvas, las arqueadas cejas sobre los enormes ojos violeta, la pequeña nariz y la delicada boca.

-¿Cuándo te vas? -preguntó.

Su voz era baja, ricamente timbrada.

-Dentro de tres días -respondió-. No hablemos de eso.

-Pues deberíamos hacerlo -dijo ella gravemente-. ¿Adónde irás?

-Fuera. -Indicó con la mano las apiñadas estrellas-. De un sol a otro, no sé dónde. Esta vez será en un nuevo territorio, por lo que he oído.

-¿Hacia allí? -señaló la Gran Cruz.

-Pues... sí. Hacia Sagitario. ¿Cómo lo sabes?

Ella sonrió.

-Oímos hablar, hasta en la selva. ¿Volverás, Sean?

-Si estoy vivo. Pero no será hasta dentro de dos años por lo menos... un poco más según vuestros cálculos. Tal vez tarde cuatro años, o seis, no lo sé. - Intentó sonreír -. Para entonces, Ilaloa, estarás... como lo llamen los tuyos, y tendrás hijos propios.

-¿No tienes ninguno, Sean?

Era la cosa más natural del universo contarle lo que había sucedido. Ella asintió seriamente y entrecruzó sus dedos con los de él.

-Debes sentirte muy solo.

No hubo sentimentalismo en su voz; sonó casi prosaica. Pero lo

entendía.

-Puedo soportarlo -dijo.

Con un brusco arrebato de amargura, añadió:

-Pero no quiero hablar de mi marcha. Tendrá lugar demasiado pronto.

-Si no deseas marcharte - dijo ella -, quédate.

Él sacudió la cabeza sombríamente.

-No. Es imposible. No podría quedarme, ni siquiera en un planeta de mi propia especie. Durante trescientos años, los nómadas han estado viviendo entre las estrellas. Los que no pudieron soportarlo se retiraron y a aquéllos que habitaban en los planetas, y que se adaptaron a nuestra forma de vida, los adoptamos. Compréndelo, ahora ya es más que una costumbre o una cultura. Nos han criado para esto.

-Lo sé -contestó ella-. Sólo quería que lo comprendieras tú.

-Te echaré de menos -confesó él. Las palabras se le atropellaron-. Ni siquiera me atrevo a pensar en lo mucho que te echaré de menos, Ilaloa.

-Hace sólo unos pocos días que me conoces.

-Parece hacer más tiempo, o menos, no lo sé. No importa. Olvídalo. No tengo derecho a decir ciertas cosas.

-Tal vez lo tengas -respondió ella.

Él se volvió, la contempló y la noche se estremeció ante el repentino clamor de su corazón.

IV.- TREVELYAN MICAH

-Irá usted a la frontera sagitaria de la Unión Estelar - había dicho la máquina-. El planeta Estrella de Carsten III, llamado también Nerthus, se recomienda como punto de partida. De ahí en adelante...

La directriz era general y permitía al agente una discreción casi completa. Teóricamente, era libre de rehusar. Pero de ser capaz de ello, Trevelyan Micah no hubiera sido en primer lugar un agente de campaña del Servicio de Coordinación de la Unión Estelar.

La psicología de esto era compleja. Los agentes de Coordinación no eran en ningún aspecto unas matones y demasiado a menudo se enfrentaban con el temor a la muerte, para no comprender que nada había de fascinador en ello. Creían que su trabajo era valioso, pero no eran especialmente altruistas. Quizás uno pudiera decir que les agradaba su trabajo.

Su coche aéreo cruzaba, con sus silenciosos haces de gravedad, por encima de la mitad oeste de Norteamérica. La tierra aparecía grande y verde bajo él, alcanzando los bosques, ríos y hierba, hasta el horizonte. Las casas esparcidas reflejaban hacia arriba la luz del sol, aisladas o formando pequeñas agrupaciones de aldeas. Sin embargo, en cierto modo, toda la tierra era ahora una inmensa ciudad, pensó. Cuando el transporte y las comunicaciones dejan cualquier punto prácticamente a dos pasos y el conjunto lo constituye una unidad socialeconómica, este mundo es una ciudad... ¡con medio billón de habitantes!

El cielo estaba lleno de aviones, fulgurantes óvalos contra el intenso azul. Trevelyan dejó que el piloto automático le condujera a través del tráfico de cuatro niveles y se recostó en su asiento, fumando pensativamente un cigarrillo. Había mucho movimiento en la Tierra y por encima de ella en estos días. Pocos permanecían siempre realmente estacionarios; era imposible, si uno tenía un empleo en África y un domicilio, probablemente temporal, en Sudamérica, y estaba planeando unas vacaciones en una estación ártica con amigos australianos y chinos. Incluso los colonos interestelares, a pesar de lo deliberadamente primitivos que eran, tendían a esparcirse por sus planetas.

No hubo ninguna razón económica para la oleada de hombres que salió al espacio, cuando se inventó la superimpulsión; la emigración fue una muda revolución de gentes a quienes la civilización ya no necesitaba. Deseaban ser útiles, deseaban tener algo más importante que ellos mismos a lo cual dedicar su existencia... aunque no fuera más que lograr un medio de vida para sí mismos y sus hijos. La sociedad cibernética les había arrebatado todo esto. Si uno no pertenecía al diez por ciento superior, científicos o artistas de talento algo más que mediano, no había nada que uno pudiera hacer, que una máquina no lo hiciera mejor.

De manera que se marcharon. No sucedió de la noche a la mañana, ni tampoco había terminado por completo. Pero la balanza había cambiado, tanto en el aspecto social como genético. Y un planeta, el núcleo de cuya población era creadora, necesariamente controlaba los incomprensibles que en la larga carrera modificarían a la sociedad. Estaba la investigación científica; estaba la educación, que dirige los pensamientos humanos, y el arte, que les da color. Y sobre todo, estaba la comprensión de todo el enorme y turbulento proceso.

Las reflexiones de Trevelyan se interrumpieron cuándo el piloto automático zumbó una señal. Se estaba aproximando a las Montañas Rocosas y la casa de Diana se hallaba cerca.

Era una pequeña edificación, situada casi en la divisoria continental. A su alrededor, las montañas se elevaban blancas y colosales, y el cielo aparecía pálido por el frío. Cuando Trevelyan salió del vehículo, el viento helado atravesó como un cuchillo su delgado traje. Corrió hacia la puerta, la cual le escudriñó mientras se acercaba y se abrió ante él, cerrándose de golpe cuando estuvo dentro.

-¡Diana! -exclamó-. Escoges los sitios más detestables para vivir. El año pasado fue la cuenca del Amazonas... ¿Cuándo te trasladas a Marte?

-Cuando desee emplear el múltiplex allí - contestó-. Hola, Micah.

Su tono intrascendente fue desmentido por el

beso que le dio. Era una mujer pequeña, de aspecto joven y pensativo.

-¿Un nuevo proyecto?

-Sí. Y además va saliendo muy bien. Te lo enseñaré.

Oprimió los mandos del múltiplex y la cinta empezó a proyectar lo que tenía impreso. Trevelyan se sentó para absorber el flujo de estímulos... esquemas en color, música, indicios de perfume y gusto asociados. Era abstracto, pero le recordó todas y cada una de las montañas en las que había estado.

-Es magnífico -dijo-. Me siento como si ,estuviese a diez kilómetros de altura sobre el borde ,de un glaciar.

-Eres demasiado literal - contestó ella, acariciándole el cabello-. Se supone que esto es una impresión generalizada. Me gustaría trabajar con un frío genuino, pero esto me distrae demasiado. Tendré que decidirme por cosas como color azul hielo y notas atipladas.

-¿Y dices que nunca estudiaste la teoría artística cibernética?

-«El arte es una forma de comunicación» -citó ella con un sonsonete -. «La comunicación es un intercambio de información. La información es un patrón en el espacio-tiempo, que se distingue por reglas de selección de la totalidad de todos los arreglos posibles de los mismos constituyentes y por lo tanto capaces de asignárseles un significado. El significado es el estado inducido del perceptor, que en .el caso del arte es primariamente emocional.» ¡Caramba! Puedes quedarte con tu lógica matemática. Yo sé lo que sirve y lo que no, y eso basta.

Así era, comprendió él. Braganza Diana tal vez no percibiera la sintetizadora visión mundial de la filosofía moderna, pero no importaba. Ella creaba.

-Hubieras debido decirme que ibas a venir, Micah -dijo-. Hubiera hecho algunos preparativos.

-Ni yo mismo lo supe hasta el último momento. Me han llamado para que regrese. Sólo he venido a decirte adiós.

Ella permaneció sentada en silencio durante largo rato. Cuando habló lo hizo en voz muy baja y sin mirarle

-¿No podía esperar?

-Temo que no. Es bastante urgente.

-¿Adónde tienes que ir?

-A la frontera de Sagitario. Después de eso, puede suceder cualquier cosa.

-Maldita sea -dijo ella entre dientes-. Maldita sea y tres veces maldita.

-Volveré -dijo él.

-Algún día -respondió tenuemente-, no volverás.

Poniéndose en pie añadió

-Bueno, descansa. ¿Te quedarás esta noche, verdad? Bien, bebamos algo.

Trajo vino en unas copas de cristal lunar. El hizo chocar su vaso con el de la joven, escuchando el débil y claro tintineo, y lo alzó contra la luz antes de beber. Una llama color rubí brilló en su centro.

-Delicioso -dijo apreciativamente -. ¿Qué hay de nuevo respecto a ti?

-Nada. Nunca hay muchas novedades, ¿verdad?

Bueno, tuve una oferta de un admirador. Incluso quería un contrato matrimonial.

-Si es una buena persona -dijo gravemente Trevelyan -, creo que deberías aceptarlo.

Ella le miró allí sentado y vio un hombre alto y delgado, de cuerpo fuerte y equilibrado por el entrenamiento de la educación moderna. Su rostro era moreno y de nariz ganchuda, con una profunda arruga entre los ojos verdes, los cuales despedían una luz que la mayor parte de la gente hubiera calificado de fría. Su cabello era liso y negro, con un reflejo rojizo donde le daba el sol. En su aspecto había algo de eternamente joven e impasible.

Bueno... el Servicio de Coordinación enrolaba a sus agentes cuando todavía eran jóvenes. No eran superhombres; eran algo más incomprensible.

-No -dijo ella-. No lo haré.

-Es tu vida y haces de ella lo que quieres.

No insistió en la materia.

Su unión duraba ya varios años. Ella sabía que para él era una comodidad agradable, y nada más; no le había ofrecido el casamiento y ella no se lo habla pedido.

-Cuál es tu directriz esta vez? -preguntó.

-No lo sé, verdaderamente. Eso es lo peor de todo.

-¿Quieres decir que la máquina no te lo comunicó?

-La máquina no lo sabía.

-¡Pero eso es imposible!

-No, no lo es. Ha sucedido otras veces y sucederá de nuevo, cada vez con más frecuencia hasta que... - Trevelyan frunció el ceño-. El verdadero problema consiste en encontrar un nuevo principio en conjunto. Hasta es posible que sea filosófico, por lo que yo sé.

-No comprendo.

-Mira -dijo-, la base de la civilización son las comunicaciones. De hecho, la vida misma depende de las comunicaciones y los lazos de regeneración entre el organismo y el medio ambiente, y entre las partes del mismo organismo.

»Considera ahora lo que hoy día tenemos. Existen aproximadamente un millón de estrellas que han sido visitadas por el hombre y este número crece casi diariamente. Muchas de esas estrellas tienen uno o más planetas habitados por seres de inteligencia comparable a la nuestra, pero a menudo con sistemas de acción y pensamiento tan diferentes, que sólo un largo y penoso estudio podría siquiera sugerir sus motivaciones fundamentales. Una completa extrospección es imposible. ¡Imagina el efecto, sobre esos seres, de la repentina introducción de una civilización interestelar! Tenemos que considerar su futuro tanto como el nuestro.

»Recuerda la historia, Diana. Piensa en lo que ocurrió en el pasado de la Tierra, cuando habían estados soberanos, trabajando con propósitos contrarios y sin integrar.

-No es necesario que te esfuerces en poner de relieve lo obvio -dijo ella, molesta.

-Lo siento. Intento sólo demostrarte cómo es el fondo general. Es fantásticamente complejo y el problema empeora. Es un caso de

transporte superando a las comunicaciones. Tenemos que unir todos los componentes de nuestra civilización. Solamente tienes que recordar lo que sucedió en la Tierra en el pasado, allá por la segunda de las Edades Oscuras. ¡Hoy día podría suceder lo mismo entre sistemas estelares enteros!

Ella permaneció silenciosa durante un momento, arrojando un cigarrillo y encendiendo otro.

-Seguramente -dijo entonces-. Para prevenir esto se organizó la Unión. En esto consiste el trabajo de la Coordinación.

-Hemos encontrado diferentes tipos y grados de inteligencia en la Galaxia -le espetó él-, pero a todos se les puede conferir un grado de la misma escala general. ¿Te has preguntado alguna vez porqué no hay ninguna especie cuya inteligencia media sea apreciablemente superior a la del hombre?

-Pues... bueno, ¿no tienen todos esos planetas la misma edad?

-No tan aproximadamente. Un millón o diez millones de años debieran producir una diferencia real en la vida orgánica. No, Diana, es una cuestión de límites naturales. El sistema nervioso, especialmente el cerebro, se tornan demasiado complejos y entonces es imposible que algo tan enorme se controle a sí mismo.

-Me parece que veo lo que quieres decir - comentó ella-. Existen límites naturales, también para la capacidad de las máquinas computadoras.

-¡Ajá! Y también para los sistemas compuestos por varias máquinas juntas. Diana, no podemos coordinar todos los planetas que hoy están incluidos en la esfera de nuestra civilización. Y esta esfera aún se extiende.

Ella asintió. Su rostro aparecía serio y se notaba un presentimiento en los ojos que se enfrentaron con los de él.

-Tienes razón... pero, ¿qué tiene eso que ver con tu nueva misión?

-Los integradores, a causa del excesivo trabajo, llevan años de atraso en correlacionar la información -dijo-. Un asunto puede complicarse hasta adquirir proporciones monstruosas, antes de que se enteren. Y nosotros, los coordinadores de carne y hueso, no somos mucho mejores. Llevamos a cabo nuestras misiones, pero no podemos

preverlo todo. El integrador ha terminado finalmente por considerar algunos informes sobre naves desaparecidas, anomalías botánicas en planetas supuestamente deshabitados y las clases nómadas. La probabilidad indica algo tremendo.

-¿Qué? -musitó ella.

-No lo sé -fue la respuesta-. El aparato sugirió que tal vez los nómadas estuvieran planeando algo. Yo trataré de descubrirlo.

-¿Por qué vosotros, los coordinadores, les tenéis tanta tirria a los pobres nómadas?

-Son el peor factor desorganizador que tiene nuestra civilización -contestó él ceñudamente-. Van a todos los sitios y hacen cualquier cosa, sin pensar en las consecuencias. Para la Tierra, los nómadas son vagabundos románticos; para mí, constituyen un dolor de cabeza.

-Dudo que estén tras ese asunto. Tengo sospechas de algo mucho más significativo.

Sacó un cigarrillo y lo introdujo entre sus labios.

-Pero los nómadas serán un buen punto de partida.

V.- NATIVA NÓMADA

-¡No!

Thorkild Sean fijó los ojos en los de su padre.

-No veo lo que puedes tener en contra.

-¿Te has vuelto loco? -Thorkild Elof sacudió la cabeza como un toro furioso. La barba y la cabellera masculina de los navegantes ancianos, arremolinaban su blancura alrededor de sus hombros-. Soy tu padre.

Entonces algo se rebeló en el interior de Sean. Los dedos de Ilaloa se estrecharon con fuerza alrededor de los suyos. Mirando hacia abajo, vio aparecer el temor en los grandes ojos violeta y recordó cuán separados se habían sentido él y Elof durante los últimos cuatro años. Irguió los hombros.

-Soy un miembro libre de la tripulación nómada y hago lo que me place.

-¡Eso lo veremos! -Elof se volvió, alzando la voz-. ¡Hal; Hal, ven aquí, ¿quieres?

Joaquín Henry estaba de pie, observando a los tripulantes de su nave, que entraban en los botes. Formaban una larga y desordenada hilera... hombres todavía desgreñados y jubilosos a causa del Motín. Las mujeres casadas procedían con cuidadosa dignidad, llevando la mayoría de ellas niños pequeños ; los chicos y chicas jóvenes contemplaban melancólicamente el valle.

Sean - murmuró Ilaloa.

Él ciñó con el brazo su delgada cintura, sintiéndola temblar. El largo y plateado cabello caía desordenadamente por su espalda, enmarcando su rostro fino y delicadamente modelado, de blanca piel y enorme ajos. Pero él sentía el profundo terror que la invadía.

Joaquín oyó el grito de Elof.

-¿Qué pasa ahora? -gruñó.

Dio un tirón a su kilt y se dirigió hacia los que discutían.

-Hola, Elof, Sean - saludó, con un movimiento de cabeza-. ¿Quién es...?

Se interrumpió.

-¿Quién es esta dama nativa?

-Se llama Ilaloa.

La voz de Sean era tensa. Los ojos de Joaquín se posaron apreciativamente sobre la mujer.

-¿Qué queréis? -Señaló con la boquilla de su pipa hacia la fila de los que se embarcaban -. Ya tengo bastante que hacer, vigilando que todos entren en la nave. Abreviad en lo posible, ¿queréis, muchachos?

-No será muy largo - dijo Elof -. Sean quiere llevar consigo a esta nativa. ¡Quiere casarse con ella!

-¿Eh? -Los ojos de Joaquín se estrecharon entre una red de finas arrugas-. Bueno, Sean, ya conoces la ley.

-No contravenimos ninguna costumbre nativa- opuso el muchacho -. Ilaloa es libre de venir conmigo si lo desea.

-¿Y su padre? -Joaquín se dirigía a ella con suavidad-. ¿Y su tribu? ¿Qué tienen ellos que decir a esto?

-Soy libre -contestó.

Su acento era el sonido más dulce que hubiera oído hacía tiempo.

-Nosotros no tenemos... tribus. Todos somos libres.

-Bueno... -Joaquín se frotó la barbilla.

-¿Qué pasa aquí?

Era una voz de mujer, grave y apacible, y Joaquín se volvió hacia la recién llegada con un sentimiento de alivio. Si pudiera dejarles discutir el asunto hasta que llegaran a una decisión propia,

quizá no se vería envuelto en el fregado.

Además, Nicki le agradaba.

Se les acercó con su paso largo y oscilante, que era en sí mismo un desafío. Era rubia, tan alta como un hombre y de recia constitución; bajo su piel suave, ligeramente dorada, se percibía el flexible movimiento de los músculos. Se aproximó a su cuñado y observó su semblante preocupado.

-¿Hay alguna dificultad, Sean?

Una lenta sonrisa de saludo apareció en los labios del hombre.

-Es por Ilaloa -dijo-. Queremos ir en la nave... juntos.

La mirada de los ojos azules de Nicki se clavó en el infinito violeta de los de la loriniana. Después sonrió y colocó una mano sobre su hombro blanco y esbelto.

-Sé bienvenida, Ilaloa -dijo-. Sean necesita de alguien como tú.

Si hubiera requerido una prueba, Joaquín habría considerado esto suficiente para destruir el malicioso rumor sobre Sean y Nicki. Landlouper MacTeague Nicki tenía dieciocho años, la edad en que por término medio se casaban todos los nómadas, cuando su padre y Elof arreglaron el casamiento entre ella y el joven hermano de Sean, Einar. Su alianza fue tempestuosa; después, un corrimiento de tierras en Vixen mató a Einar.

Su viuda quedó en una posición anómala, siendo una Peregrino y Thorkild por virtud de su casamiento, pero sin hijos que la ligaran a la familia. Normalmente, Elof hubiera actuado como padre suyo, buscándole otro marido, pero ella rechazó la idea con una violencia casi física. Vivía como un hombre, trabajando para sí mismo como tejedora y alfarera, y hasta llevando a cabo sus propios negocios en los planetas que visitaban. Y lo más irritante de todo, por lo que se refería a la comunidad, era que lo hacía muy bien.

Después de su divorcio, dos años atrás, Sean fue a vivir con Nicki. Tenían habitaciones separadas y respetaban su mutuo aislamiento. Según la ley nómada, les estaba prohibido el casamiento por ser miembros de la misma nave; y desde entonces, las malas lenguas no habían tenido descanso.

Elof lo apartó a un lado.

-El chico tiene el corazón ablandado, jefe --dijo-. Aplíquele la ley. Ya se le pasará.

-Eso mismo me pregunto. -Joaquín miró de

reojo al mayor de los Thorkild -. ¿ Qué hay en el fondo de esto?

-Bueno, ya sabe usted cómo cayó ante aquella muchacha nerthusiana. A mí no me gustó, pero tampoco quería presionarle demasiado. De todos modos no resultó tan mala, para pertenecer a una familia de colonos, hasta que lo abandonó. Pero desde entonces... bueno, ya sabe cómo se ha comportado Sean. Nadie puede aguantarle aparte de Nicki, y eso es malo... ¿no poseen ninguno de los dos el sentido de la decencia? Después, el chico desaparece durante la cita, no se muestra apenas y además ya he hecho todo lo posible por conseguirle una buena esposa de la familia de Trekker Petroff. ¡Y ahora aparece con esto!

-Bueno -dijo suavemente Joaquín-, ya ha estado casado una vez. Legalmente, eso lo convierte en adulto.

-Ya conoces la ley. Hal. Y también sabes biología. No se pueden entrecruzar especies diferentes. No habrán hijos... sólo dificultades.

«Sí», pensó sombríamente Joaquín, «las habrá. ¿Y qué sabemos en realidad de esta raza?»

-Hay mucho sitio en el departamento de Sean y mío - le dijo Nicki a Ilaloa -. Estaremos muy bien.

-Una nativa no puede casarse, ni ser adoptada - estalló Elof.

El rostro de Sean estaba pálido y rígido.

-Ilaloa puede ser útil, jefe. Creo que su raza es telépata.

-¿Eh?

Joaquín le miró. La palabra fue arrastrada por el viento y un hombre se detuvo; luego continuó lentamente su camino.

-¿Es cierto? -preguntó el capitán a la loriniana.

-No lo sé -respondió ella.

El fino cabello se agitaba alrededor de su rostro delicadamente modelado, como si poseyera vida propia.

-Algunas veces sabemos cosas, hasta de vosotros. No puedo expresarlo con una palabra determinada, pero podemos... ¿sentir?

-No se ha presentado ningún nativo a esta cita - dijo Sean ansiosamente; pero Ilaloa sabía que el Peregrino se dirigía a la Gran Cruz. Un telépata, de cualquier grado, puede ser una gran ayuda.

«O una gran preocupación», pensó Joaquín. Chupó su pipa hasta que ardió vivamente y dejó que sus ojos se posaron en los Thorkild. Ilaloa le interesaba. Si lo que había dicho era cierto, que su gente no presentaría dificultades acerca de su marcha (y eso era mucho suponer), tal vez le fuera útil. La neurosensibilidad, en cualquier grado, no era un don despreciable.

-Seamos razonables -dijo-. No deseamos una ruptura en la familia, Elof.

-El capitán es el juez -respondió fríamente el viejo-, pero bastante ha tergiversado usted la ley en el pasado.

-Bueno. Sean -dijo Joaquín-, naturalmente no puedes casarte con ella. La ley es terminante en ese aspecto. Sin embargo, no hay nada que te prohíba -sonrió- tener una favorita.

-Gracias -dijo-. Gracias.

Sean parecía confuso, pero Nicki reía disimuladamente.

-No hay de qué -dijo Joaquín-. Yo sólo interpreto la ley.

-Papá -dijo tímidamente Sean-. Papá, cuando la conozcas...

-No importa.

Thorkild Elof se volvió y partió, con la cabeza exageradamente levantada. Joaquín le contempló con un dejo de piedad. Era duro para el viejo. Su esposa había muerto, sus hijas estaban casadas y fuera de la familia, un hijo falleció y el otro había levantado un muro entre los dos.

«Yo sé cuán solitario puede sentirse un hombre», pensó Joaquín.

-Creo que esto lo decide -dijo el capitán-. Al trabajo, Sean.

Tenemos que cargas muchas cosas.

Se dirigió con paso vivo hacia la embarcación.

-Buen trabajo -dijo Nicki-. Y sé de nuevo bienvenida, Ilaloa.

Sean e Ilaloa se miraron.

-Puedes venir conmigo -dijo el hombre, sin acabar de creerlo-. Vendrás.

-Sí -dijo ella.

Contempló el valle; era como si escuchara el rugido del viento entre los árboles y el lejano murmullo del mar. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y se cubrió el rostro con las manos durante un momento. Después se volvió nuevamente hacia Sean y su voz pareció venir de muy lejos:

-Vamos.

Él la estrechó contra sí brevemente y, cogidos de la mano, se dirigieron hacia los botes.

VI.- AGENTE INDISCRETO

La economía de los planetas fronterizos, y por lo tanto la adaptación física de sus artefactos, es tan diferente de la de la Tierra como el resto de su cultura. Como la mayoría de los países nuevos en fa historia de la humanidad, muestran una reversión hacia los tipos más antiguos y primitivos de la organización social; sin embargo, allí no existe una reconstrucción del pasado.

Desde Sol hasta la vagamente definida frontera de Sagitario había dos meses de viaje, incluso con el transporte de superimpulsión más rápida. Pero las necesidades de los solarianos eran adecuadamente cubiertas en su propio territorio; no tenían ninguna razón particular para transportar mercancías a las estrellas. Los colonizadores interestelares cuidaban de sí mismos.

Se esparcían por las superficies de muchos planetas, esos colonos. No estaban aislados, con sus tele-pantallas y sus voladores de gravedad, pero vivían apartados. Un pequeño pero animado comercio se llevaba a cabo entre las estrellas de un mismo sector cualquiera, a cargo de naves mercantes o de nómadas que no se lanzaban a explorar las interminables profundidades del más allá. Unas pocas mercancías del mismo Sol, o de otros sistemas altamente civilizados, también pasaban la frontera. Eran espaciopuertos, almacenes, estaciones, establecimientos de servicio y reparación, tiendas; y, con ellos, fábricas de robots locales, facilidades de entretenimiento y centros administrativos. La ciudad, un fenómeno olvidado de la historia solar, renacía.

Una por planeta, o hasta por sistema, solía ser suficiente. La ciudad de la Estrella de Carsten III, Nerthus, se llamaba Stellamont. Joaquín condujo allí al *Peregrino* para adquirir provisiones y munición.

El viaje duró aproximadamente tres semanas.

El *Peregrino* tomó contacto con el robot monitor de Nerthus y le fue asignada una órbita alrededor del globo. Su visita sería corta, de manera que la mayor parte de la tripulación permaneció a bordo; Joaquín y unos pocos ayudantes «bajaron» en un par de voladores para regatear, y un bote transportó una única partida que tenía

licencia, escogida por sorteo. Los demás maldijeron filosóficamente y continuaron con sus acostumbradas tareas de a bordo. Entre otras cosas, en el Peregrino había un juego de dados y de póquer en la principal sala de recreo, que, con interrupciones, había durado tanto tiempo (cerca de un siglo), que su continuación se había convertido casi en fetichismo.

Joaquín había basado su éxito en la capitanía en un número de trucos, entre los cuales estaba el fino arte de amañar los sorteos. Aquellos miembros de la tripulación que él creía más necesitados de una licencia, la obtenían. Esta incluía a Sean e Ilaloa. La muchacha loriniana no se encontraba bien últimamente. Un poco de cielo azul tal vez la ayudaría.

Cuando se halló en el suelo, Sean aspiró hasta llenar sus pulmones con el aire de Nerthus y sonrió a Ilaloa.

-¿Está esto mejor, cariño?

-Si.

Su voz se oyó débilmente en medio del estruendo del espaciopuerto. Sean sacudió la cabeza, sintiendo amargura.

-Ya te acostumbrarás -dijo-. No podías hacer un cambio tan radical de una sola vez.

-Soy feliz -insistió ella.

Le sobrecogió el recuerdo de otro rostro y otra voz. Su boca se cerro apretadamente y salió del espaciopuerto dando largas zancadas.

Dejaron tras ellos la explanada de cemento del espaciopuerto y se adentraron por una amplia avenida. Era una escena animada; seres humanos y otros que no lo eran, iban apresuradamente a sus quehaceres; coches y camiones llenaban la calle con un constante rugido, y los aviones pasaban sobre sus cabezas. Ilaloa se tapó los oídos con las manos. Le sonrió penosamente, pero sus ojos se habían oscurecido.

Sus figuras destacaban hasta entre aquella multitud cosmopolita. Sean vestía el traje nómada: kilt, borceguíes, camisa holgada y jubón entallado; la capa flotaba a sus espaldas y llevaba la gorra escocesa inclinada sobre la frente. Ilaloa, a pesar de su declarada antipatía por las ropas, había adoptado una versión suelta y delgadísima del traje femenino. En contraste con los oscuros azules y

rojos, su pálida belleza resultaba espectacular. Los dos llevaban armas al cinto, como acostumbraban a hacerlo todos los tripulantes en cualquier planeta, salvo Rendezvous.

-Sean, Sean, déjame marchar.

Apartó a un lado a Ilaloa, metiéndola en un portal. Los dedos de ella se aferraron a su manga y la mirada de sus ojos era completamente vacía.

-Déjame ir sola durante un rato, Sean. Será sólo un momento, donde puedo oír la voz de los árboles. ;Oh, Sean, necesito ver el sol!

Él permaneció inmóvil por un momento, inseguro, casi asustado. Después comprendió la simple verdad: Ilaloa no podía soportar la ciudad. Necesitaba tranquilidad y silencio.

-Claro... desde luego -dijo-. Iremos...

-No, Sean, sola. Quiero... ¿pensar? Volveré.

-Bien. bien, claro que sí, si es eso lo que quieres. -Sonrió, pero sentía rígidos los labios-. Vamos, pues.

La guió hasta una estación de coches aéreos pública, metió en uno de los vehículos algunos de sus escasos billetes de la Unión y explicó a Ilaloa su funcionamiento. No tendría que ir muy lejos para alcanzar una zona completamente deshabitada y se encontrarían de nuevo en la estación.

Ella le besó, riendo en voz alta, y se deslizó dentro del coche.

«Ninfa de los bosques», pensó. No se atrevió a considerar si con Ilaloa sucedería lo mismo que había pasado con su esposa colonizadora.

«Me voy a emborrachar», pensó.

Anduvo a buen paso hasta encontrarse en el barrio antiguo de la ciudad. En ese lugar, nadie se hallaba en buenas relaciones con la ley. El barrio nativo estaba allí, menos como resultado de una discriminación que por gusto. Los nativos eran bastante amistosos, pero no se sentían cómodos en un distrito humano. Seres altos, con dos pies, cuatro brazos y cubiertos por una piel verdosa, observaban a Sean con sus inexpresivos ojos dorados, mientras éste paseaba bajo los árboles y atravesaba las barreras de enredaderas florecidas. No se

veían máquinas, salvo una carreta de madera, arrastrada por uno de los «caballitos» de seis patas de Nerthus.

El Bar del Cometa estaba al principio del barrio. Era un edificio pequeño y de techo bajo, situado donde la hierba y el pavimento se encontraban. Sean entró. Un par de colonos bebían cerveza en la mesa del rincón; por lo demás, el lugar estaba vacío. Sean hizo girar el disco del bar para obtener un sucedáneo de whisky y se sentó. No le gustaba el silencio.

La puerta se abrió para dar paso a un recién llegado. dejando entrar un breve rayo de sol en la media luz de la habitación. Sean miró ociosamente el hombre. El hecho de que era de Sol lo revelaba claramente su atavío: pantalones hasta la rodilla, calcetines largos, túnica suelta, zapatos ligeros. y un abrigo peso pluma con capucha, todo en suaves tonos azules y grises. Pero lo más evidente era la desenvuelta fuerza de su cuerpo.

Notó la mirada de Sean y, después de servirse una bebida del surtidor, se le acercó y se sentó al lado del nómada.

-Hola - dijo.

El acento era inconfundible.

-No se suele ver a muchos de ustedes por aquí.

-Venimos de vez en cuando -gruñó Sean.

-Hace un par de semanas que estoy en Stellamont -dijo el desconocido-. Negocios de varias clases. Pero ya está todo arreglado y tengo ganas de celebrarlo. Me pregunto si podría usted recomendarme algún sitio bueno y poco conocido.

-¿Qué clase de negocios puede tener por aquí un hombre de Sol? -preguntó Sean.

-De investigación - dijo el terrestre-. Sí, puede usted llamarlo así.

Se río para su capote y sacó un paquete de cigarrillos.

-¿Fuma?

-Sí... gracias.

Sean cogió uno y lo encendió. El tabaco era caro en la frontera;

sólo las plantas cultivadas en la Tierra parecían tener el sabor apropiado.

Sean se preguntó si sería cierto lo que se decía acerca de las exageradas nociones solares en cuanto a la reserva, y decidió descubrirlo.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó-. No puedo llamarle sólo «solariano».

-¡Oh! Puede, si insiste, pero mi nombre es Trevelyan Micah. ¿Y el suyo?

Sus cejas negras se elevaron cortésmente.

-Me llamo Peregrino Thorkild Sean. Podría leer los dos primeros nombres en .mi traje si conociera los símbolos. También el rango, alférez; y el servicio, piloto de vuelos y artillero.

-No sabía que ustedes los nómadas, estuviesen tan formalmente organizados.

-No significa nada, excepto en una lucha.

Sean apuró su vaso, lo arrojó al vertedero más próximo y marcó en el disco para obtener otro. Trevelyan apenas había probado el suyo.

-Supongamos que tropezamos con nativos hostiles o con una nave de otros seres a quienes no les gustamos. Ahí es donde el rango resulta importante.

-Ya comprendo. Es interesante. Sin embargo, ¿de ordinaria son ustedes comerciantes?

-Somos cualquier cosa, amigo. No podemos fabricar todo lo que necesitamos o deseamos (por lo menos no es nuestra costumbre), de manera que volamos por ahí, comprando algo barato aquí, cambiándolo por otra cosa allí y finalmente vendemos lo que tenemos a cambio de billetes de la Unión. O tal vez trabajemos en las minas o en otro sitio durante un tiempo, aunque normalmente contratamos a los nativos para que lo hagan por nosotros.

Trevelyan sonrió.

Permítame. - Pagó otra bebida para el nómada-. Continúe.

Muchas veces me he preguntado porqué escogería su raza un modo de vida tan duro y desarraigado.

-¿Por qué? Porque somos nómadas. Eso es suficiente.

Trevelyan sonrió.

-Esto me recuerda una vez, en el sistema de Sirio...

Contó una anécdota y empezaron a intercambiar

historias. Trevelyan bebía con moderación, pero aun así, la lengua empezó a trabársele un poco.

-¿Qué tal nos iría un poco de combustible sólido, para cambiar? -sugirió por fin.

-Ahora está usted en la órbita adecuada -dijo Sean, hablando con elaborada precisión-. Pero vayamos a donde haya algo de vida.

-Como usted diga -re. -respondió Trevelyan afablemente.

Cenaron en una pequeña y ruidosa taberna que empezó a llenarse cuando se puso el sol. Trevelyan estuvo dirigiendo embarazosas observaciones a la propietaria, una gorda mujer terrestre. Casi terminó en pelea y se vieron frígidamente escoltados hasta la puerta.

-Eres un buen tipo -dijo Sean riendo-. Un excelente compañero, Micah.

-Cáscaras de electrones -dijo Trevelyan, con aire de sabelotodo-. Sólo somos un par de pequeños electrones, saltando de cáscara en cáscara.

Descendieron por la calle, parándose en la mayor parte de los bares que se alineaban en ella. Estaban en un sótano oscuro y lleno de humo cuando Trevelyan apoyó la cabeza en sus brazos, río estúpidamente y se derrumbó. Sean permaneció sentado un momento, mirando al hombre por encima de la mesa, y preguntándose lo que iba a hacer.

-Serán cuatro sesenta - dijo una voz desde arriba.

Sean vio un gigante barbudo, de aspecto intransigente.

-Eso- es lo que me debe, a menos que quiera algo más.

-Uh... no.

Sean buscó en su bolsa. Estaba vacía.

-Cuatro sesenta - dijo el gigante.

-Mi amigo los tiene.

Sean sacudió al dormido solariano. El hombro era duro bajo sus dedos, pero la oscura cabeza resbalaba flojamente encima de los brazos doblados. Sean contempló la forma borrosa del propietario del cuchitril, reflexionó, y dio con la triunfante respuesta.

Se inclinó por encima de la mesa y palpó el bolsillo trasero del solariano, hasta que tuvo en sus manos la cartera de imitación cuero. Le resultaba difícil enfocar la vista. Abrió la cartera y la acercó a sus ojos.

Las palabras luminosas de la tarjeta que había dentro, hirieron su vista:

Trevelyan Micah

Agente de campaña A-1392-zx-843

Servicio de Coordinación de la Unión Estelar

De reemplazo

Y la estrella dentro del círculo que brillaba encima de las letras, ardiendo con su propio fuego helado y que parecía estar girando en el oscuro espacio...

¡Un coordinador!

Lentamente, luchando consigo mismo, Sean pagó la cuenta y devolvió la cartera al lugar al que pertenecía. No podía pensar correctamente; tendría que conseguir rápidamente una pastilla contra la borrachera. Tal vez eso no significase nada, pero...

-¡Trevelyan! Trevelyan Micah! -dijo Sean. Soy el jefe de distrito. ¿Cuál es su misión en Nerthus? ¡Despierte, Trevelyan! ¿Cuál es su misión?

-Nómadas -masculló la voz-. Capturar una nave nómada, jefe. Déjeme dormir.

VII.- PRISIONERO DE LOS NÓMADAS

La cabeza le dolía un poco a causa del humo y del ruido de la taberna, y Trevelyan tuvo que resistir la tentación de echar una mirada a hurtadillas y ver lo que estaba pasando a su alrededor. El patrón había sido cuidadosamente sobornado y representó bien su papel.

Casi podía sentir los ojos de Sean clavados en él. El nómada compró una píldora contra los efectos del alcohol y había pasado un frenético cuarto de hora en una cabina de comunicaciones. Ahora estaba sentado, con una mano apoyada en la culata de su pistola, mirándole fijamente.

El asunto, hasta ahora, había funcionado como un robot.

Reconociendo los primeros síntomas de la preocupación, Trevelyan dejó vagar libremente sus pensamientos. La civilización estaba compleja y

delicadamente equilibrada, pero la cultura no era una cosa física, sino un proceso. La civilización no consistía en la tecnología material, sino en una forma de pensar y comprender. Entonces una voz interrumpió sus reflexiones.

-Muy bien, Sean, ¿para qué me has sacado de la cama? Te lo advierto, muchacho, será mejor que sea por algo que valga la pena.

La voz poseía el tono de un bajo, fuerte y resonante, pronunciando lentamente, y los pasos eran pesados. Los músculos de Trevelyan estaban a punto de saltar.

-U... un coordinador, Hal. Es un coordinador. Empezamos a beber juntos y cuando perdió el sentido, su cartera... -Trevelyan oyó levantarse al joven nómada y cómo se inclinaba sobre la mesa-. Aquí, véalo usted mismo.

-¡Ah! ¿Desde cuándo se ocupan los coordinadores de esta clase de cosas? ¿O se emborrachan estando de servicio?

El recién llegado era astuto, pensó Trevelyan. En realidad, su

truco había sido bastante infantil. Escuchó a Sean, que balbucía un relato de lo sucedido durante la tarde.

-¡Ah, bien! A mí me parece que se te ha acercado con un propósito definido. muchacho. Veamos cuál. - Una mano callosa agarró el pelo de Trevelyan y le levantó la cara para inspeccionarla-. Esto también está hecho a propósito. Este hombre no está más borracho de lo que yo lo estoy. Muy bien, amigo, ya puedes dejarlo.

Trevelyan abrió los ojos. Durante un satírico instante disfrutó de la atontada expresión de Sean y después miro al otro hombre. Este era un tipo corpulento y de media edad, con el velludo cuerpo desnudo, excepto por el abrigo, los zapatos y la pistolera... debía haberse levantado y venido al instante.

Trevelyan se desperezó agradablemente y se echó hacia atrás en su asiento.

-Gracias -dijo-. Estaba cansándome de esperar.

-Es usted un solariano, no hay duda -dijo el nómada -, y no me sorprendería nada saber que es usted realmente un coordinador. ¿Desea hablar de ello?

Trevelyan dudó un momento.

-No. Siento que me hayan despertado. Suponga que yo pague una ronca y quedemos en paz.

-Puede usted pagar las bebidas - dijo el nómada, dejando caer su voluminosa humanidad en el asiento-. De lo demás ya no estoy tan seguro.

Trevelyan hizo una seña al propietario.

-No se ha hecho ningún mal -insistió -. No persigo a su gente, si es eso lo que le preocupa. Esto ha sido... digamos, un experimento.

-Necesito saber algo más que eso.

-Si insiste usted, se lo explicaré todo. Pero como no sabrá si es cierto o no, ¿para qué molestarse?

-Hay este asunto -dijo el nómada.

Su rostro se había vuelto completamente inexpresivo.

El barbudo fue a buscar lo que le habían pedido. Permanecieron sentados en silencio, esperando.

La voz de Sean rompió el silencio.

-¿Qué hay que hacer Hal? -Las palabras salían penosamente de su oprimida garganta-. ¿Qué pasa?.

-Ya lo veremos.

la respuesta era tan vaga como su semblante.

-Yo... -Sean se atraganto.

Su rostro estaba rígido y tenía un ligero temblor en el ángulo de ¡a mandíbula.

-Siento lo que pasa, Hal.

-Esta bien, muchacho. Si no hubieras sido tú, hubiera sido otro. Tú por lo menos tuviste el buen sentido de avisarme.

Los ojos del nómada se clavaban fríamente en los de Trevelyan y, cuando sonrió, parecieron los de un gato.

-Sólo para demostrar que tenemos buenos modales, le diré que me llamo Peregrino Joaquín Henry... rango, capitán.

Trevelyan hizo un movimiento de cabeza.

-Hola -dijo cortésmente-. Capitán Joaquín, deseo prevenirle en contra de hacer cualquier cosa con precipitación.

La frase fue cuidadosamente escogida según el cálculo que había hecho acerca del carácter del otro hombre. El dejo dramático le irritaría y le haría menospreciar a su oponente... muy levemente, según todas las probabilidades, pero esas cosas le favorecían.

-Le aseguro -continuó Trevelyan-, que no tiene usted nada que temer.

Sonrió.

-Parece ser que usted sabe que los coordinadores no van por ahí con tarjetas de identificación, como los héroes de las novelas. De manera que... ¿cómo puede usted saber siquiera que yo lo soy? Podría ser un bromista práctico.

-Hay algo que no me huele bien - dijo Joaquín sombríamente.

Llegaron las bebidas. Brindaron y Joaquín apuró su vaso en tres tragos. La decisión convirtió sus facciones en un molde de acero.

-Muy bien -dijo-. Vendrá usted con nosotros, muchacho, y al primer movimiento o grito, se la carga. Sean le llevará a usted al *Peregrino.*

Se volvió hacia el joven nómada.

-Ya lo he dispuesto todo. Las mercancías se cargarán mañana y podremos marcharnos hacia las dieciocho cien. Si esta persona tiene amigos que puedan buscarlo. no es probable que piensen en nosotros antes de que nos encontremos fuera del sistema.

-Espere un momento... -empezó a decir Trevelyan.

-Eso es todo. Necesitamos saber más cosas con respecto a usted y tendremos todo un largo y agradable viaje para hacerlo. Si es usted inocente, no le pasará nada y le dejaremos marchar dentro de algún tiempo.

Trevelyan entornó los ojos.

-No diré nada acerca de una acusación de secuestro -murmuró-, pero, ¿cómo saben ustedes que yo no *deseo* que me lleven a bordo de su nave?

La sonrisa de Joaquín brilló, repentinamente alegre.

-Bueno, no me sorprendería en absoluto si así fuera -contestó-. En tal caso, deseo que lo pase bien con nosotros. Muy bien, amigos, acabemos nuestras bebidas y salgamos de aquí.

Trevelyan anduvo dócilmente entre los dos nómadas. No pensaba en los muchos días de preparación... la búsqueda en los ficheros de la Coordinación y de la policía de Stellamont, en las ecuaciones tediosamente desarrolladas que indicaban las probabilidades psicológicas, en el estudio de la ciudad y en los ensayos de su papel. Todo eso ya había pasado y para lo que seguiría no tenía datos, ni predicciones...

Cuando llegaron al espaciopuerto (habrían andado una buena media hora y no habían cambiado ni una palabra), la puerta los escudriñó y se abrió. Cruzaron por el blanco cemento, pasando bajo

las oscuras formas de los inmóviles navíos espaciales, hasta que llegaron a un hangar. La puerta de éste reconoció a sus arrendatarios y los dejó entrar. Dentro descansaban un par de voladores pequeños y Sean abrió la escotilla de uno. Se encendieron luces en su ascético interior, derramándose por las tinieblas del edificio. Trevelyan vio que los voladores llevaban un pesado cañón retráctil en la proa y ametralladoras automáticas y tubos de proyectiles cohete en las aletas.

«La Tierra creyó haber alcanzado la paz», pensó lúgubremente. «y ahora esto ha estallado de nuevo entre las estrellas».

Pasó al interior y se sentó obedientemente en un asiento de reacción. Joaquín le ató rápidamente con unas cuantas vueltas de cable.

-Volveré a mi habitación de la ciudad -dijo bostezando-. Cuida de que nuestro muchacho sea puesto bajo guardia en la nave, Sean. Después puedes volver aquí, si lo deseas.

Salió y la escotilla se cerró suavemente tras él. Las manos de Sean se movieron por encima del cuadro de controles con la ligera facilidad de un hábil piloto. Hubo un murmullo de motores y el cuadro se iluminó al recibir la señal de vía libre del monitor robot del espaciopuerto. La navecilla de desembarco se movió hacia afuera hasta que estuvo a cielo abierto. Sean sonrió y tocó los controles.

Trevelyan se relajó ante el empuje de la aceleración y miró hacia adelante, por las ventanillas de proa. Al cabo de pocos minutos, habían dejado atrás la atmósfera y se encontraban en el espacio.

Trevelyan había visto este escenario más veces de lo que podía recordar, y sin embargo, cada vez brillaba ante él con la misma fría e inmortal magnificencia. La oscuridad era como un cristal, una negrura clara e infinita que alcanzaba más allá de la imaginación ; y, contra ella, las estrellas eran un resplandor cortante, blanco e incandescente a través de la noche ilimitada.

-*«Los cielos proclaman la gloria de Dios»* - murmuró - «y *el firmamento muestra la obra de Sus manos.»*

Sean le lanzó una mirada perpleja.

-¿Qué es eso?

-Un viejo libro terrestre -dijo Trevelyan-. Muy antiguo.

Sean se encogió de hombros y movió las llaves computadoras. El volador gruñó como para sí mismo y se lanzó hacia la calculada posición del *Peregrino*.

La nave nómada surgió ante su vista y Trevelyan la estudió. Tenía la forma de un gran cilindro de doscientos cuarenta metros de largo y tendría unos cuarenta metros de diámetro. Había tres anillos, con seis casillas de botes cada uno, alrededor de su circunferencia, que contenían botes espaciales, así como también voladores y con una torreta artillera en lo alto. Entre cada par de casillas había, alternadamente, una torreta de artillería pesada y un tubo de proyectiles cohete; y entre los anillos se veían las grandes puertas de la escotillas que permitían la entrada a los ejes de carga. Los costados del navío relucían con un apagado lustre metálico; y, al acercarse, Trevelyan vio que las planchas estaban gastadas, remendadas, agujereadas y quemadas en varios puntos.

Sean aterrizó expertamente junto a una de las casillas y un tubo se desenroscó como una serpiente desde su pequeña escotilla, para sujetar al volador. Trevelyan sintió la gravedad normal de la Tierra emitida por el casco.

-Muy bien. -Sean liberó al prisionero-. Venga.

Un nómada de aspecto aburrido que estaba de guardia, se irguió al ver a los recién llegados.

-¿Quién es ése, Sean?

-Un curioso. - El tono de Sean era brusco-. Hal dice que le encerremos.

El centinela oprimió el botón de un intercomunicador y pidió ayuda. Trevelyan se recostó contra la pared metálica y se cruzó de brazos.

-No es necesario -sonrió -. No voy a resistirme.

-Oiga... - Los ojos del centinela se dilataron -. ¿No será usted un solariano?

-Sí, naturalmente. ¿Por qué?

-¡Oh! Es sólo porque nunca había visto, hasta ahora, a un solariano. Espero que no terminen con usted antes de que tenga la oportunidad de preguntarle algunas cosas.

Llegaron algunos hombres, con armas de cinto en la mano. Constituían un grupo de aspecto bastante corriente, si se exceptuaban los pendientes y tatuajes de algunos de ellos. Trevelyan dio respuestas ausentes e no comprometedoras a sus preguntas, siendo escoltado hasta su celda.

Debajo (hablando en términos gravitacionales, arriba) del casco de la nave, había un espacio de cinco metros que corría a lo largo de casi todo el cilindro. Inquiriendo, Trevelyan supo que contenía facilidades y empresas públicas: la planta alimenticia y talleres, las zonas de recreo y asamblea. La escalera de cámara condujo al grupo directamente a través de ese anillo, hasta la siguiente sección concéntrica, que tenía tres metros de espacio libre y estaba dedicada a los apartamentos residenciales. El resto de la nave contenía el equipo de control y las grandes bodegas para provisiones y carga. Trevelyan fue conducido pasillo abajo, hasta el nivel residencial.

Miró a su alrededor con gran interés. Los corredores, que se cruzaban a intervalos frecuentes, tenían unos tres metros de anchura y en ellos se alineaban las puertas de los apartamientos. El piso estaba cubierto por una alfombra suave y elástica, de color verde oscuro, hecha con una materia producto, seguramente, de algún mundo desconocido para la Unión. Las paredes estaban complicadamente decoradas con murales o con paneles de madera tallada y plástico. La mayor parte de las puertas eran también de madera o de plástico modelado, con adornos metálicos incrustados a martillo. En la parte exterior de muchos apartamientos había estrechas jardineras, conteniendo flores nunca vistas en la Tierra.

Su grupo atrajo a una considerable procesión de nómadas; hombres, mujeres y niños ; muchos de ellos parecían altamente inteligentes. Su aturdida mirada se fijó repentinamente, cuando una mujer salió por una de las puertas delante de él.

Era joven, más alta que la mayoría, y sus movimientos eran graciosos. El cabello, que le caía más abajo de los anchos hombros, formaba una cascada de ondas rubio oscuras y sus azules ojos tenían una mirada franca.

-¡Hola! ¿A quién traéis aquí'? -preguntó-. ¿Desde cuándo adoptamos a los solarianos?

Un par de guardias fruncieron el ceño, y Trevelyan recordó que, en la sociedad nómada, las mujeres poseían bien definidos

derechos, pero, se esperaba de ellas que se mantuvieran en segundo término. Uno de los hombres más jóvenes, sin embargo, le sonrió.

-Pregúntaselo, Nicki. Sean lo trajo, pero no quiso decirnos el motivo, y él tampoco.

-¿Quién es usted, solariano? -inquirió la mujer, poniéndose a su mismo paso.

Él notó que sus manos estaban manchadas de arcilla y que llevaba una herramienta de modelar en una de ellas.

-Sean es mi cuñado, ¿sabe?

Este término arcaico le recordó que los nómadas tenían costumbres sexuales bastante definidas, por lo menos en sus naves. Sonrió y dijo su nombre.

-A su capitán se le ocurrió que yo era un coordinador -Y añadió-: De manera que me han traído aquí para... investigar.

Ella le dirigió una lenta mirada.

-No parece usted muy disgustado por ello.

Trevelyan se encogió de hombros.

-¿Qué puedo hacer?

-Se muestra usted muy frío. Creo que es usted un coordinador.

Los rostros de los guardias se endurecieron y los cañones de sus pistolas se levantaron un poco.

-Supongamos que lo sea -desafió él.

-No sé. Es cosa de Hal. Pero nosotros no empleamos la tortura, si eso le sirve de consuelo.

-Ya lo creo. Aunque ya me había enterado de eso por otros conductos.

Los ojos azules estaban ahora muy serios.

-Me pregunto si no deseaba usted que lo capturaran.

Era inteligente, quizá demasiado. Pero tenía ganas de hablar y

tal vez le proporcionara alguna =información útil.

-¿Por qué no viene usted a hacerme una visita en la celda? -la invitó- Le aseguro que soy inofensivo.

-También lo es una pistola hasta que uno

aprieta el gatillo. Claro que vendré. De todos modos, creo que no permanecerá usted allí dentro por mucho tiempo. Después de que Hal le haya interrogado, lo más probable es que le echen o que...

Se interrumpió.

-¿Me maten? -preguntó 'amablemente Trevelyan.

Ella no contestó, pero esto fue una respuesta suficiente.

VIII.- ALIANZA

El *Peregrino* se apartó de Nerthus y de su estrella hasta que estuvo en un campo de gravedad débil; entonces los timbres de alarma llamaron a los tripulantes a sus puestos. La indescriptible sensación de retorcimiento producida por los campos de la superimpulsión al formarse, recorrió todos los cuerpos humanos y desapareció lentamente, y el constante rasgueo de las vibraciones de los motores llenaron la nave. Su seudo-velocidad creció rápidamente hasta el máximo y la estrella de Carsten disminuyó en las pantallas de retrovisión, perdiéndose entre las constelaciones.

Desde el astronauta al ingeniero, comprendiendo todos los oficios intermedios, la tripulación adoptó la rutina habitual de servicio en la nave. Había una relativa escasez de maquinaria automática y robots en las naves nómadas, haciéndose a mano muchos trabajos que una embarcación solariana hubiera llevado a cabo por sí sola. Esto podía atribuirse en parte a la declinación de la ciencia entre los vagabundos estelares. Pero también había una necesidad genuina de hacer algo cuando un numeroso grupo de gente, cuya motivación más fundamental era una intranquilidad innata, se encontraban encerrados en un cilindro metálico durante semanas o meses sin fin.

Libres de servicio en la nave, los nómadas tenían suficientes ocupaciones. Los talleres zumbaban día y noche, mientras artistas y artesanos producían sus mercancías para comerciar con sus compañeros o con otras gentes. Había que cuidar y educar a los niños, tarea muy importante. Había las varias empresas de entretenimiento y servicio, incluyendo tres tabernas y un hospital.

Cuando Joaquín creyó que la nave estaba convenientemente puesta en marcha, Trevelyan fue escoltado hasta la cabina del capitán. Joaquín despidió a la guardia y sonrió alegremente, señalándole una silla al otro lado de su mesa.

-Si quiere usted fumar, tengo pipas de sobra.

-Eso veo.

La mirada de Trevelyan recorrió la habitación. Estaba dispuesta con la extravagancia de un hombre soltero y con el ahorro

de espacio propio de un astronauta... en este rincón, la mesa escritorio y una estantería de instrumentos de astrogación y consulta; en el otro, un catre y una cómoda. Tres puertas conducían a la diminuta cocinilla, al cuarto de baño y a un dormitorio suplementario. Un estante de micro-libros sostenía una asombrosa variedad de ejemplares en varias lenguas y todos parecían bastante usados. Había un retrato familiar colgado en una pared; adosado a otra se veía el acostumbrado altar de la familia. Una ancha estantería soportaba una colección de pipas extraordinariamente buena, muchas de ellas intrincadamente talladas.

-En su mayor parte son trabajos nómadas. Yo mismo construí algunos - dijo Joaquín-. Pero aquí tengo una curiosidad.

Se levantó y cogió un narguile, de largo cañón, del estante.

-Una pipa fúnebre narraconiana. Los enemigos la fuman juntos (¿ha notado usted que tiene dos boquillas?) antes de un duelo.

-¿Está usted invitándome a fumar en ella?- preguntó blandamente Trevelyan.

-Bueno, eso depende.- Joaquín se sentó en la esquina de su mesa, balanceando una pierna-. ¿Querrá usted contestar algunas preguntas?

-Naturalmente.

Joaquín se acercó a un armario y sacó un pequeño instrumento. Trevelyan se puso rígido; no había pensado que los nómadas pudieran tener detectores de mentiras.

-Obtuve esto en Espiga hace algunos años - dijo Joaquín-. Me es útil de vez en cuando. No le importará, ¿verdad?

-No... no, adelante.

Trevelyan se recostó en su asiento y procuró controlar conscientemente el palpitar de su corazón, su ritmo encefálico y la secreción de sudor.

Joaquín ajustó los electrodos que determinarían la producción encefálica y la velocidad cardiaca. El detector de mentiras Damadhva operaba percibiendo las pulsaciones anormales creadas por el esfuerzo de decir una falsedad; pero tenía que ajustarse a cada persona. Mientras contestaba las inocentes preguntas calibradoras, el sistema

nervioso de Trevelyan se mantuvo en un nivel artificial muy alto, que proporcionaba un camuflaje.

-Muy bien, muchacho, pongámonos al trabajo.

Joaquín encendió de nuevo su pipa y miró a Trevelyan a través de sus espesas cejas.

-¿Es usted un coordinador?

-Sí, lo soy. Y -me puse con contacto con Sean, haciendo que me trajeran a su nave, a propósito.

Joaquín sonrió.

-Usted sólo apretó los botones y nosotros bailamos para su diversión, como muñequitas robot. Bueno, ¿y por qué?

-Porque me pareció la mejor manera de ponerme en contacto con ustedes. Si no me equivoco, Joaquín, el *Peregrino* actúa sobre una base de información que la Unión Estelar necesita mucho. Quiero ir con ustedes en este viaje.

-Y ¿qué sabe usted?

Trevelyan detalló los informe que los integradores de la Tierra habían reunido.

-Estoy más que seguro de que hay otra civilización en la región de la Gran Cruz -continuó-, de que sabe todo lo referente a nosotros y de que, 0 bien nos es activamente hostil, o muy suspicaz.

Del motivo no tengo la más mínima idea, pero comprenderá usted que los coordinadores tienen que ponerse en acción inmediatamente. Decidí que mi mejor oportunidad consistía en unir mis fuerzas a las suyas. Pero ustedes, los nómadas, son todos tan cautelosos con la civilización, que tuve que ingeniármelas para subir a bordo.

-¡Ajá...! Sí, muy bien. Sólo que ¿cómo supo usted que sería capturado por la única nave nómada que va a ir a investigar este asunto?

-No lo supe. Pero parecía razonable pensar que sería el *Peregrino*... después de todo, era su capitán quien estaba investigando en Stellamont.

-Comprendo. ¿Y ahora qué?

-Ahora quiero ir con usted y enterarme de lo que usted se entere. Otros coordinadores trabajarán también en este asunto, desde luego, pero yo creo que mi plan es el más rápido. ¡Y es algo muy urgente, Joaquín!

El nómada se frotó la barbilla.

-Muy bien, ya está usted a bordo. Supongo que nos ayudará usted y admito que un coordinador bien entrenado puede resultar una poderosa ayuda, a veces. Suponga solamente que actuemos contra algunas de las leyes de la Unión, cosa que puede suceder.

-Si no es algo demasiado serio, no me preocuparé por eso.

-Y suponga que cuando volvamos, si volvemos, nuestra decisión sobre el asunto no le agrade a usted.

Trevelyan se encogió de hombros.

-Podríamos discutir esto más tarde.

-Desde luego. ¿Qué más planes tiene usted?

Hasta este momento, Trevelyan había dicho más o menos la verdad, en lo que a él concernía. Ahora, cuando dijo:

-Nada de particular, excepto procurar un informe completo para los integradores-, no se atuvo tan estrictamente a la verdad.

Joaquín le dirigió algunas preguntas más; después, soltó los electrodos y se recostó en su sillón, con los pies encima del escritorio y las manos cruzadas detrás de la nuca.

-Es bastante admisible -dijo-. Bueno, considérese un huésped en la nave. Ahora, ¿podríamos intercambiar los datos que conocemos?

El cuadro fue apareciendo cada vez más claro mientras hablaban. Trevelyan sabía lo de los antiguos viajes de Tiunra, pero nada sobre sus pérdidas o las de los nómadas.

-Sospecho que esos seres están colonizando los planetas de los soles tipo G... o, por lo menos, que los controlan de algún modo. Podrían explorar fácilmente en nuestra civilización. Hay tantas especies que viajan hoy en día por el espacio, que un intruso puede hacerse pasar, sin grandes dificultades, por nativo de algún planeta de

la Unión. Pero sus sospechas hacia nosotros deben estar culturalmente basadas.

-¿Cómo es eso? -preguntó Joaquín.

-Es ridículo, según las apariencias, que deseen conquistarnos por algún provecho económico y deben saber que nosotros no tenemos tales intenciones con respecto a ellos. Por lo tanto, a pesar

de todas las buenas intenciones, nosotros representamos probablemente una amenaza para ellos.

-¿ Por qué?

-Nuestra civilización debe ser tan diferente de la suya, que el contacto con nosotros les sería devastador. Imagínese, por ejemplo, que tengan una organización aristocrático-religiosa muy conservadora. Una interpretación de nuestra cultura provocaria trastornos sociales que su clase dirigente no podría soportar. Esto es sólo una suposición, y seguramente equivocada.

-Comprendo.

Joaquín permaneció sentado en silencio durante un rato, exhalando nubes de humo.. Luego dijo:

-Bien, tenemos ante nosotros un largo viaje y mucho tiempo para pensar.

-¿ Adónde van ustedes en primer lugar?

Joaquín torció la vista.

-A Erulano.

Trevelyan rebuscó en su memoria.

-Nunca he oído hablar de ese sitio.

-Ni hubiera debido oírlo, y permanecerá usted a bordo de la nave mientras estemos allí.

-¿Y la razón?

-Es ilegal - dijo secamente Joaquín-. Hablemos de usted. Estará usted bien si no se muestra demasiado entrometido. Pero quisiera sugerirle que adquiera algunas prendas de vestir como las que

llevamos nosotros a bordo. Sería menos conspicuo.

-¿Cómo puedo hacerlo? -Trevelyan no insistió en la cuestión de Erulano.

-Bueno... - Joaquín buscó en el interior del cajón de su escritorio, sacó una billetera y la empujó hacia el otro hombre-. Aquí le devuelvo su cartera. Hay un buen fajo de billetes. Tengo algunos trajes que son aproximadamente de su talla. Un par de monos, pantalones cortos, botas y demás. Se lo vendo todo por veinte billetes.

-¡Veinte billetes! A lo más, vale cinco.

-Bueno, podría dejárselo por lo que me costó. Quince.

-Si le han costado siete, soy capaz de comérmelos...

Regatearon durante un rato y finalmente se pusieron de acuerdo en doce billetes... con un beneficio de un ciento por ciento. Después, Joaquín ofreció al coordinador el dormitorio suplementario a un alquiler sólo ligeramente exorbitante, además de las comidas, preparadas por su ama de llaves, a cambio de un extra. Trevelyan se puso unos pantalones cortos, mientras Joaquín calculaba alegremente sus ganancias.

-Sería mejor que anduviera usted un poco por ahí y aprendiera a conocer la nave -dijo el capitán.

Sonrió.

-Nicki está en el número doscientos setenta y cuatro. .

-¿Sabe usted siempre todo lo que ocurre?

-Más o menos. -Joaquín se río suavemente-. Nicki es una buena persona, pero no lo que dicen los rumores, de modo que no le aconsejaría que le dedicase atenciones excesivas.

Trevelyan marchó por los corredores con paso tranquilo, con las manos en los bolsillos y volviendo su rostro moreno a un lado y a otro. Los nómadas

le miraban con curiosidad, pero ninguno hizo más que saludarle con un movimiento de cabeza. Aparentemente, estaban satisfechos si también lo estaba su capitán. Trevelyan avanzó entre las paredes decoradas con murales, las puertas talladas y los frisos, hasta

que encontró lo que iba buscando. El numero 274.

La puerta estaba entornada, entre dos postes grabados en forma de árboles cubiertos de enredaderas. La voz de Sean Botó hacia fuera:

-Entre, coordinador.

Trevelyan entró. Había un dormitorio a cada lado de la puerta; en la parte del fondo, la cocina y el cuarto de baño flanqueaban la salida hacia el otro corredor, de manera que el cuerpo principal del apartamento era cruciforme. Un brazo de la cruz estaba dedicado a microlibros, cintas de música y a algunos murales bastante buenos; el otro era un taller desordenado. Sean estaba sentado, puliendo su traje espacial, y a su lado, sentada a sus pies, estaba la muchacha loriniana que había mencionado Nicki. Era, en verdad, la criatura más hermosa que jamás hubiera visto. Nicki estaba inclinada sobre una mesa, modelando un vaso de arcilla. Levantó la vista y sonrió.

-Tenías razón, Loa -dijo.

-Siempre la tiene -dijo Sean-. Sabe estas cosas.

-¿Qué ha sabido esta vez? -preguntó Trevelyan.

Sean estaba de buen humor, aparentemente sin guardarle rencor, y Nicki se mostraba tan amistosa como antes. Ilaloa... no estaba seguro.

-Que venía usted -dijo Sean - Le ha sentido a usted, ¿verdad, Ilaloa?

Sus manos revolvieron el fino y plateado cabello.

-¿Una telépata? -preguntó Trevelyan.

Mantuvo su aspecto indiferente, pero su mente se puso tensa. Ella habló con una voz que era casi un canto, tan baja que apenas pudo oírla.

-¡Oh!, no puedo... no está en mí el percibir las palabras del yo envuelto en la oscuridad. Están ustedes demasiado solos, todos cerrados los unos a los otros y al conocimiento. Puedo determinar algunas voluntades... los tímidos pensamientos de pequeños animales. Pero los de ustedes, los humanos, no.

-¿Entonces qué...? ¡Oh!, claro. -Trevelyan asintió-. Usted puede sentir las emisiones neurales y cada uno de nosotros tiene un modo de ser característico.

-Sí, eso es.

Se mostraba grave acerca de ello. Su mirada parecía ahora preocupada.

-Y el suyo es más... diferente del mío que el de los nómadas. Vive usted más en su cerebro que en su cuerpo y, sin embargo, eso no le produce una pena interior, como les sucede a los hombres de Stellamont, que no saben lo que son. Usted lo sabe y lo ha aceptado, y es fuerte por eso... pero nunca he sentido una soledad como la suya.

Calló, como si estuviera asustada de sus propias palabras. y se acercó más a Sean. Trevelyan la miró durante un largo instante, no sin placer. Vio pasar un ligero estremecimiento bajo la luciente piel; también había un gran temor y una fuerte preocupación en ella, y se agarró a la rodilla de Sean.

«Bueno», pensó él, «es su problema. Y el de Sean, supongo. Es demasiado hermosa para mi gusto».

Se acercó a Nicki, contestando a sus preguntas sobre sus actuales circunstancias e intenciones. El vaso que iba modelando tenía la forma de dos dragones peleando.

-Bonito -dijo-. ¿Qué va usted a hacer con él?

-Fundirlo en bronce y venderlo o cambalachearlo - replicó ella, sin levantar la mirada.

Había en ella algo de terrenal que estaba al otro extremo de la Galaxia respecto de Ilaloa, pensó.

-Me alegra que venga usted con nosotros - continuó-. Tal vez. ¿Cuáles son sus planes inmediatos?

-Sólo ponerme al corriente y pensar un poco. He estado estudiando el arte nómada y estoy convencido de que es un nuevo idioma. Diría también que su literatura es muy diferente de la nuestra.

-No tenemos mucha, si exceptuamos las baladas - dijo ella.

-Eso basta. Piense en cuán diferente era la música folklórica

americana de la europea... - Ella le miró, algo asombrada, y después asintió -. Me gustaría oír alguna, si tuviera la oportunidad.

-Bien, ahora mismo se la proporcionaré - dijo Sean, dejando a un lado su traje espacial.

Descolgó una guitarra de la pared y rasgueó las cuerdas con los dedos. 5u voz se elevó en una balada, el tema inmemorial de la amada infiel...

«...me dijo: «Oh, nómada, comprende

que no puedo seguirte».

Los caminos estrellados eran tan fríos y áridos

y soplaban los más salvajes vientos,

los vientos de las estrellas, mi amor;

la inquieta llamada del vagabundo

sonaba débil o fuerte, en el cielo

las hojas marchitas del otoño,

y nosotros partimos y, solos,

huimos del día alumbrado por el sol

hacia la inmensidad donde están sembradas las

[estrellas y donde los planetas siguen su camino...»

Sean hizo una mueca.

-No debí escoger ésta.

-En otro momento -dijo Nicki.

Se volvió hacia el solariano, quizá demasiado apresuradamente.

-No sabía que se ocupara usted de cosas como éstas.

-En mi oficio -dijo Trevelyan -, todo es significativo, y las artes son a menudo la forma simbólica más desarrollada de una cultura... y, por lo tanto, la clave para entenderla.

-¿Siempre está usted pensando en su trabajo? -preguntó ella, irguiéndose.

-¡Oh, no siempre! -sonrió él-. Uno tiene que comer y dormir de vez en cuando.

-Apostaría a que esa mente suya, tan entrenada, nunca descansa -dijo.

Él no contestó. En cierto modo, era verdad.

Ilaloa se levantó con un movimiento ondulante.

-Si me disculpan -dijo-, creo que me iré al parque.

-Yo voy contigo - dijo Sean-. Estoy cansado de permanecer aquí sentado. ¿Quieren venir, ustedes dos? Podríamos beber una cerveza.

-Ahora no - dijo Nicki -. Quiero terminar este vaso.

-Entonces yo le haré compañía, si me lo permite - dijo Trevelyan.

Sean pareció tan aliviado como se lo permitía fa cortesía. Él e Ilaloa salieron, cogidos de la mano. Trevelyan se acomodó en una silla.

-No deseo ofender a nadie Nicki - dijo -. Avíseme cuando haga algo contrario a sus costumbres.

-No hizo usted nada malo. Esa balada obligó a pensar a Sean y a Ilaloa, eso es todo.

Brevemente, Nicki le contó los detalles.

-Comprendo - dijo él -. Quizá no salga bien. Aparte de la presión social, hay el hecho de que no pueden tener hijos y, en una sociedad basada en la familia, como lo es la de ustedes, eso importará mucho con el tiempo.

-Bien, yo no quiero inmiscuirme -dijo la joven.

Su voz parecía preocupada.

-De todos modos, a Sean nunca le gustaron los niños. Y necesita algo que le distraiga de esa otra mujer. Ilaloa... no sé. No es feliz aquí a bordo, pero se va poniendo inquieta mientras viajamos. Es

una chica agradable, según mi opinión. tímida, pero simpática.

-Es cuestión suya -asintió él, encogiéndose de hombros.

Ella le dirigió una larga mirada.

-ilaloa no estaba tan equivocada respecto a usted, ¿sabe? Es usted demasiado... ¿cómo diría yo...? demasiado olímpico.

-La civilización solar se basa en el individuo como unidad, y no en la familia, el clan, el estado o cualquier otra cosa - dijo él-. Nuestro desarrollo psíquico produce cierta actitud que... bueno, eso no importa ahora. De todos modos, yo no soy un caso típico.

Ella apartó a un lado su trabajo y se pasó la mano por el alborotado cabello.

-Ya lo tiene usted todo explicado, ¿no es verdad? -preguntó resentidamente-. Sabe usted cómo funciona la maquinaria escondida en su interior y también qué botones debe usted pulsar dentro de sí mismo... si, comprendo cómo llegan ustedes a ser solitarios, todos ustedes, y los coordinadores más que cualquier otro.

-Todo individualista está aislado -dijo él-, pero en nuestra sociedad no está malquistado con los demás, ni consigo mismo. La soledad viene de un modo natural.

Ella se sobresaltó.

-Ya me tiene usted catalogada, ¿verdad?

-Nada de eso. Ni lo desearía, si pudiera hacerlo.

-Pongamos algo de música -dijo ella, y cruzó la habitación con largas zancadas, dirigiéndose hacia las cintas.

Su mirada la siguió y recorrió los títulos. Había una buena cantidad de música terrestre antigua. Nicki sacó una cinta.

-¿Conoce usted la Obertura 1812?

-Desde luego -replicó él.

Los primeros compases inundaron la habitación con la soledad e inmensidad de la estepa invernal. Nicki volvió a su trabajo, amasando la arcilla con fuerza tensamente vigorosa.

-Hábleme de la Tierra. ¿Cómo es?:

-Eso es un trabajo a destajo -sonrió él.

Para su capote, se preguntó qué diría. ¿Podía explicarle que la Tierra no era tanto un planeta y una población, como un sueño?

-No somos utopistas -dijo cautelosamente-. Tenemos nuestras dificultades, aunque no sean las mismas que las de ustedes.

-¿Qué *hacen?* -preguntó.

Dando un paso atrás, contempló la cabeza de dragón que había estado intentando modelar, maldijo, y la convirtió de nuevo en una masa informe.

-¿Qué desean en realidad conseguir de la vida?

-La vida misma - expresó él -. Y eso no es una paradoja. Experiencia, comprensión, ajuste y armonía... pero lucha también, transformando la realidad física en un patrón ideal.

Continuó hablando, procurando evitar las abstracciones, relatando, la mayor parte del tiempo, los pequeños detalles de la vida diaria, mencionando la gente, los sucesos y el país que los sustentaba. Al cabo de un rato. Nicki olvidó su trabajo y se inclinó sobre la mesa para escuchar, sin casi pronunciar palabra.

IX.- NAVES ESPACIALES... ¿PARA QUIEN?

A plena velocidad de crucero, se tardaba unas tres semanas en llegar a Erulano. Este tiempo fue bien empleado por Joaquín, quien tenía que informar a su tripulación de que éste no era un viaje ordinario de descubrimiento, comercio o explotación. Dejó circular algunos rumores bien dirigidos, hasta que fue de conocimiento general que el *Peregrino* tenía como misión explorar un dominio extranjero y quizá hostil. Menospreciando los peligros y exagerando la idea de las enormes ganancias posibles, sumadas a la cantidad prometida ya por los otros nómadas, Joaquín desarrolló sus tácticas tortuosas.

La orden, expresada en público, la dio como estuvieron cerca de su meta: a causa de las delicadas negociaciones que tenía que llevarse a cabo, y el peligro de un asalto por parte de sus huéspedes, no se concederían licencias en el planeta.

Trevelyan era un problema más difícil. Joaquín habló con el coordinador al principio del viaje.

-La verdad no va a gustarle mucho - declaró -, pero será mejor que contemplemos la situación cara a cara.

-He oído decir algunas cosas acerca de Erulano. -Bien, empezaré por el principio. -Joaquín llenó la pipa con meticuloso cuidado-. Hace unos setenta y cinco años se construyeron dos nuevos navíos, el *Hadji* y el *Montañero. Sus* tripulantes eran jóvenes bastante ambiciosos, que pensaron que la vida nómada regular era demasiado sencilla para ellos. De todos modos, no veían forma de establecerse en ningún planeta. Bien, aquí estaba el mundo bárbaro de Erulano. Con armas modernas, no era difícil dirigir una nación guerrera y ayudarla a conquistar a las demás. Ahora están asentados en Erulano como amos del planeta.

-Conquista.

La palabra sonaba amarga y obscena en boca de Trevelyan.

-¡Oh!, no fue tan malo. Sólo les hicieron a los nativos lo que ellos mismos se hacían entre sí. Naturalmente, los nómadas comprendieron que esto podía provocar verdaderas dificultades con la

Unión, y promulgaron leyes contra tales inconscientes, pero ya era tarde para Erulano. Todavía comerciamos con este sitio y tratando con ellos sucedió uno de los pocos casos en que fuera una nave nómada la que resultara estafada, . en vez de al revés. Pero se pueden hacer muy buenos negocios con ellos, si uno está al tanto.

La voz de Trevelyan sonó inexpresiva:

-¿Qué desea usted ahora de ellos?

-Información, muchacho. Están en la Gran Cruz y, por algunas pequeñas cosas de las que me he enterado, me pregunto si Erulano no estará en contacto con X. -Joaquín veló su rostro con una cortina de humo-. Animo; en realidad, no es tan horrible.

-Es la clase de asuntos que mi servicio está obligado a evitar.

-Es por eso que no irá usted con nosotros a la superficie del planeta, ni pondrá sus manos sobre ningún instrumento de astrogación mientras estemos por estos alrededores.

Joaquín sonrió alegremente.

La nave estaba cerca de su destino cuando Joaquín mandó llamar a Sean e Ilaloa.

-Sean - dijo Joaquín-, eres un buen piloto, así que serás tú quien me baje al planeta. Y no hay razón alguna que impida a Ilaloa venir con nosotros.

El joven aspiró el humo de su cigarrillo.

-¿Cuál es su verdadero motivo?

-No eres de un rango demasiado alto, para que te presten excesiva atención. Podrías llevar a tu dama a dar un paseo por la ciudad. A visitar los lugares interesantes. Y si esa telepatía, o lo que sea, que ella posee pudiera captar algunos pensamientos... bueno, supongamos que sean pensamientos sobre extranjeros cíe X que estén en Erulano, o hasta los pensamientos de esos seres... sería interesante, ¿no es verdad?

-Podía usted haberlo dicho con la mitad de palabras -replico Sean-. ¡Muy bien, capitán, si Ilaloa está conforme.

-Esta nave es también la mía - contestó ella.

A los veintitrés días de haber salido de Nerthus, el Peregrino abandonó la superimpulsión y se acercó al sol de Erulano con sus rayos gravitacionales.

Joaquín estaba en el puente, esperando que su oficial de comunicaciones avistara el planeta. El campo de gravedad interno hizo «bajar» el casco exterior, de manera que las enormes pantallas de visión quedaran en el suelo. La pantalla zumbaba y producía chasquidos por las interferencias cósmicas, el habla sin palabras de las estrellas. En el puente reinaba el silencio, roto solamente por la paciente voz del operador.

-La nave nómada Peregrino llamando a la Estación de Erulano. Adelante, Erulano. Adelante, Erulano.

Una imagen rayada apareció en la pantalla.

El hombre que finalmente contemplaron, tenía un rostro duro y presentaba un aspecto magnífico, con las pieles y joyas propias de un noble. Su cráneo estaba afeitado, excepto por una coleta, y hablaba con un extraño acento.

-¿Qué desean?

Joaquín se colocó ante la pantalla.

-Capitán Peregrino, hablando en nombre de su nave - dijo pausadamente-. Estamos acercándonos a su planeta. Haremos escala en él.

-Ahora no hay comercio.

-No queremos comerciar. Sólo saludarles, algunos de mis oficiales y yo. ¿Podemos tomar órbita y mandar un bote?

-No recibimos visitantes.

-¿Tienen ustedes un nuevo Arkulano?

-No. Hadji Petroff sigue siendo el jefe. Pero...

-Escuche, amigo - dijo Joaquín-, yo sé que su rey es sociable. ¿Desde cuándo le ha dado a usted el derecho de rechazar a sus amistades?

-Hablo en nombre de Su Majestad. ¡Y emplee el debido respeto, Peregrino!

-¿Con usted? -Joaquín sonrió amenazadoramente-. Yo soy un hombre pacífico, pero haga el favor de recordar que el *Peregrino* no está desarmado. Si se nos antoja lanzarle a usted alguno de nuestros confites, no puede usted hacer nada. Si el Arkulano no desea vernos, deje que sea él mismo quien me lo comunique... pero advierta a Su Majestad que me sentiría terriblemente disgustado si me dijera que no. ¡Ahora, deme una órbita y rápido!

El orgulloso rostro se endureció a causa de la rabia.

-Puede ser que le maten a usted por esto.

-Antes de intentarlo, muchacho -contestó Joaquín-, será mejor que lo piense un poco.

Su voz se convirtió en un rugido.

-¿Durante cuánto tiempo tengo que estar hablando con paniaguados? Si hay alguna razón para negarnos la planetización, que me lo explique el Arkulano. ¡Ahora, váyase!

Apagó de golpe la pantalla.

-¡Uy! -Los blancos dientes del primer ayudante Ferenczi brillaban entre su barba-. Corre usted un buen riesgo. Si ha conseguido usted que se enfureciera de verdad...

-No -dijo Joaquín; poniéndose cómodo-. Ese no hubiera aparecido en el «visor de llamada» si fuera alguien importante. Está acostumbrado a intimidar a gritos a sus inferiores, y a que a él le intimiden sus superiores del mismo modo. Como no sabe a qué categoría pertenezco yo, su reacción natural es la de arrastrarse. Traspasará el asunto a esferas más altas.

-Pero, ¿por qué tienen que oponerse? -El sombrío rostro de Ferenczi se puso ceñudo-. Erulano nunca se ha mostrado hostil hacia los nómadas, por lo menos hasta ahora.

-Tenía que suceder, Karl. Están siendo absorbidos por sus conquistas. Con el tiempo, evitarán todo contacto exterior, porque eso desequilibraría su pequeño carromato. -Joaquín aspiró profundamente el humo de su pipa -. En mi opinión, alguien está detrás del Arkulano.

-Será mejor que llamemos a la gente a los puestos de combate.

-Sí. Y que eleven los voladores, pongan a punto los detectores y

todo lo demás que tenemos. De todos modos, no espero que tengamos lucha. Intentarán cubrirse.

Un humano de alto rango apareció entonces en la pantalla... Montañero Thorkild Edward, a quien Joaquín conocía. Con él, el capitán nómada se mostró congraciadoramente genial, lanzando amplias indirectas de ricos presentes, pero en su voz había un chocar de hierros cuidadosamente expresado. El discreteo terminó con una desmañada excusa por el comportamiento del subordinado y con una invitación, dirigida a toda la tripulación, para que descendieran. Ya que esto los hubiera puesto a todos a merced de los habitantes de Erulano, Joaquín alegó que tenían prisa y aceptó la invitación solamente en nombre propio y en el de unos pocos oficiales.

El *Peregrino* se puso en órbita cerca del planeta, pero, en vez de girar libre, permaneció directamente encima de Kaukasu. Era una actitud descortés, pero completamente inequívoca. Joaquín traspasó el mando a Ferenczi y escogió a algunos jóvenes astronautas e ingenieros para que le acompañaran. Presentarían una buena e inocente fachada. Se sobresaltó cuando escogió los regalos para sus huéspedes... era una pequeña fortuna en objetos de adorno.

Un bote transportó a la partida, festivamente trajeada. Sentado junto a Sean, Joaquín vio el planeta como si fuera un disco sombrío en el cielo, rodeado por las tormentas, con sus frígidos océanos lamiendo las montañas escarpadas y el hemisferio norte blanqueado por los campos de nieve.

La ciudad de Kaukasu estaba a unos veinte grados de latitud norte, donde era posible practicar la agricultura. Había sido la residencia de los reyes-guerreros nativos y sus nuevos amos no la habían cambiado mucho... los palacios tenían ahora aire acondicionado y se había construido una base militar. Joaquín vio edificios nuevos en las afueras; era un pequeño astillero naval.

-Esto sí que es curioso -murmuró- Hubiera jurado que los humanos que aquí viven, casi habían renunciado a los viajes espaciales. ¿Para qué les sirve esto?

El bote se posó en el campo que había ante el castillo central. Éste estaba edificado en una colina formada por terrazas, que se elevaba en el centro de Kaukasu; cada terraza estaba bordeada por gruesas paredes de piedra desgastada por los años. A sus pies, la ciudad se extendía en un caos de altos tejados y torres bulbosas, hasta los campos y los grandes bosques. En el horizonte, una cordillera

montañosa se levantaba, blanca y escarpada, contra el profundo color púrpura del cielo. El tráfico llenaba las estrechas calles, compuesto por tropeles de nativos a pie, montados y en unos extraños vehículos terrestres, que se abrían paso por entre la multitud turbulenta.

Joaquín salió por la portezuela y se envolvió en su abrigo, temblando. Una guardia de honor le esperaba, con todos sus componentes erguidos en sus puestos como si fueran estatuas. Bajaron las espadas en señal de saludo, mientras se acercaba un humano vestido con pieles.

Los erulanos eran muy parecidos físicamente a los hombres, con su fuerte constitución, piel de un oscuro amarillo-ámbar y rostros bastante lisos y mongólicos. Tenían solamente cuatro dedos en cada mano, orejas grandes y puntiagudas y los honores eran completamente calvos. Los ojos eran las facciones menos humanas: bajo la línea recta y negra de sus cejas, se veían oblicuos y felinos... todo iris de color humo rojizo, con las pupilas como pequeñas incisiones y sin que jamás parpadearan. Éstos, los soldados, vestían larga túnicas azules encima de los pantalones de montar con polainas y de las cotas de malla de cobre-berilio, y llevaban espadas curvas pendientes del costado izquierdo.

Montañero Thorkild se detuvo a un par de metros de distancia de los Peregrino e inclinó su coletuda cabeza como si le doliera.

-Salud y sed bienvenidos -dijo.

El viento aulló por encima de sus palabras y las transporto a través de las estériles losas de piedra.

-El Arkulano os espera.

-Gracias -dijo Joaquín-. Vamos, chicos.

Sus hombres le siguieron, llevando las cajas de los regalos. Sean e Ilaloa permanecieron en el bote, en parte para guardarlo y en parte porque Joaquín se imaginaba lo que podría suceder si los ojos de Hadji Petroff se fijaban en la muchacha. Rítmicos pasos resonaron sobre las piedras cuando la guardia formó detrás suyo. Un trompetero, brillantemente ataviado, tocó un floreo cuando llegaron ante las puertas del castillo.

«¡Sigo creyendo que las naves nada más sirven como objetos de ceremonia!», reflexionó Joaquín.

Pero esto era inevitable. Los ex nómadas habían adoptado un sistema barbárico; como consecuencia y con la despiadada lógica de la historia, ellos mismos se iban volviendo bárbaros.

Todo hombre humano era un miembro de la alta nobleza y todo erulano, en teoría, un esclavo. El uso de armas modernas sólo estaba permitido a los jefes supremos; los nativos continuaban en la primitiva Edad del Hierro. Se exigían tributos al gran imperio para mantener con todo lujo a sus amos. A primera vista, parecía que los Hadji y los Montañero tenían montado un buen negocio.

Pero, continuó pensando Joaquín, ellos mismos se habían convertido en cautivos de su propia creación. La corte hervía en intrigas y corrupción. Ningún hombre poderoso podía descansar; tenía que estar continuamente alerta para prevenir las traiciones de sus subordinados salvajemente ambiciosos o evitar ser asesinado por sus cautos superiores. El habla, los atavíos y los Buenos humanos se iban perdiendo mientras, uno a uno, los vencedores adoptaban las costumbres de sus esclavos. Un verso cruzó la memoria de Peregrino. ¿De qué de servirá al hombre poseer el mundo entero, si pierde su propia alma?

Avanzaron por abovedados corredores en penumbra hasta que llegaron a la sala de audiencias. Era un lugar monstruoso, con el techo perdido en la oscuridad de su enorme altura y las estrechas ventanas permitiendo el paso a sangrientas flechas de luz, que se dibujaban sobre las alfombras amontonadas. La habitación estaba atestada de oro, joyas, banderas y tapices; a lo largo de las paredes, se alineaban rígidamente los guaracas nativos y un enjambre de esclavos estaban postrados ante los nobles de Kaukasu, sentados en sus tronos. De nuevo resonaron las trompetas por encima del tronar de los timbales.

Joaquín y sus hombres se inclinaron ceremoniosamente hasta el suelo ante el Arkulano. Éste era un hombre de media edad, rígidamente envuelto por sus ropajes y con la cabeza coronada erguida en un gesto arrogante. Pero les saludó amablemente... con mucha más hospitalidad que la demostrada por algunos de sus barones, que dirigían malhumoradas miradas a los nómadas.

«Tienen entre manos algún negocio del que el jefe no sabe nada y es por eso que no desean recibir visitas.»

Se trajeron sillas para los huéspedes. Joaquín distribuyó sus regalos y se sentó, fumando e intercambiando chismes con el Arkulano. Cuando hubieron bebido el vino, los huéspedes se relajaron

y no hubo dificultad alguna en obtener el permiso del rey para los tripulantes que deseaban visitar la ciudad.

-Pero intentaré entretenerles aquí -dijo Petroff -. Hace mucho tiempo que no nos había visitado ninguna nave. ¿Cómo es que no vienen vienes a comerciar?

-Tenemos otras cosas entre manos, Majestad -dijo Joaquín.

-¿Ah, sí? ¿Buscan nuevos territorios?

-Yo no lo haría -dijo Thorkild -. A estas alturas, debería usted saber que la Gran Cruz no está lo bastante civilizada para que valga la pena explorarla.

-¡Oh!, no lo sé -respondió Joaquín-. ¿Por qué construyen ustedes esas naves, si no es para hacer algunos viajes estelares en provecho propio?

-Hago que se construyan -dijo otro noble, Hadji Kogama- ya que tengo los esclavos y la maquinaria. Pero es sólo para llevarlas a Sura... ¿conoce usted ese planeta?

-No... Hay demasiados planetas para que un hombre pueda recordarlos todos.

-Es una historia larga y no muy interesante -dijo Kogama -, pero se trata de un sistema atrasado, más allá de Canopus, que ha sido visitado algunas veces por la Vigilancia Galáctica y que desearía tener una flota, espacial. Un agente mío estuvo en Thunderhouse hace algunos años para hacer unas compras, y se encontró por casualidad con uno de sus habitantes, quien estaba buscando un contratista que quisiera construirles naves. Yo me comprometí a hacerlo. Los navíos se mandan por vía aérea a Sura y los pagan en mercaderías. Naturalmente, los nativos no saben dónde vive su contratista, pero eso tampoco les importa.

-Comprendo.

«¡Vaya si lo comprendo! ¿Desde cuándo se ha convertido un noble erulano en .fabricante... o se ha preocupado nunca de explicarse con tanto detalle?»

-Pero, ¿qué buscan ustedes aquí? -insistió Thorkild.

Joaquín se inventó un planeta. Tenía buenas posibilidades para

el comercio, pero su estructura social era un complicado sistema de amos y esclavos con unas ceremonias fetichistas increíbles. Deseaba obtener algunas indicaciones en Kaukasu acerca del modo en que debería tratar a los nativos.

-Ha hecho usted un largo viaje, sólo para conseguir información -dijo Petroff.

-¡Oh!, en realidad, no tanto, Majestad -dijo Joaquín-. Hemos encontrado un mundo no muy lejos de aquí, satélite de un planeta J, con filones metalíferos bastante ricos. Ya que íbamos allí, no tuvimos que apartarnos mucho de nuestra ruta para detenernos en Erulano.

-¿Dónde está ese sistema? -preguntó Thorkild.

Joaquín pareció apenado.

-Bueno, realmente - dijo-, no esperará usted que le diga esto, ¿verdad?

Petroff se río ahogadamente.

-No, supongo que no.

Les ofrecieron un banquete después de anochecido. Cuando hubo desaparecido bastante licor, la fiesta se volvió tan desenfrenada como un Motín nómada. A Joaquín le supo mal perdérsela, pero creyó aconsejable tragarse por adelantado una píldora contra los efectos del alcohol y fingir solamente que estaba borracho. Sus camaradas de a bordo no fingieron, pero la reserva hacia los extraños era un reflejo condicionado en todo buen tripulante. El mismo dejó caer alguna indirecta tentadora en la dirección apropiada, y observó los ojos de Thorkild. El pez estaba a punto de picar.

Cuando finalmente se dirigió con paso tambaleante a su dormitorio, descubrió que el Arkulano, hospitalariamente, le había destinado una sirvienta.

La muchacha no ocupaba un lugar muy sobresaliente en el harén, pero había oído algunos chismes y Joaquín se enteró de ellos sobornándola. No *probaban* que Thorkild y Kogama, entre otros, estuvieran conspirando contra el Arkulano ; pero bastaban para sus propósitos.

Al día siguiente vagabundeó por el castillo, dirigiendo preguntas que se ajustaban a su ostensible motivo de hallarse allí, y no

se sorprendió cuando un esclavo le entregó una nota en la que se le pedía que fuera a ver a Thorkild. Siguió al nativo por un laberinto de corredores y, subiendo por una rampa, hasta una de las torres. En ella había una cámara, justo debajo del tejado, con las ventanas abiertas, que permitían la entrada del aire helado y procuraban una vista hacia abajo; que daba vértigo. La habitación estaba austeramente amueblada, pareciéndose más a un despacho que a la sala de recepción de un noble. Thorkild estaba sentado detrás de un escritorio, con el cuerpo envuelto en pieles y su cabeza afeitada inclinada sobre algunos papeles.

-Siéntese, Peregrino - invitó cortésmente, pero sin levantar la vista.

Joaquín cogió una silla, cruzó las piernas y sacó su pipa.

Finalmente, la cara larga y delgada se volvió hacia él.

-¿Ya se ha enterado de lo que le interesaba? - preguntó el barón.

-¡Oh!, he conseguido algunas ideas bastantes útiles -dijo Joaquín.

-No nos andemos con fingimientos. -El rostro de Thorkild estaba inmóvil e impasible-. Esta habitación es a prueba de espías. Podemos hablar sin rodeos. ¿A qué se refería usted anoche, cuando dijo que la Gran Cruz tenía algunas posibilidades muy interesantes? ¿Y que era una pena que Hadji Kogama estuviese construyendo naves para enviarlas a Sura, puesto que tenemos a mano un mercado realmente provechoso?

-Bueno - dijo Joaquín-, yo tengo una mentalidad muy ruin. Se me ocurren cosas. Como la posibilidad de que Kogama no estuviera en realidad vendiendo sus naves, sino almacenándolas en algún sitio, hasta que tenga suficientes para componer una flota y llevar a cabo sus proyectos.

-No está haciendo esto. Lo sé.

-¿Por qué ustedes dos se figuran poder gobernar a Erulano?

No somos traidores.

La voz de Thorkild fue inexpresiva.

-No... yo no he dicho eso. Sólo que Su Majestad podría interpretar falsamente cierta información, tal como... -Joaquín mencionó a un visir sobornado y a un capitán de las tropas de palacio, a quiénes se les habían hecho promesas.

-Si empieza usted a entremeterse en lo que no le importa -espetó Thorkild -, quizá olvide que es usted un huésped.

-Si lo hace así, muchacho, usted será el primero en morir. Y si no vuelvo, el Peregrino empezará a bombardear la ciudad.

Después, con una sonrisa, añadió

-Pero no nos peleemos, Ed. Somos viejos amigos y yo sé que todo eso no es de mi incumbencia. En realidad, deseaba pasarle el aviso.

-¿Qué aviso?

-«Palacio de los chismes.» Tal vez signifique algo y tal vez no.

-¿Como puede usted enterarse de secretos de los que yo nada sé?

-Yo soy un desconocido. Las mujeres me encuentran interesante... realmente, ese «purdah» (*) en que ustedes las tienen encerradas debe resultarles espantosamente aburrido. Saben que mañana ya me habré ido y, mientras tanto, les he hecho algunos regalos. ¿Por qué no deberían hablar conmigo? Y, en primer lugar, ¿por qué no debe intrigar, como todo el mundo? ,

Thorkild se tiraba nerviosamente de la coleta. Joaquín podía leer los pensamientos que cruzaban por su estrecho cráneo. Un noble no podía torturar a las concubinas reales para descubrir sus secretos.

-¿Que sabe usted? -preguntó finalmente.

-Bueno... -Joaquín contempló el techo-. Siempre le he tenido a usted por un buen amigo, Ed. Ayer le regalé algunas cosas de mucho valor.

Discutieron el precio del soborno, hasta que Joaquín recobró un buen porcentaje de su primitivo desembolso. Después dijo, faltando a la verdad, pero basándose en una astuta conjetura:

-Kogama tiene contactos en el harén y en la guardia real, de los

cuales usted tal vez no sepa nada. Es un rumor que circula por palacio. También se dice que usted y algunos otros están asociados con Kogama en la construcción de esa flota. Pero las naves permanecen aquí.

El rostro de Thorkild parecía una máscara. Para Joaquín, éste era un indicio tan bueno como cualquier otro. Informó al noble de una maquinación, de la que se había enterado por indirectas y murmuraciones, que sugería que Kogama formaba planes con sus propios aliados, para cuando se hubiera realizado su mutuo proyecto. ¡Y *en esto* hasta era posible que acertase!

Cuando terminó el relato, guardaron silencio. Thorkild estaba sentado, descansando la barbilla en una mano, mientras con la otra tableteaba sobre la mesa.

Joaquín esperó un momento y después se inclinó hacia adelante, confidencialmente.

-Me gustaría hacer una suposición, Ed -murmuró-. Creo que hay otra civilización en este volumen de espacio. Y que se esconde de los hombres, el Cosmos sabrá porqué: Pero ustedes están construyendo navíos para ellos, usted y su pandilla. Los... desconocidos le pagan bien, me imagino que en oro, de modo que pueda usted formar una organización. El actual Arkulano es un chico bastante listo. Ha arreglado las cosas de manera que sería muy difícil destronarle, pero usted cree que podrá hacerlo ayudado por esta nueva riqueza. ¿Tengo razón?

-Si la tuviera, ¿de qué le serviría el saberlo?

-No lo sé. Sería bastante interesante conocer a esos seres extraños. Tal vez hiciera buenos negocios. O, si se muestran hostiles hacia nosotros, nuestras naves debieran saberlo. -Sus ojos se elevaron y sostuvieron la mirada del otro hombre -. Sin embargo, me gustaría preguntarle una cosa, Ed. Si se forma un poderoso imperio de otros seres alrededor de Erulano, ¿de qué le servirá el trono?

-No son seres extraños ni nativo:. - El tono de la voz de Thorkild era forzado-. Son humanos.

¡Humanos!

-Son una gente rara. Hablan nuestro idioma básico con el acento más extraño, no llevan ropa, no... bueno, no sé. Parecen nativos, pero yo juraría que son humanos.

-¿Qué quieren? -preguntó el Peregrino.

-Naves. Se pusieron en contacto con nosotros hace unos cinco años. Sí, pagan en metal y calculo que vienen de algún lugar de la Cruz. Pero esa región es muy grande, Joaquín. Tal vez cometamos una locura al tratar con ellos, pero uno no adelanta si no se arriesga.

-Sí -convino Joaquín-. Eso es cierto.

X.- EL TEMOR OCULTO

Fue casi al anochecer del primer día, cuando un erulano trajo una nota garrapateada por Joaquín al bote espacial. «Pueden ir a pasear por la ciudad, pero no se alejen demasiado. Tal vez tengamos que salir de aquí a toda prisa.» Sean permaneció un momento de pie en la escotilla, esforzando la vista para leer el mensaje a la escasa luz del ocaso. El viento era flojo y helado; a los pies del castillo, los tejados y las torres se veían negros contra el cielo.

Ilaloa se incorporó sobre un codo cuando él entró en el camarote.

-Es demasiado tarde para salir ahora - le dijo-. Iremos mañana temprano. ¿De acuerdo?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

-No importa. Estaba pensando, Sean.

Él la miró. Sus ojos recorrieron la hermosa curva de su cuerpo, hasta llegar al rostro, y se detuvieron.

-Desearías estar otra vez en Rendezvous, ¿verdad?

Ella sonrió y, de repente, se echó a reír. Su risa era como el tañir de campanas.

-¡Pobre Sean! Piensas demasiado.

La atrajo hacia sí y ella se apretó contra su cuerpo. La boca de él se hundió entre la fragancia de su pelo y la besó.

«Bueno... tiene razón. Me preocupo demasiado y eso me conduce a ningún sitio.»

Suavemente, se soltó.

-¿Y si comiéramos algo?

Ella asintió y avanzó ligera hacia el eje de gravedad del bote.

-Esto de caer hacia arriba es curioso -señaló -. Tenéis muchos juguetes.

-¿Juguetes? -repitió él.

Pero ya se había ido, flotando sobre el rayo ascendente, hacia la galera de proa.

A la mañana siguiente, se vistió con el traje típico nómada, pero se puso además una gruesa túnica. Tuvo que esperar que Ilaloa terminara de ducharse. Siempre estaba tomando largos baños a bordo de la nave, como si quisiera hacer desaparecer alguna escondida suciedad.

-Ponte un vestido abrigado, cariño - le advirtió, notando un cálido sentimiento de posesión en su interior, como si en realidad fuera su marido. Ella arrugó la nariz.

-¿Es necesario?

-Si no quieres helarte ahí fuera, sí. De todos modos, ¿qué tienen de malo las ropas?

-Es... es el cerrarse al sol, a la lluvia y a todos los vientos - contestó ella -. Es por el hecho de llevar una piel muerta encima y envolverse en otra oscuridad. Estás cerrado a la vida, Sean.

Pero se vistió y le precedió alegremente hacia la escotilla.

La mañana era fría y neblinosa; las losas húmedas brillaban bajo sus pies mientras se dirigían hacia las puertas exteriores. Pasaron junto a las inmensas torres y fueron paseando colina abajo, hasta la ciudad.

Ésta ya estaba despierta y su ruido se hizo más perceptible cuando llegaron a las calles... penetrante clamor de voces, retumbar de cascos, gemidos de ruedas y choque de hierros. También se percibían fuertes olores. Sean dejó escapar un bufido y miró a Ilaloa. Pero a ella no parecía importarle; miraba a su alrededor con los ojos abiertos y llenos de admiración, en una forma que él nunca le había visto antes.

Las calles eran estrechas y empedradas, resbalosas por el estiércol, fantásticamente tortuosas entre las altas paredes de las casas de tejadas puntiagudos. Las puertas eran recias y estaban reforzadas con tiras de cobre, las ventanas no eran más que estrechas rendijas;

balcones voladizos ocultaban el cielo. Endebles tenderetes de madera se alineaban a lo largo de las fachadas, cada uno exhibiendo sus mercaderías, loza, ropas, herramientas, armas, alfombras, artículos comestibles, vinos, todas las pobres necesidades y los lujos del planeta, pregonados por sus roncos mercaderes. Aquí y allá se erguía un templo, con sus minaretes, grotescamente adornados con las efigies de los dioses manchadas de sangre.

La multitud se arremolinaba en torno a Sean e Ilaloa, intentando no empujar los sagrados cuerpos humanos, pero tropezando a veces con ellos. Pertenecía a la clase de espectáculos que sólo son románticos a larga distancia. Sean pensó que podía sentir la violencia que hervía a su alrededor.

Ilaloa le tiró de la manga y él se detuvo para poder oírla entre el ruido ensordecedor.

-¿Conoces esta ciudad, Sean?

-No muy bien -admitió él- Puedo enseñarte algunas vistas, si...

Dudó.

-Si quieres.

-¡Oh, sí!

Una trompeta sonó delante de ellos y los erulanos se apartaron de un salto, pegándose a las paredes. Sean empujó a Ilaloa a un lado, advertido de lo que iba a ocurrir. Una escuadra de soldados de la guardia pasaron al galope, con sus armaduras y yelmos, mientras los cascos despedían pellas de barro. Su corneta llevaba un látigo y lo blandía a su alrededor. En el centro del grupo iba un humano, el jefe, vestido de un modo muy parecido al de ellos.

Una mujer gritó a retaguardia de la tropa. Antes de que la multitud llenara otra vez fa calle, Sean vio que estaba inclinada sobre una pequeña forma cubierta de pieles. Su hijito no se había apartado bastante aprisa.

-Por aquí, Ilaloa -dijo-. Retrocedamos por aquí.

-Ahí estaba la muerte -dijo Ilaloa quedamente.

-Sí -replicó él-. Así es Erulano.

Entraron en otra calle. Se acercaba una procesión de esclavos, encadenados unos a otros por el cuello. Sus pies sangraban al andar. Un par de soldados les hacían apretar el paso con látigos, pero ellos ni levantaban la vista.

Sean e Ilaloa los miraron. Ella los contempló mientras pasaban, pero la compasión que su rostro mostraba no fue muy profunda.

Una horca se elevaba en la plaza del mercado, en la cual desembocaba la calle. Tres cuerpos se balanceaban en lo alto. Debajo de ellos, un erulano vistosamente trajeado tocaba una pequeña arpa. Era una tonadilla alegre.

Los dedos de Ilaloa se cerraron con fuerza en torno a los de él:

-Estás disgustado, Sean.

-Es este maldito y sangriento planeta - contestó-. ¡Todo esto es tan innecesario!

Ella le miró fijamente y su voz fue seria.

-Has estado mucho tiempo alejado de la vida -dijo-. Has olvidado la dulzura de la lluvia y de las noches del verano. Hay un vacío en tu pecho, Sean.

-¿Y qué tiene eso que ver con lo de ahora?

-La vida nos rodea -dijo ella-. Has olvidado cuán ardiente, oscura y cruel puede llegar a ser. Te quemas en un fuego interior y olvidas que la carne se convierte en polvo de la tierra. Tus huesos deberían reforzarla y florecería en el lugar en que murieras. El día sería eterno para ti, sin recordar la noche ni la tormenta. Vives entre sueños y fantasmas en tu propia oscuridad. Eso es malo, Sean.

-Pero... ¡esto!

-¡Oh!, aquí todo es dureza y violencia, pero viven en el presente. ¿Te asusta pensar en el dolor de las mujeres al dar a luz? ¿Y temes recor

dar al cazador a la luz de la luna, cuando arrebata la vida para alimentar a sus hijos? ¿Conoces el ansia de matar y de dominar?

-No... no pensarás que eso es justo, ¿verdad?

-No. Pero lo es. ¡Oh!, Sean, no puedes amar la vida para

alimentar a sus hijos? ¿Conoces el debería ser, sino como es, risa y aflicción, crueldad y dulzura, más que a ti mismo... No, no lo entiendes.

Continuaron andando. Después de un momento, ella dijo suavemente:

-La realidad puede mejorarse. No hay necesidad para esta interminable contienda y este sufrimiento. Pero aun así es... más justo que lo que hay en la ciudad de Stellamont.

-¿Quieres decir -preguntó él- que la razón es perjudicial? ¿Que el instinto...?

Ella se echó a reír, aunque de un modo triste.

-Tú eres bueno, aunque tu bondad sea tan lejana. -De pronto, casi gritó: - ¡Oh, Sean, si pudiésemos tener hijos...!

La estrechó contra sí, olvidando las miradas gatunas a su alrededor, y la besó. En cierto modo, se sentía aliviado. Habían intentado entenderse el uno al otro, y hasta su fracaso era una especie de victoria.

Después de la comida de mediodía, las calles se vaciaron, mientras los habitantes de la ciudad se retiraban a hacer la siesta. Vagaron por un laberinto de calles retorcidas y callejones sin salida, hasta que se perdieron. No era para preocuparse; sólo tenían que ir en la dirección general. del castillo y lo divisarían desde cualquier plaza abierta.

Sean miró calle arriba, por una que parecía un estrecho túnel entre casas absurdamente inclinadas, preguntándose si conduciría a algún sitio.

-¿Intentamos ir por aquí?

No hubo respuesta. No la había esperado; Ilaloa dejaba colgando la mitad de sus preguntas. Pero cuando se volvió, se sintió sobresaltado.

Había visto amor en su rostro, alegría, alarma, pena, soledad, disgusto, timidez y la inexpresividad de la reserva. Pero hasta ahora nunca la había visto realmente asustada.

-Loa... ¿qué pasa?

Murmuró fa pregunta y su pistola pareció deslizarse por sí misma fuera de la funda.

Sus ojos buscaron los de él, sin ver. Se tapaba la boca abierta con una mano. como para ahogar un grito.

-Amuriho - susurró -. *Hualalani amuriho.*

Él la escudó con su cuerpo, acercándola a la pared, y observó la calle. Estaba vacía.

-Un pensamiento. Un pensamiento de... ¡no Sean! ,

No la miró. Sus ojos recorrían la calle de un lado a otro, pero nada se movía en ella.

-X - dijo.

-No pertenecía a un hombre ni a un erulano - respiró temblorosamente-. Era cruel y como una noche vacía, llena de estrellas. ¡Y frío, frío!

-¿ Dónde?

--Cerca de aquí. Detrás de alguna pared.

-¡Salgamos de aquí!

-Otra vez... ¡aquí está otra vez!

Se agarró a su cuerpo, apretándose contra él.

Escondía el rostro en su pecho y la sentía temblar. -¿Pue... puedes leer su mente? -tartamudeó.

-Oscuridad -dijo ella ahogadamente -. Oscuridad y vacío, lleno de estrellas, una visión de estrellas como una hoz alrededor de un campo brillante.

La culata de la pistola resbalaba en su mano.

-¿Pueden ellos sentirnos a nosotros?

-No lo sé. - El susurro sonaba ronco en fa sangrienta media luz del ocaso -. Piensa en estrellas más allá de las estrellas, pero siempre esa visión de una hoz segando el resplandor. Hay desprecio y dominio en ello, como acero y...

Su voz se apagó.

-Se ha ido otra vez -dijo en un tono débil e infantil-. Ya no puedo sentirlo.

Él echó a andar rápidamente, cogiéndola de la muñeca con una mano y sosteniendo la pistola con la otra.

La corazonada de Joaquín era cierta -dijo entre dientes-. ¡Ahora tenemos que salir a toda prisa de este planeta!

XI.- PATRÓN ESTELAR

Nadie podía acusar a las naves de transportar una sociedad particularmente intelectual; sin embargo, la lectura era un modo de pasar el tiempo durante los largos viajes. El *Peregrino,* como sus hermanos, tenía una gran biblioteca. Era una larga habitación de mamparos dobles, situada en el anillo exterior, cera del centro de la nave y no demasiado lejos del parque. Trevelyan había pasado en ella una parte del tiempo que duró el viaje desde Nerthus.

Entró ahora en dicha habitación. Estaba silenciosa, casi vacía excepto por el adormilado bibliotecario y un par de viejos que leían en una mesa. A lo largo de las paredes se alineaban las estanterías en las que descansaban micro-libros de todos los planetas civilizados: obras de consulta, filosofía, poesía, ficción, *belles-Lettres (*),* un increíble nido de cornejas de todo lo habido y por haber. Pero también habían folios de gran tamaño escritos por los nativos de un centenar de mundos o por los nómadas mismos. Cogió la historia compendiada de las naves del estante y la abrió.

Empezaba con las memorias de Thorkild Erling, primer capitán de los nómadas. Los hechos escuetos eran conocidos hoy día en la Unión por toda persona educada: cómo el primer *Viajero,* una nave emigrante durante los primeros días de los viajes interestelares, cayó en un vórtice de trepidación (en aquel tiempo un fenómeno totalmente insospechado y hasta hoy algo escasamente comprendido) y fue arrojado a unos dos mil años luz de distancia de su ruta. Los motores de superimpulsión de entonces necesitaban unos buenos diez años solamente para regresar a regiones donde las constelaciones parecían más o menos familiares; y, después de esto, el navío había estado errando durante otra década, buscando sin muchas esperanzas. Encontraron un planeta T deshabitado, Puerto, y construyeron su colonia, y la mayor parte de ellos se alegraron de olvidar aquella desesperante caza a través de las profundidades de la eternidad. Pero unos pocos no pudieron; al final, embarcaron en el *Viajero* y se lanzaron al espacio una vez más.

Esto era lo que decía la historia. Ahora, leyendo las palabras de Thorkild, Trevelyan sintió algo del hechizo que había existido durante esos primeros años. Pero los sueños cambian. Por el mero hecho de su

realización, un ideal deja de serlo. Había una nota de desilusión en los últimos escritos de Thorkild ; su nueva sociedad estaba convirtiéndose en algo muy distinto de lo que él imaginara. < Esto es de nuevo la Humanidad, no siendo nunca capaz, en realidad, de seguir la lógica 3e sus propios deseos.»

Trevelyan pasó rápidamente las páginas del volumen, buscando indicaciones sobre la evolución de la economía nómada. Un navío espacial puede convertirse en una ecología cerrada y las naves nómadas mantenían sus propias plantas alimenticias (hidroponía, síntesis de bacterias fermentables de alimentos proteínicos y vitaminas) además de hacer en gran parte sus propias reparaciones, cuidar de su mantenimiento y hacer los trabajos de construcción. Yendo a la deriva, podían subsistir indefinidamente. Pero era más fácil y más productivo explotar los planetas como comerciantes y empresarios.

No todo era comercio... de vez en cuando, trabajaban en una mina o en otra industria por cierto tiempo; y el bandidaje, aunque reprobado, no era desconocido. De todo lo que ganaban, cogían lo necesario y empleaban el resto para trocarlo o venderlo.

Tales empresas siempre eran llevadas a cabo por individuos o grupos de individuos, una vez que el capitán hubiera hecho todos los arreglos preliminares necesarios. Un pequeño impuesto bastaba para sostener las varias empresas y facilidades públicas.

La sociedad era democrática, aunque sólo los hombres 'adultos tenía derecho al sufragio. Las cuestiones de política general nómada se resolvían en las citas, estando facultado el Consejo de Capitanes para llegar a ciertas decisiones, mientras que otras debían tornarlas las tripulaciones. En el seno de la nave, los hombres reunidos discutían y votaban cualquier problema que el capitán no pudiera resolver por rutina, y todos los nómadas parecían sentirse apasionadamente inclinados hacia la política. El capitán tenia amplios poderes y, si usaba bien de ellos, una influencia todavía mayor... El hecho de que Joaquín pudiera capitanear al Pere*grino por* esta ruta, basándose en su propia decisión, hablaba por sí mismo. Si...

Trevelyan levantó la vista, volviendo súbitamente a la realidad, y sintió que su pulso se aceleraba. Nicki acababa de entrar.

Llevaba un libro bajo el brazo y lo devolvió a su estante. Volviéndose, le sonrió.

-¿Dónde ha estado estos últimos días? Casi no le he visto.

-Por ahí -dijo él vagamente-. ¿Hay algo nuevo?

Ella sacudió la cabeza y la luz resbaló por sus trenzas rubio oscuro.

-Ahora estoy tejiendo - le informó-. Ferenczi Me¡-Ling, ya sabe, la esposa de Karl, desea una alfombra nueva y puede pagarla.

Una arruga cruzó su amplia frente.

-Nunca sucede nada nuevo.

Yo pensaba que toda su vida de nómadas estaba basada en la idea de que suceda siempre algo nuevo - dijo él.

-¡Oh!, saltamos de un planeta a otro aún más loco, pero ¿qué significa eso?

-La vida -reprochó él con una sonrisa- no tiene ningún propósito o significado extrínseco; por ser sólo otro fenómeno del universo físico, es simplemente. Y esto es también verdad refiriéndose a cualquier sociedad. Lo que a usted le molesta es no poder encontrar un propósito para usted misma.

Sus ojos, de un azul grisáceo, se enfrentaron con los de él.

-¡Ya está usted con lo mismo! -dijo enfadada -. ¿No puede pensar o hacer cualquier cosa, sin considerarla un... un caso específico de una ley general?

«En realidad» pensó Trevelyan, «no».

En voz alta, dijo suavemente

-También me divierto. Me gusta un vaso de cerveza tanto como cualquier otro. Y ya que hablamos de eso, ¿le gustaría acompañarme a beber algo?

-No me responde usted - le acusó ella -. Siempre pasa lo mismo. ¡Las mujeres no pueden pensar!, Que se ocupen sólo de la cocina y de los críos. ¡Ya me estoy cansando de esto!

Yo soy solariano - le recordó él-. Nosotros somos los últimos en conservar ideas de la superioridad masculina.

-Sol...

Durante un momento su expresión se dulcificó, dejó caer sus pestañas negras como el hollín y murmuró la palabra como si la acariciase. Luego, dijo desdeñosamente

-¿Qué puede ofrecerme Sol? ¿Qué hace usted si no es intentar engreídamente gobernar el universo de acuerdo con un montón de... de ecuaciones? ¡Una teoría!

-Cualquier cultura está basada en una teoría -respondió él-. La única diferencia consiste en que la nuestra está explícitamente formulada.

-Hay momentos en que le odio a usted -dijo ella, cerrando los puños.

-No estoy intentando engañarla -espetó él. Si hubiera querido contarle un cuento tranquilizador y bonito, nunca hubiera sabido usted que lo había hecho. ¡Pero no desdeñe lo que no puede entender!

Resistió su mirada con firmeza y después, sorprendentemente.

-Muy bien, me rindo -dijo riendo-. Vayamos a beber esa cerveza, ¿quiere?

«i Y yo que creía ser un buen .psicólogo! » pensó Trevelyan, furioso.

Aulló una sirena. Nicki se puso rígida, escuchando el sonido.

-¿Qué es esto? -preguntó él.

-Una señal -respondió ella serenamente-. Alerta los puestos de combate. Todos dispuestos para la superimpulsión.

-¿Estando tan cerca del planeta?

-Puede ser urgente.

Se dirigió a toda prisa hacia la pantalla de la biblioteca.

Habían varias pantallas televisoras como aquélla en la nave; cada apartamento tenía una y también las había en los sitios públicos. Podían sintonizarse con cualquiera de los visores colocados a lo largo de la nave, estratégicamente montados para procurar una visión de todos los puntos en que pudiera suceder alguna cosa de interés

general. Nicki hizo girar los mandos rápidamente, pasando por todas las imágenes de las escotillas. Los dos nómadas que había estado leyendo se situaron a su lado y Trevelyan miró por encima de sus hombros.

Pasaron varios minutos antes de que la temblorosa pantalla se fijara en una imagen. Trevelyan reconoció la salida de una de las cabinas para botes. Joaquín salía en aquel momento y su rostro estaba ceñudo.

Sus palabras resonaron como un rugido a través de los altavoces de la nave.

-¡Todos los Peregrinos, atención! Aquí el capitán. Vamos a salir de aquí ahora mismo con la impulsión gravitacional. ¿Me ha oído, sala de máquinas? Impulsión gravitacional completa al norte de la eclíptica, en seguida. Alerta para continuar con la superimpulsión, si fuera necesario -La voz se relajó un poco-. No, no creo que nos den caza ni que se hayan encolerizado con nosotros en Erulano, pero nunca se sabe. Hemos conseguido cierta información que podría costar muchas vidas y vamos a alejarnos a una distancia donde no resulte peligroso saber demasiado.

Trevelyan sintió temblar la cubierta, muy levemente, por la impulsión delantera. La aceleración gravitacional, siendo uniforme en todos los objetos, no le hizo experimentar presión, pero se imaginó que iban en dirección al cielo a unos buenos cincuenta G.

-Trevelyan Micah, ¿querrá hacer el favor de presentarse a mí, en el puente, en seguida? Voy a necesitar ayuda en esto.

Nicki apartó a los hombres de un empujón.

-¿Qué puede ser?

-Es lo que voy a descubrir -dijo Trevelyan.

-Entonces yo también iré con usted.

Joaquín permanecía en pie junto al computador astrogacional, dejando que Ferenczi dirigiera la nave. Sean estaba cerca, con sus delgadas facciones descompuestas. Pero los ojos de Trevelyan se volvieron hacia Ilaloa. Estaba sentada en la silla del astrogador, inclinada sobre el escritorio y pudo ver cómo la tensión doblegaba su forma, convirtiéndola en un arco.

-¿Qué sucede? -preguntó.

-Todavía no estoy seguro...

Joaquín miró a Nicki, que estaba junto a Ilaloa, con una mano sobre la cabeza de la loriniana.

-¿Qué haces tú aquí?

Nicki alzó el rostro y golpeó el suelo con el pie.

-¿Tiene algo que objetar?

-Bueno, no, supongo que no. Tal vez puedas calmar a la muchacha. Tiene un buen susto.

Relató en breves palabras lo que habían descubierto en Erulano : humanos de extrañas costumbres que compraban en secreto naves espaciales y la recepción por parte de Ilaloa de un pensamiento que ninguna mente hubiera podido tolerar.

-Irrumpieron en mi cuarto, ella y Sean, justamente cuando estaba pensando en irnos - terminó -. Eso lo decidió. Sin embargo, Loa es una buena chica. No permitió que la vencieran los nervios hasta que estuvimos a salvo.

Trevelyan contempló a las dos mujeres. Ilaloa lloraba apoyada en el hombre de Nicki, dejando escapar fuertes sollozos.

-¿Era un pensamiento emitido verdaderamente por un ser extraño? -preguntó el terrestre -. Pero, si no puede leer nuestras mentes, ¿cómo pudo captar aquello?

-Los modelos de ondas varían. -La respuesta de Sean sonó ronca -. . Por suerte, éste era más parecido al suyo propio que lo que lo es el de los hombres. Pero su contenido era... diferente.

-Micah, ¿qué saca usted de esto? -preguntó Joaquín.

-Bueno... suponiendo que no fuera una equivocación o algo así... -Trevelyan se frotó la barbilla-. Humanos en el primer caso, seres extraños

en el otro. ¿Podrían estar operando independientemente, tal vez sin saber los unos de los otros?

-Bueno -dijo Joaquín, dudoso-, supongo que sería posible, pero

no parece muy probable.

-Tal vez no. De todos modos, se me ocurre que...

Trevelyan vio que Ilaloa se enderezaba en su asiento. Temblaba todavía, pero ya no lloraba. Se dio cuenta de que el llanto .no la desfiguraba, como sucede con los humanos.

-Trátela con suavidad -dijo Nicki en voz baja.

-Así lo haré.

Trevelyan cruzó la habitación y se sentó en el escritorio, dejando balancear sus piernas. Los ojos violeta de la loriniana se enfrentaron con los suyos, mostrando una especie de desesperada confianza.

-Ilaloa -preguntó-, ¿quiere usted hablar de esto?

-No -dijo ella-. Pero lo haré, ya que es necesario.

-¡Buena chica!

Trevelyan sonrió. Observando la cordialidad de su rostro, Nicki se preguntó en qué medida era sólo fingimiento.

-Sólo quiero que me describa a qué se parecía el pensamiento de Kaukasu. ¿Cómo sentía? ¿Decía algo?

-Si nunca ha sentido usted un pensamiento de otro ser, no puedo explicárselo con palabras.

-¡Oh, sí que lo he sentido! Viene de pronto, ¿no es verdad? Un hilo central, pero hay toda clase de pequeñas líneas secundarias e insinuaciones, in

directas, susurros, vislumbres. Y todo el conjunto nunca es lo mismo; cambia constantemente. ¿No es así?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

-Hasta dónde es posible expresarlo con palabras, así es.

-Entonces, muy bien, Ilaloa. Tan aproximadamente como pueda, ¿quiere decirme a qué se parecía ese pensamiento que usted sintió?

Ella miró fijamente ante sí y sus finos dedos aferraron los brazos de la silla, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Sucedió de repente -murmuró-. Vino pulsando, como si una cosa que estuviera dentro de una charca subiera a la superficie y después se hundiera de nuevo en la oscuridad.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Sean dio un paso adelante, pero Joaquín le hizo retroceder.

-Tenía poder, desprecio y grandeza -les explicó -. Era como una mano agarrando el universo, como de hierro. Pero lento, paciente, vigilante. Y había un brillo contra el negro del cielo, un campo de luz, con estrellas a todo su alrededor. Se curvaban como una hoz al segar el campo. Y había una estrella más brillante que todas las demás, alta y fría, y también otra espiral de luz, tan lejana que me dieron ganas de gritar y...

Sacudió la cabeza.

-No -dijo respirando dificultosamente-. No puedo más.

-Comprendo.

Trevelyan cruzó las manos y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

-¿Cree usted que podría dibujar un plano de esas estrellas?

-¿Un... un plano? Pues...

-Me gustaría ponerla a usted en trance hipnótico, Ilaloa -dijo -. Es sólo como un sueño. Deseo una recordación total. Usted no se dará cuenta. Y de ese modo puedo quitarle el miedo.

Ella miró hacia abajo, después levantó la vista y su boca tembló.

-Sí -dijo-. Puede hacerlo. Quiero ayudarle.

La sesión de hipnotismo no duró mucho. Ilaloa cayó en trance rápidamente. Sean se sobresaltó ante la violencia de su nueva representación, pero la paz que le siguió valía la pena. Trevelyan le dio un lápiz y ella esbozó un campo estelar con rápida seguridad, añadiendo las formas de las nebulosas y una sección de la Vía Láctea. El coordinador cogió el papel y la sacó del trance. Ella sonrió

soñolientamente, se levantó y se arrojó en los brazos de Sean.

-Esto debería irle bien - dijo Trevelyan -. Creo que le he quitado el pánico «rociado. Era debido sólo a la extrañeza, no a una amenaza personal.

Después se volvió y sus facciones se endurecieron mientras pensaba.

-¿Qué hemos conseguido? -preguntó Joaquín.

-Bien - dijo Trevelyan -, aparentemente, esos seres X piensan en una banda y en una forma de onda variable; Ilaloa captó solamente los fragmentos que eran parecidos al patrón mental de su raza. Este hecho quizá nos diga algo acerca del pensador... todavía no estoy seguro. Lo más importante es este plano estelar. Representa otra región del espacio... probablemente el hogar celeste de X.

-Eso es obvio.

Joaquín contempló el dibujo.

-Entonces, hemos conseguido una buena pista. Veamos. La brillantez es una nebulosa gaseosa de fuerte luz, naturalmente, y la espiral lejana es probablemente la galaxia de Andrómeda. Esa estrella muy luminosa sólo puede ser Canopus, si se trata de la región de la Cruz, y está en la misma muesca en la Vía Láctea que .podemos ver desde aquí.

Indicó con un gesto la pantalla visora del techo, que mostraba un fondo oscuro y el fantasmal puente de estrellas.

-En pocas palabras -dijo Trevelyan, con una nota de triunfo en la voz-, tenemos una idea bastante aproximada de dónde vive el enemigo.

-¡Ajá! Creo que podremos sacar algo más de esto. ¡Eh, Manuel!

El joven astrogador levantó la vista. Joaquín formó un avión de papel con el dibujo y lo arrojó volando en su dirección.

-Sitúame esta parte del espacio con tanta exactitud como te sea posible -ordenó el capitán-. Emplea todas nuestras tablas estelares y todos los computadores, si es necesario, pero identifícala sin que haya un centímetro de error en sus dimensiones.

XII.- LA TORMENTA

Se había perdido la noción del tiempo.

Dentro de la nave siempre había luz, un suave resplandor en los pasillos y en la habitaciones públicas, alguien yendo a un recado o sentado y esperando pacientemente. La oscuridad sobrevenía sólo cuando se cerraban los interruptores en los hogares.

Fuera, una noche llena de estrellas, inmensa y eterna.

El tiempo no existía. Los relojes hacían girar sus manecillas en un cansado ciclo, contando las horas y los días sin sentido, pero para el hombre sólo existía el sueño y la vigilia, comer, trabajar, haraganear, esperar. Los viejos soñaban en lo que fue y los jóvenes en lo que habría de ser, pero el presente era eterno.

Unos pocos incidentes quedaron grabados en el recuerdo de Trevelyan. Algunas de las conversaciones que había tenido con los nómadas, sobre todo con Joaquín, historias de viajes por el frío esplendor galáctico. Sus paseos con Nicki, vagabundeando por los laberínticos corredores de la nave.

También recordaba la vez que un moreno joven de tristes ojos, Abbey Roberto, había buscado al coordinador para prevenirle de que Ilaloa era una bruja. Trevelyan pensó en la explicación que Sean diera, diciendo que Roberto había oído hablar de la telepatía. *Había* habido murmullos y miradas de reojo cada vez que pasaba Ilaloa. Y la creciente tensión a bordo de la nave, mientras se abismaban en el misterio, era capaz de alterar mentes más estables que aquéllas.

Por lo menos, ahora el *Peregrino* tenía una meta claramente definida. El punto en el espacio desde el cual el cielo debería tener el aspecto que predecía la visión de Ilaloa, podía identificarse a unas pocas décadas de años luz. A plena velocidad de crucero, estaba a unas seis semanas de viaje de Erulano.

Pasó un mes. Hubiera podido ser una semana o un siglo, pero los relojes decían que era un mes.

Estaban en el parque los cuatro, hablando y ansiosos de

compañía. Nicki estaba sentada con las piernas cruzadas al lado de Trevelyan, enlazando su brazo con el de él. Frente a ellos estaba Sean, con Ilaloa apoyada contra su costado.

El parque era la división mayor de la nave aparte del espacio destinado a carga y, después de los súper-motores, la más impresionante. Llenaba noventa grados de la curvatura del casco en la cubierta exterior y su largo alcanzaba ciento veinte metros de punta a punta. Pero era necesario.

En los días de las grandes ciudades, el hombre había estado enjaulado entre las montañas de piedra y vidrio de sus creaciones, y no era de extrañar que tantos se hubieran vuelto locos. ¿Qué hubiera sido entonces de la Humanidad que precisaba vivir encerrada en una concha de metal y cruda energía, siempre entre las estrellas? No hubieran podido soportarlo sin tener algún modo de aliviar el confinamiento, con hierba fresca y húmeda que pisar, el susurro de las hojas y el temblor rumoroso del agua corriente.

Éste era el lugar de las asambleas, en el cual el capitán hablaba a los hombres que, frente a él, permanecían de pie en la gran extensión de verde césped. Pero ahora sólo había unos cuantos niños jugando a la pelota. Fuera de eso, el parque era un lugar lleno de árboles, árboles de la Tierra, y de setos vivos, parterres con flores, fuentes, tortuosos senderos y cenadores escondidos.

Trevelyan y su grupo estaban en uno de estos cenadores, apoyándose en uno de los árboles enanos que lo rodeaban estrechamente. Un roble se alzaba encima de ellos, con las ramas cubiertas de pesadas racimos de uva; los rosales y los sauces convertían el lugar en una pequeña gruta.

Una pantalla visora se abría al exterior. Estaba colocada verticalmente, como una ventana, y sus contornos metálicos estaban disimulados por la hiedra. El espacio visto a través de ella atemorizaba, enmarcado por la suavidad de las hojas, brillante con los puntos diamantinos de las estrellas, cayendo hacia fuera hasta los supremos límites del universo. Ilaloa estaba sentada más allá de Sean, sin mirar a la pantalla.

Hablaban de la civilización. Nicki sonsacaba siempre a Trevelyan, preguntándole cosas de su

hogar y él estaba dispuesto a responder. Deseaba que los nómadas comprendieran lo que sucedía.

-En cierto modo -declaró-, nos hallamos en una posición similar a la del hombre ligado a la Tierra durante los siglos dieciséis hasta principios del diecinueve, más o menos. En aquellos tiempos, cualquier parte del mundo era accesible, pero los viajes eran largos y difíciles, y las comunicaciones estaban muy atrasadas. La transmisión de informes (de ideas, los descubrimientos, el desarrollo tanto del país como de sus colonias), era lenta. La coordinación era virtualmente imposible... ¡oh!, se influían mutuamente, pero sólo en parte. Ni siquiera se apreciaba cuán ajenas al país se volvían las colonias. América del Norte no era Inglaterra; todo el *ethos (*)* se convertía en algo diferente. Si en aquel tiempo hubieran tenido la radio, aun sin poseer mejores barcos, la historia de la Tierra hubiera tomado un curso fantásticamente distinto.

»Bien, ¿qué tenemos hoy? Una docena o más de razas altamente civilizadas, esparciéndose por esta parte de la galaxia, con el intercambio limitado a las naves espaciales, que pueden necesitar semanas para llegar de un 'sol a otro... y nada más. Ni siquiera tenemos los fuertes lazos económicos que, después de todo, unían a Europa con sus colonias. Surgen intereses opuestos que, algún día, chocarán entre sí... ya lo han hecho varias veces y eso significa la aniquilación.

-...Sí.

Sean pasó una mano por su rebelde cabello. El

otro brazo lo tenía alrededor de Ilaloa, cuyos ojos brillaban sombríos, y notó que ella estaba tensa, como si esperara algo.

Nicki inclinó la cabeza en dirección a la muchacha loriniana.

-Loa tiene razón -dijo-. Reflexionas demasiado, Micah, y te encuentras muy solo, encerrado en tu propia mente.

Indicó con un gesto la pantalla visora.

-Mira ahí fuera, Micah. Ese es *nuestro* universo. A él pertenecemos. Olvida tu maldita ciencia por un momento. ¡Extiende la mano y coje en ella la galaxia entera!

-Una gran galaxia -murmuró él.

-¿Crees que los nómadas no saben cuán grande es? -gritó ella-. ¿Crees que no nos hemos pasado la vida ahí fuera, viendo mundo tras mundo y siempre nuevos soles después de éstos? Las estrellas no saben

que nosotros existimos y, cuando estemos muertos, ellas continuarán en el mismo lugar, como siempre lo han hecho, como si nosotros no hubiéramos existido jamás. Pero, aún así ¡les pertenecemos, Micah! ¡No somos más que un átomo en el universo, pero por lo menos somos eso!

Se interrumpió y un lento rubor cubrió sus mejillas.

-Hoy estoy verdaderamente muy charlatana -dijo-. Podéis echarle la culpa a Loa. Ese modo de hablar que tiene es contagioso.

Él sonrió sin decir palabra.

-Pero yo no diría tales cosas -murmuró Ilaloa-. Yo no pertenezco al mismo medio que vosotros. Micah se siente parte de un modelo, de algo

irreal, de algo parecido a un pensamiento de su propia mente. Y vosotros, los de la nave, pensáis en el fuego, en el metal y en ese vacío de ahí fuera; para vosotros, la vida es sólo un continuo agitarse entre materia muerta. ¡Oh, no!

Escondió el rostro en el hombro de Sean.

-Pues entonces, ¿en qué piensas tú? -preguntó Trevelyan ¿Qué es lo verdaderamente real para ti?

Ella alzó nuevamente la mirada.

-La vida -dijo-. La vida que existe en el espacio y el tiempo, las fuerzas... no, el *ser y el transformar* que la moldean. Es...

Se interrumpió desesperanzada.

-No tenéis las palabras. Intentáis comprender la vida, como si pudierais estar fuera de ella. Pero no podéis. No debe entenderse, sino conocerse. Sentid y no os encerréis en un osario, sino formad parte de ella... como un río, en el que cada uno sea una onda que se eleva y que volverá a hundirse pero sigue su curso.

Sean le acarició el cabello.

-Dices unas cosas muy curiosas, cariño -murmuró.

Sus labios rozaron la suave y pálida mejilla.

-Bergson -dijo Trevelyan.

-¿Eh? -Nicki alzó las cejas.

-Era un filósofo de la Tierra, hace mucho tiempo. Sustentaba ideas muy parecidas a las de Ilaloa. Pero dudo que las pusiera en práctica del mismo modo en que ella podría hacerlo. Algún día - añadió pensativamente- me gustaría preguntarte cosas acerca de tu pueblo, Ilaloa. He estado

tan atareado estudiando la nave, que te he olvidado, pero creo que podrías enseñarme mucho.

-Lo intentaré.

Su voz era casi inaudible.

-Micah -empezó Nicki lentamente-, ¿somos nosotros, los nómadas, tan diferentes a tu Unión?

Él asintió.

-Mucho más de lo que te imaginas.

-Quiero decir... ¡oh!, vivimos de un modo distinto, claro, pero aun así somos seres humanos, desde Sol hasta el borde de la Galaxia Y ¿pensamos en realidad de una manera tan diferente?

-Naturalmente. Todos somos de carne y hueso. ¿Qué quieres decir?

-Por el modo en que hablaste antes, creí que pensabas que nos habíamos convertido en una especie de monstruos de aliento ponzoñoso. Sin embargo, me pregunto si sería posible que tú y yo... nuestra gente, quiero decir, llegaran a entenderse alguna vez.

-La rivalidad no es necesaria - contestó él lentamente-. Pero mientras existan dos culturas, no puede haber una verdadera unificación. Vivimos para cosas que son demasiado diferentes. Recuerda sólo lo que les ha sucedido a algunos de los hombres que adoptasteis, o a los nómadas que intentaron establecerse en una colonia.

-Ya pensaba que respondería eso.

Lentamente, Nicki desenlazó su mano de la del hombre. Él no se movió.

-Creo que me iré a pasear por el parque -dijo-. ¿Vienes, Loa?

Ya se habían levantado, él y la joven loriniana,

cuando sintieron pulsar brevemente un temblor a través de sus cuerpos, en una repentina sacudida que les mareó

-¡Qué demonios...! -Nicki se puso en pie de un salto.

-Los generadores del campo de gravedad... -empezó Sean.

Sobrevino otra oleada, estremeciéndoles. Se les empañó la vista y un gran suspiro ventoso cruzó a través de las hojas de los árboles. Gritaron algunas voces. Alguien maldijo.

-¡X! -exclamó con voz ahogada-. ¡Nos están atacando!

Trevelyan estaba ahora de pie junto a Nicki, sujetándola por los brazos.

-No -contestó-. Una nave *no puede* ser asaltada si está usando la superimpulsión. Debe...

Ilaloa gritó.

Mirando en su dirección, Trevelyan vio que las estrellas ondulaban en la pantalla. Apareció una cortina de fuego y la pantalla se apagó. El humo surgió de ella en acres rizos.

Otra ola y otra, que les hicieron caer al suelo. Crujió el metal. Trevelyan vio desgarrarse una rama del roble, que cruzó por el aire a través de la habitación estremecida. Se arrastró hacia atrás, hasta colocarse en una postura estable. Nicki tropezó contra él y la rodeó con sus brazos.

Brilló un relámpago, un infierno blanco azulado producido por la descarga eléctrica de pared a pared. Después de él llegó el trueno, estallando y provocando ecos en el interior de casco como si fuera un gong inmenso. El suelo se hinchó bajo sus pies. La luz se apagó y siguió una espeluznante oscuridad, desgarrada por arcos crepitantes. La nave lanzó una llamada.

Por encima del tumulto, Trevelyan oyó la voz amplificada como un grito distante

-*¡Micah! Trevelyan Micah, ¿puede usted oírme? ¡Habla Joaquín. Suba al puente y ayúdeme!*

Brotaron relámpagos, cruzando la oscuridad, y la voz

enmudeció. Una sirena ululaba, loca e innecesariamente, llamando a la tripulación a los puestos de emergencia. Un cuerpo chocó contra Trevelyan y lo arrojó nuevamente al suelo.

-¡Vórtice! -gritó el hombre-. ¡Hemos chocado contra un vórtice de trepidación!

XIII.- CONSECUENCIAS DESASTROSAS

VÓRTICE DE TREPIDACIÓN: "Es un gran campo de fuerza errante, de orígenes y naturaleza inciertos, que se manifiesta en forma de turbulencia gravitacional, con efectos secundarios giromagnéticos y eléctricos. Su nombre deriva del hecho de que las ecuaciones diferenciales que describen las condiciones de sus márgenes, son parecidas a las de un vórtice en hidrodinámica, así como también por la asociación popular que se le ha dado con

respecto a los remolinos. Estos vórtices son responsables de un gran número de fenómenos, incluyendo la trepidación de planetas e irregularidades accidentales en las órbitas de los cometas y otros cuerpos pequeños. Las fuerzas fluctuantes que ejercen sobre las naves espaciales, y también las irregularidades que provocan en los campos de superimpulsión, producen violentas consecuencias, destruyendo a los navíos o desviándolos considerablemente de su ruta; es indudable que los vórtices han sido los causantes de las desapariciones, en su mayor parte inexplicables de otra forma, de algunas naves. La mejor teoría acerca del vórtice de trepidación, se debe a Ramachandra y sugiere que las concentraciones locales de masa naciente..."

¡Definiciones del diccionario! ¿Estuvo el lexicógrafo alguna vez en una tormenta como ésta?

Los relámpagos formaban como una cortina a través de la habitación y los truenos resonaban violentamente a continuación. A su vivo fulgor, Sean vio desplomarse un árbol arrancado de raíz, y rodó por el suelo para evitar que le cayera encima. Las ramas le desgarraron la camisa.

-¡Ilaloa ! -gritó-. ¡Ilaloa !

La sintió entre sus brazos y la oprimió con fuerza, aplastándose contra el suelo. La tormenta producía una vibración gigantesca, que atravesaba la carne, el cráneo y el cerebro. A la luz de otra descarga eléctrica, vio que Trevelyan atravesaba a tientas el parque, llevando a Nicki cogida de la mano. Gritó una mujer. Después, la reverberancia metálica apagó las voces humanas.

Corrientes inducidas... Su cuerpo sintió el calor del suelo y

percibió el olor de la hierba quemada,. que empezaba a carbonizarse. ¡No podían quedarse allí! El suelo se sacudió, cayendo hacia abajo de un modo que producía vértigo y después se alzó de nuevo, golpeándole las costillas. Gravitación variable...

-Vamos, Loa, vamos - gruñó.

Se levantaron dando tumbos, sosteniéndose el uno al otro. La oscuridad era un caos de ecos, estampidos y golpes, gritos, silbidos, crujidos y explosiones. De algún rincón olvidado de su mente, surgió un recuerdo. ¡No podía existir un campo eléctrico dentro de un conductor descargado. Las descargas eléctricas tensan lugar entre malos conductores los árboles, y éstos estaban ahora en el suelo. ¡Pero se producirla un incendio!

Otra sacudida del suelo le hizo tambalearse. Astillas rotas le arañaron la piel como afilados cuchillos. Se puso en pie nuevamente, apoyándose en Ilaloa... ella había logrado conservar el equilibrio. Arrastrándose, pasaron por encima del árbol.

De nuevo se percibía una luz mortecina, y surgían bolas de fuego azul en el aire, que eran arrastradas por las corrientes. vio el rostro de Ilaloa silueteado contra la oscuridad. Ahora no estaba asustada, pero no pudo leer su expresión.

Una bola de fuego pasó por su lado, como un pequeño sol. Sintió un hormigueo en sus nervios y todos los cabellos se le pusieron de punta, como si poseyeran fuerza propia. Tras el resplandor mortecino reinaba la noche, llena de ruidos.

Alguien tropezó contra él. Contempló el rostro demudado de un muchacho.

-*¿Ha visto usted a mi hermana?*

La voz apenas se oía entre el interminable rugido metálico. Unas manos le sujetaron por los hombros.

-*¿Dónde está Janie?*

-Ven con nosotros...

Ilaloa se acercó al chico. Desapareció de pronto. Sean vio el dolor que reflejaba el rostro de ella y de nuevo quedaron sumidos en tinieblas.

La gravitación se inclinaba horriblemente. Se dejó caer de rodillas, deslizándose por una curva de acero que quemaba. Se puso en pie, con un esfuerzo brutal, apoyándose contra una pared. Ilaloa continuaba a su lado, con un brazo enlazado al suyo.

Otra bola de fuego revoloteó a su lado. Vio a un hombre que se esforzaba por llegar junto a ellos. Su rostro tenía la expresión vacua que produce el terror y su boca abierta babeaba.

-¡Abbey! ¡Abbey Roberto!

Sean gritó entre el ensordecedor rugido metálico, casi sin darse cuenta.

El hombre se acercó, tropezando a cada paso. Llevaba un cuchillo en la mano e Ilaloa gritó ahogadamente. Abbey soltó un gruñido, blandiendo la hoja en su dirección.

-¡Bruja! ¡Maldita bruja asesina, tú has hecho esto!

Ilaloa buscó la empuñadura de su propio cuchillo. Él la golpeó con la mano libre, alcanzándola con una bofetada que la hizo caer de rodillas.

Sean lo vio todo de color rojo. Dio un paso por encima del cuerpo encogido de Ilaloa y golpeó el estómago de Abbey con su rodilla. El otro hombre pareció ahogarse y se abalanzó contra él. Sean le agarró el brazo armado con las dos manos y se lo retorció hasta hacerle soltar *el* cuchillo. Abbey intentó arañarle los ojos. Sean le apuñaló.

La bola de fuego estalló, provocando un trueno y una lluvia de chispas. Su brillo se reflejó, lívido, sobre las paredes temblorosas y vacilantes. Sean se agachó junto a Ilaloa, manteniéndola contra sí y esperando.

Las indomables fuerzas habían arrastrado a Trevelyan al otro lado de la habitación, resbalando por encima de vibrantes planchas de metal y yendo a chocar contra un árbol caído. Se libró de él *en* un minuto y enfocó su turbia mirada en la nave destrozada. Nicki se cogía frenéticamente la cabeza con las manos. Dominándose, él se esforzó por olvidar el dolor que sentía.

-Vamos - dijo.

Un rugido de hierro ahogó sus palabras. Venga, vamos.

Ella le ayudó a levantarse y se fueron abriendo lentamente camino a través de las resonantes tinieblas. A la breve luz de las bolas de fuego que giraban en el aire, vieron una confusión de ramas enmarañadas, troncos hechos astillas y cuerpo caídos. De vez en cuando pasaban junto a un hombre herido, pero no habían muchos a la vista. Los nómadas se comportaban bien en esta crisis, pensó Trevelyan; se dirigían a los puestos de emergencia, sin dejarse dominar por el pánico.

El final del parque estaba ante ellos. Nicki se tambaleó y él la sujetó, acercándola a su cuerpo. Por un momento se encontraron cara a cara en una delirante lobreguez. Entonces brotó una bola de fuego, produciendo una incandescencia infernal que iluminó las ruinas y él vio resaltar su rostro en la noche, con los ojos fijos en los suyos y los, labios entreabiertos, el cabello flotando al viento.

Sobrevino el trueno, en un estampido que parecía anunciar el Juicio Final. La besó.

El beso duró largo rato. Después se separaron, mirándose sin comprenderlo realmente, y echaron a correr en dirección al puente.

Había una linterna suspendida sobre el escritorio de astrogación, formando un poco de luz, y todo lo demás sumido en una profunda oscuridad. El rostro curtido de Joaquín destacaba entre la sombra. Su voz resonó por encima de los ensordecedores ecos:

-¡Aquí está usted, por fin! ¿Qué podemos hacer, en el nombre del Cosmos?

Durante un instante, Trevelyan recordó algo de los procedimientos para salir de un vórtice, cosa que se sabía en Sol desde hacía casi un siglo. Pero los vagabundos de las fronteras, para quienes ese conocimiento podía representar la salvación de sus vidas, nunca habían oído hablar de él.

-¡Déjeme ver sus instrumentos! -gritó.

Fuera estaba absolutamente oscuro, las pantallas visoras apagadas, pero los medidores de la nave funcionaban todavía. Las agujas giraban locamente en las esferas. Potenciales eléctricos y gravitacionales, gradientes, magnetismo, giro, frecuencias y amplitudes... lo observó todo en una rápida mirada y su entrenado subconsciente lo computó.

-Todavía estamos en los bordes - exclamó -. Pero tenemos que

librarnos. Los componentes de la vibración tienen las frecuencias de resonancia de la nave. ¡Nos desharán, átomo a átomo!

Un crujido de acero ahogó su voz.

-Si conseguimos acoplar en conjunto a la nave, en fase con las pulsaciones espaciales mayores... ¿Puede comunicarse aún con la sala de máquinas?

Joaquín asintió.

-Muy bien. Pulse la súper-impulsión, sinusoide... venga, le daré los cálculos.

Garrapateó una página del cuaderno de bitácora. Joaquín la arrancó y oprimió los mandos del teletipo de emergencia.

¡La nave tembló! El suelo desapareció bajo los pies de Trevelyan ; flotaba libremente, en una caída sin fin a través de la oscuridad. Entonces una mano titánica le agarró y le estrelló contra la pared. Se retorció en el aire, en un reflejo impensado adquirido por su entrenamiento, y cayó de pie. Una oleada tras otra sacudieron la nave. El suelo se pandeó. Oyó el chasquido de las vigas.

Gritó llamando a Nicki, tropezando y tanteando en una noche estremecida. Las planchas de metal resonaban a su alrededor.

-¡Nicki! ¡Nicki!

El trueno retumbaba a través de la nave. Los pasos de la destrucción recorrían la cubierta. El estrepitoso grito de guerra llenaba su universo.

¡Y se apagó!

Lenta, muy lentamente, el vibrante metal quedó en silencio. Permaneció en pie, escuchando esta voz desvaneciente y se preguntó si eso era la muerte. Le parecía estar flotando en un tiempo y espacio interminables. Tanteó en la impenetrable noche, sin saber de cierto si estaba ciego o no, y oyó gritos de hombres a su alrededor.

-¡Nicki ! -sollozó.

-Estamos libres. -La voz de Joaquín le llegó, tranquila y resonante, de muy lejos-. Nos hemos apartado de la tormenta.

La súper-impulsión se puso en funcionamiento. Joaquín debió

de dar la orden. Se hallaban en su medio normal, el espacio abierto. Las pantallas visoras quemadas operaban como lumbreras ordinarias, y Trevelyan vio las estrellas.

Al resplandor vago de la Vía Láctea, río de soles rodando a través del infinito, vio a Nicki. Palabras casi olvidadas inundaron su mente, como si otra persona estuviera hablando en aquel gran silencio

-«¿Has ordenado tú la aparición de la mañana en tus días; o le has enseñado a la aurora el lugar de su aparición?»

Y, sin sorprenderse apenas, oyó responder a Joaquín

-«¿Se han abierto ante ti las puertas de la muerte? ¿O has visto las puertas de la sombra de la muerte?»

Joaquín contempló el cielo.

-¿Dónde estamos? -preguntó.

-¡Las constelaciones no han cambiado de aspecto! No, espere, un poco; sí que lo han hecho. -Ferenczi estaba junto a otro portilla, su cuerpo

silueteado en negro contra la Vía Láctea-. La forma de la cordillera no estaba antes ahí.

Joaquín señaló hacia el ardiente brillo de Canopus.

-Todavía estamos en la región general - dijo-. Pero se sabe que los vórtices son capaces de lanzar a una nave a cualquier distancia.

-Hay un sol muy cerca de nosotros. Miren por aquí.

Joaquín se acercó a donde estaba el joven Petroff Manuel, con las piernas abiertas mientras miraba por la portilla que había a sus pies. Si, ahí estaba una estrella cercana, rojiza, tal vez sólo á una distancia de pocas horas luz. Su brillo le hirió la vista.

Parpadeó, dirigiendo la mirada hacia el suave resplandor del puente. Sobre sus cabezas, desde el punto de vista gravitacional, una portilla resplandecía llena de estrellas. Miró por ella y se envaró.

-¡Rayos y centellas! -exclamó-. Muchachos; venid aquí. ¡Hemos llegado!

Le siguieron con la mirada y vieron la configuración del cielo.

Una red filamentada de luz se extendía en una curva en forma de hoz, compuesta por una docena de brillantes estrellas.

-¡La nebulosa! -gritó Joaquín-. ¡La tormenta nos ha lanzado al mismo sitio al que nos dirigíamos!

Los dientes de Ferenczi relumbraron en su sombrío rostro. Joaquín se apartó del helado nimbo y su voz restalló como un látigo.

-Hay mucho trabajo por delante, muchachos.

Vio a Trevelyan y Nicki junto a una de las

portillas. Se miraban fijamente el uno al otro, con las manos cogidas. Joaquín sonrió brevemente. La vida continuaba. Fuera lo que fuese lo que sucediera, la vida seguía siempre su camino.

-Bueno, ya está bien, ustedes dos -llamó-. Déjenlo para más tarde.

-¡De acuerdo!

La voz de Nicki sonaba alegre y emocionada al mismo tiempo.

Lentamente, Trevelyan se volvió y se acercó al capitán. Nicki le siguió, echando hacia atrás su desordenado cabello con manos un poco temblorosas. Joaquín ya estaba junto al intercomunicador. Algunas partes del sistema de comunicaciones de la nave estaban inservibles, pero pudo ponerse al habla con la mayor parte de las estaciones. Las respuestas llegaron vacilantes, sin creer por completo en la salvación.

-Muy bien. -Joaquín se encaró de nuevo con sus oficiales-. Hemos recibido una buena paliza, pero parece ser que podemos continuar la marcha. Karl, toma el mando aquí y si alguien llama pidiendo órdenes, dalas tú mismo. Mientras tanto, ordenad un poco este lío. Descubre dónde estamos con tanta exactitud como te sea posible y estudia ese sol rojo. Voy a dar una pequeña vuelta de inspección. ¿Quiere usted venir, Micah?

-Sí, naturalmente. Aquí no puedo ser de gran ayuda.

-Ya hizo usted bastante, muchacho. Si no hubiera sido por usted, la nave se hubiese partido por la mitad.

-Bueno... - los magullados labios de Trevelyan esbozaron una

sonrisa-. Los coordinadores resultan útiles a veces.

Joaquín miró picarescamente a Nicki.

Ella no contestó. Restañaba la sangre de un corte que Trevelyan tenía en la cara.

Bajaron por la escalera de cámara. Había quedado retorcida en forma de S y por la parte de abajo se había soltado de las planchas de la cubierta. Más allá del pasillo, sus linternas de ángulo ancho dieron con un gran estrago. El parque era un montón de árboles derribados, fuentes hechas pedazos y hierba ennegrecida. Una ligera calina de humo se esparcía por el aire inmóvil.

-Aquí no funcionan los ventiladores -observó Joaquín-. Será una de las primeras cosas que debamos anotar en la lista de reparaciones.

Recorrieron el parque en toda su largura. Un hombre yacía apoyado contra un roble enano, con los ojos protuberantes y sin vista, y el cuello torcido. Detrás, había una mujer león una pierna rota, pero alguien estaba ya atendiéndola. Todo el lugar estaba tranquilo, con muy poco ruido o movimiento

-Su gente se recobra de prisa y bien - dilo Trevelyan -. No hay pánico.

-Hemos nacido entre las estrellas - dijo Joaquín, encogiéndose de hombros.

Después exclamó

-¡Hola!, parece que aquí hay alguien muy desgraciado.

Él mostró el camino, pasando a través de un seto destrozado hasta lo que había sido una glorieta. Ilaloa estaba agachada en el suelo, estremecida por la pena. Sean estaba sentado a su lado.

Cerca de ellos había un hombre muerto, con un cuchillo clavado. .

Joaquín se inclinó para mirar el cadáver.

-Abbey Roberto -murmuró.

-Intentó matar a Ilaloa - dijo Sean con una voz sin inflexiones.

-Sí; creo que tenía algunas ideas raras. Pero también las tienen los tribunales de las naves. De todos modos -Joaquín extrajo el cuchillo-, Roberto debió recibir lo suyo al tropezar con un borde cortante.

Limpió el cuchillo y lo devolvió a la vaina de Abbey.

-Gracias -dijo Sean.

Dieron una vuelta por la nave, mirando en todos los sitios y haciéndose cargo de los daños. Las desgracias no habían sido muchas... unos pocos muertos, una veintena más o menos de heridos graves y el resto con heridas leves. Hubo una destrucción tremenda del equipo más frágil, pero nada irreparable; y la estructura esencial de la nave estaba intacta. Joaquín dejó tras de sí una estela de cuadrillas de trabajo organizadas.

-Tendríamos que poder ponernos en marcha otra vez dentro de pocas horas -resumió-, pero f tardaremos más en estar dispuestos para luchar. Tenemos que encontrar un sitio en el que escondernos durante algún tiempo, hasta completar las reparaciones.

-No es necesario que sea un planeta, ¿verdad? - preguntó Trevelyan.

-Bueno, algo así. Si no damos con nada más, me gustaría encontrar masa sobrante para el conversor... no tenemos mucha y ya sabe usted cuánto gasta una nave en súper-impulsión. Y tal vez haya demandas de nuestras armas, además. Tendremos que conseguir unas cuantas toneladas de algo, quizá un par de meteoros. También nuestra planta alimenticia ha sufrido daños. Podemos vivir de alimentos en conserva si es necesario, pero frutas y verduras al natural, de un planeta T, sostendrían mejor la moral, hasta que nuestros tanques produzcan de nuevo. Apostaría a que la tormenta los ha dejado inservibles. Esto nos obliga a hacer observaciones dentro de un sistema planetario. Y...

-No se preocupe, comprendo su punto de vista. Vaya a lo suyo. Nicki y yo echaremos una mano aquí.

Joaquín se dirigió con pesados pasos hacia el puente. Se había reparado ya la iluminación eléctrica y su figura achaparrada parecía extrañamente solitaria mientras disminuía de tamaño al alejarse por la metálica largura del corredor.

Nicki se volvió hacia Trevelyan.

-No es posible -dijo suavemente.

-¿El qué?

-Que pueda ser tan feliz.

Él sonrió y la besó, tomándose todo el tiempo que le pareció. Pensó brevemente en Diana, que estaba en la Tierra, y esperó que no permanecería sola por mucho tiempo.

La nave había caído en un vórtice... ¿por qué? Tales cosas sucedían, desde luego, pero... ¿Tenía X su hogar tras una cortina de tormentas? No, eso no era posible. Los vórtices viajaban a grandes velocidades; era completamente improbable que el sol de X tuviera precisamente la velocidad que esa turbulencia.

¿Pudo el pensador de Kaukasu haber dado deliberadamente una indicación a Ilaloa? Siguiendo la ruta más directa hacia el sector revelado, hubiera conducido al Peregrino al centro de la tormenta, seguramente.

Trasladó los datos a su subconsciente, por lo que pudiera ser, y se entregó al trabajo manual de las reparaciones. Los nómadas estaban algo aturdidos por la experiencia pasada, pero se recuperaban bien.

A pesar, de todo, tuvieron varias horas de descanso. Trevelyan acompaño a Nicki hasta su puerta, pero no entró; después volvió a su propia habitación y se echó en la cama.

Despertó cuando la sirena gimió su señal y los hombres se pusieron rígidos en sus puestos.

-¡Úúhh... úh, uh.. úúhh... úúh... úh, úh, úh! ¡A sus puestos! ¡Todo el mundo a sus puestos de combate! ¡Se han detectado naves espaciales extrañas donde ninguna nave espacial tiene nada que hacer!

XIV.- EL PLANETA DE TIPO TERRESTRE

En el puente, *a* donde Joaquín le había llamado a toda prisa, Trevelyan contempló una gran extensión de estrellas y un único planeta. El sol era

un disco rojizo; con el brillo filtrado por las pantallas visoras, ya reparadas, podía ver los oscuros remolinos de puntos a través de su

fotosfera. Como la mayor parte de las estrellas gigantes, tenía una gran familia de planetas.

Era un planeta J, sin embargo, un coloso aún más grande que Júpiter, con la atmósfera como un infernal caldo de hidrógeno, metano, amoníaco y otros ingredientes menos conocidos. Presentaba una visión hermosa, flotando en el espacio, un globo achatado de suave brillo ambarino, con líneas envolventes de verdes, azules y castaños negruzcos, y un punto rojo que parecía un charco de sangre. El hombre divisó tres lunas, lo bastante cercanas para mostrar fases perceptibles.

-¡Esto no tiene sentido!

Joaquín contempló los parpadeantes medidores que indicaban que una nave espacial se acercaba. A esa distancia se podían detectar los neutrinos expulsados por sus motores, la «estela» de fluctuaciones gravitacionales producidas por la energía y hasta la atracción de su propia masa. Los maltratados instrumentos del *Peregrino* podían ser algo inexactos, pero no podía haber error en su mensaje.

-¡No tiene sentido! -repitió Joaquín-. Sabemos que aquí no hay nadie que tenga fuerza atómica.

-X -dijo Trevelyan -. Supongamos que tengan una nave patrullera en todos los sistemas de su imperio... o, por lo menos, en varios de *los sis*temas dentro del volumen que ellos consideran suyo. Montando detectores en órbitas apropiadas alrededor de esta estrella, conocerían automáticamente nuestra llegada. De este modo, sus naves podrían avanzar con alta aceleración para interceptarnos.

-Sí, sí, lo supongo. -Joaquín encendió una pipa de arcilla y aspiró profundamente el humo-. Y no estamos en condiciones de presentar batalla. ¿Huimos ahora mismo?

-Bueno, vinimos aquí para estudiar los seres de la Gran Cruz.

-Sí. Siempre podremos salir al hiper-espacio. Muy bien, esperaremos.

El *Peregrino* entró en caída libre, curvándose lentamente hacia abajo, en dirección al planeta J. El puente estaba silencioso. Sólo el sordo ronroneo de los motores dejaba oír su voz... estaban calientes, esperando. A lo largo de la nave, los hombres permanecían junto a los cañones y a los tubos de proyectiles cohete. Botes armados revoloteaban en el espacio a pocos metros de la nave. Sean estaría

pilotando uno de ellos, pensó Trevelyan.

El oficial de comunicaciones levantó la vista de su aparato.

-He probado toda la banda -dijo-. Ni sombra de señales. ¿Los llamo?

-No -dijo Joaquín-. Ya saben que estamos aquí.

Dio una inquieta vuelta por el puente y regresó para lanzar una desafiante mirada a Trevelyan.

-Su Unión preconiza la paz -dijo-. ¿Qué pasará si tenemos que luchar contra estos seres?

Los verdes ojos del coordinador eran firmes y serenos.

-Si nos atacan sin provocación, podemos luchar todo lo que sea necesario para salvar nuestras vidas. Pero tenemos que descubrir *porqué* nos asaltan. Sus razones pueden resultar completamente válidas según su modo de pensar.

-Y mi epitafio será: «¿Aquí yace un ciudadano observante de la ley!»

El grito de Petroff Manuel rompió el silencio.

-¡Ahora puedo verlos!

Se acercaron a toda prisa a su pantalla visora y trataron de ver en la oscuridad. Se percibía un punto diminuto de luz roja reflejada, moviéndose rápidamente entre las estrellas. Crecía a simple vista. Joaquín graduó la pantalla a toda potencia amplificadora y ante ellos apareció la imagen de una nave espacial.

Tenía la forma alargada necesaria a todas las naves de superimpulsión, en las que los generadores de campo deben montarse a proa y popa. Pero no era una nave construida por el hombre. El cilindro estaba biselado en planos lisos; la popa sobresalía y la proa llevaba una especie de mástil en forma de espada. Su metal era una aleación de cobre, que llameaba rojizamente a la fuerte luz del sol, y pudieron ver que el casco estaba remendado y abollado... era viejo.

Trevelyan aspiró con un silbido a través de sus dientes. Joaquín le lanzó una larga mirada.

-¿Conoce ese modelo?

-*Tiunra.*

-¿Eh?

-He visto fotografías de sus naves.

-Los mismos seres que perdieron naves aquí en la Cruz, hace cuatrocientos años...

-¿X es tiunrano? -murmuró Ferenczi.

-No es lógico -replicó vacilantemente Trevelyan-. Los tiunranos eran exploradores y científicos. Ni física ni culturalmente estaban preparados para la conquista. Y cuando una tecnología ha alcanzado el punto de navegación interestelar, no *necesita* un imperio.

-X -dijo Joaquín- tiene uno.

La nave se iba acercando, igualando velocidades con el *Peregrino.* Joaquín disminuyó la amplificación de la pantalla.

¡Puede ser! -exclamó el coordinador-. Todavía no lo sabemos.

El navío extraño estaba ahora solamente a unos cien kilómetros de distancia del *Peregrino,* perceptible a simple vista como un parpadeo luminoso. En las pantallas amplificadoras parecía un huso grotesco contra el cielo. Los rechonchos dedos de Joaquín oprimieron los botones de señales del cuadro de comunicaciones, avisando a su tripulación.

Saltó un medidor y zumbó una alarma. Computadores -electrónicos dirigieron rápidas órdenes a los pilotos robot. Joaquín leyó las señales.

-Esto es un proyectil autodirigido en su trayectoria -dijo-. Ni negociaciones, ni avisos, ni nada... sólo un proyectil de fisión nuclear lanzado contra nosotros. ¿Desea todavía ejercer sus oficios de pacificador con ellos, coordinador?

Trevelyan no contestó. Contemplaba la nave, preguntándose qué clase de tripulación llevaría. Podían ser cualquier cosa; no había forma de saberlo. Y había tan pocos que pudieran ver más allá de la fealdad, la extrañeza, la hostilidad, hasta llegar al parentesco último de la vida. *¡Extranjero, enemigo, mátalo!*

Una luz brilló silenciosamente en el espacio. Los computadores

del *Peregrino* interceptaron el proyectil con uno de los suyos. Le siguió otro, para ser arrebatado por un rayo gravitacional y lanzado de nuevo hacia el que lo había disparado. Y ahora el *Peregrino* disparó sus propias municiones, rápidos rayos y una furia demoníaca que estallaban a poca distancia del blanco.

Las constelaciones giraban locamente en las pantallas, mientras el *Peregrino* regateaba por entre una nube de proyectiles. La tripulación no lo notaba; los generadores de gravedad internos compensaban automáticamente la aceleración. Pero la tripulación sólo observaba las esferas de los aparatos, recargaba los cañones y los tubos lanza-proyectiles, atendiendo al cerebro electrónico mientras éste luchaba por ellos. La carne, la sangre y la mente humanas eran demasiado lentas y débiles para pelear en esta batalla.

Extraño combate, pensó Trevelyan. Era un juego de luces y sombras vacilantes, una partida de ajedrez jugada por máquinas, mientras los hombres observaban. El único sonido era el zumbido irregular de los motores de impulsión gravitacional y el débil susurro de los ventiladores.

No... un momento. Oyó otro ruido, el rechinamiento y el gemido que producían las vigas del casco. Tras la gran tensión a la que estuvo sometida durante la tormenta, sin haber sido inspeccionada ni reparada todavía, la estructura cedía ante el esfuerzo de hacer pasar aquella enorme masa por el laberinto de acometidas, fintas, quites y regates.

Y el rostro barbudo y afilado de Ferenczi se tornó sombrío cuando levantó la mirada de los cuadrantes de los computadores.

-Nos estamos rezagando -dijo-. Nuestros detectores y calculadores no son bastante exactos ni rápidos. Dentro de poco, una de esas bombas o proyectiles nos tocará.

-Lo mismo creo yo. -Joaquín saltó hacia el cuadro de comunicaciones y cogió el micrófono de radio-. ¡Regresen todos los botes! ¡Vuelvan todos a la nave!

Éste era el momento peligroso. Las pequeñas embarcaciones espaciales tenían que volver atrás y entrar en las cabinas para botes para estar bajo la acción de los campos de impulsión. Y cuando descendían, el *Peregrino* tenía que reducir la violencia de sus maniobras, o los haría chocar contra su propio casco exterior. Durante esos momentos, el enemigo podría...

Joaquín estudió los cuadrantes de los detectores.

-Ya no atacan con tanta furia. No nos disparan tanto. ¿Por qué?

Trevelyan miró hacia la nave extraña.

-Tal vez -dijo suavemente - no deseen aniquilarnos.

-¿Eh? - la expresión de Joaquín era casi cómica -. Pero qué...

-No nos asaltaron con más potencia de la que podíamos resistir. Ahora han cedido un poco, justo cuando cualquier comandante decidido se echaría

sobre nosotros con todos sus recursos. ¿ Y si solamente nos están advirtiendo que nos marchemos?

Un zumbido cortó sus palabras.

-Ya están todos dentro - dijo Joaquín.

Dejó el interruptor de señales de la sala de máquinas.

-Hasta luego, amigo.

A tan corta distancia de la estrella y sus planetas, la superimpulsión aumentaba de potencia con penosa irregularidad. Trevelyan se agarró a una mesa, luchando contra la protesta de su estómago. A los pocos minutos cesó el tormento y el sol rojizo disminuyó rápidamente de tamaño a popa. El espacio resplandecía, frío, a su alrededor.

Joaquín se secó el rostro. Lo tenía húmedo de sudor.

-¡No me gustaría tener que pasar otra vez por esto

La voz de Ferenczi habló secamente.

-Hemos tomado los datos astronómicos de toda esta región. Hay una estrella de tipo Sol a unos diez años luz.

-Si los otros están también allí... -empezó a decir Petroff.

Joaquín se encogió de hombros.

-Tenemos que ir a algún sitio. Muy bien, Karl, dame una ruta para ese sol.

-Esos seres, si son los mismos que X. saben que nosotros tenemos predilección por pequeñas estrellas GO -dijo Trevelyan -. ¿No se le ha ocurrido, Hal, que nos están llevando a donde ellos quieren, como se lleva a un rebaño?

Joaquín le miró de una forma extraña.

-Es una idea - dijo lentamente-. Pero este es un asunto en el que no podemos elegir, ¿no es verdad?

Trevelyan abandonó el puente y volvió a su habitación. Después de bañarse y cambiar de ropas, fue en busca de Nicki. La encontró esperando a la puerta de su departamento. Durante un momento permaneció contemplándola; entonces ella se le acercó y la estrechó contra sí.

Después de un largo rato, ella suspiró y abrió los ojos os.

-Vayamos a una de las casillas de botes -dijo-. Es el único sitio donde podremos estar más o menos solos. El parque está lleno de cuadrillas de trabajadores. Pero en este momento estoy libre de servicio.

Él echó una mirada al apartamento, pero ella le indicó con un gesto que no entrara.

-Sean y Loa están ahí dentro - le explicó -. Él estaba fuera en su bote, disparando proyectiles, y la embarcación no tiene ni los computadores ni la potencia necesarios para escapar a los disparos. Creí que Loa se volvía loca.

Bajaron por el corredor. Los dedos de ella se cerraban con fuerza en torno a los de él.

-Pensé que moriríamos todos -dijo con súbita aspereza-. Sabía que no podríamos resistir un verdadero ataque, y tú estabas en el puente y yo no podía ir allí...

-Ya pasó. Nadie resultó herido.

-Si te hubieran matado -dijo ella-, hubiese robado una embarcación y hubiera perseguido al asesino hasta encontrarle.

-Harías mejor en ayudar a corregir las condiciones que han podido poner en peligro mi vida.

-Enes demasiado civilizado - dijo ella con amargura.

La antigua guerra, pensó él, la inmemorial lucha de la inteligencia por dominarse a sí misma. Nicki jamás podría vivir en la Tierra. Como si leyera sus pensamientos, dijo lentamente:

-Si alguna vez salimos de esto, tendremos que tomar una decisión.

-¿No hay ninguna posibilidad de que te quedes en la nave? -preguntó ella ansiosamente-. ¿Y si te adoptaran?

-No lo sé. No he sido educado para esto. Para mí, la vida es algo más que viajar de estrella en estrelló y comerciar. No puedo huir de mí mismo.

-Pero viajas mucho en tus misiones -dijo ella-. Yo podría acompañarte. ¿No has necesitado nunca un... un ayudante?

-Cuando surge el caso, me procuro uno, otro coordinador, casi siempre un ser de otra especie. Pero... ya veremos, Nicki.

Bajaron por la escalera de cámara, pasando a la cubierta inferior, y entraron en una de las casillas para botes. No había mucho espacio entre el bote y los voladores que lo rodeaban, pero estaban solos, de pie sobre las planchas de metal y contemplando las estrellas a través de una de las pantallas visoras.

Se volvió hacia él con fiereza.

-Tu eres más listo que yo Sabes mejor en que acabará esto. Sólo que nunca te dejaré marchar libremente. Nunca.

-Si abandonaras la nave para venir conmigo - inquirió él-, ¿la echarías en falta?

Ella hizo un pausa.

-Sí. Aquí la gente es estúpida, de mentalidad estrecha y ruin, algunas veces, pero son los míos. Sin embargo, lo haría y nunca me arrepentiría.

-No - concordó él-, tú no eres de las que se echan atrás después de haber tomado una decisión.

Contempló el acerado brillo de las estrellas.

-Esperaremos y ya se verá.

El *Peregrino* siguió cruzando el espacio. Su tripulación trabajó duramente, haciendo las reparaciones... preparándose en vistas a lo que pudiera suceder al final del viaje. Joaquín los espoleaba sin descanso, menos para tener el trabajo hecho que para apartar sus mentes del peligro.

Casi al final del tercer día, abandonaron la superimpulsión y aceleraron hacia el interior. Los instrumentos registraban el espacio, murmuraban y les presentaron un cuadro del sistema. Se detectaron otro mundos. Uno de ellos tenía su planeta primario girando a una distancia ligeramente superior a la de una unidad astronómica y la nave se le aproximó, ajustando velocidades. Los telescopios, espectroscopios y medidores de gravedad trabajaron duramente durante las horas de vuelo.

No se percibía ningún signo de energía atómica; y, cuando el *Peregrino* se puso en órbita alrededor de su punta de destino, tampoco apareció ninguna otra nave. La tripulación se agolpó antes los visores para echar una ojeada al planeta.

Era de tipo terrestre bajo varios punto de vista. Resultaba una visión serena y agradable mientras se le acercaban; contra el desnudo fulgor de las estrellas, era un signo de paz.

Joaquín ordenó ponerse en órbita a algunos cientos de kilómetros de altura, empleando la energía gravitacional para permanecer sobre el lugar escogido.

-Es bonito -dijo-. Mandaremos abajo a un grupo de exploradores. Creo que Ilaloa debería ir con ellos. Esa telepatía que posee, o lo que sea, tal vez descubra algo. Sean tendrá que ir también. Y usted, Micah ; está usted entrenado para descubrir seres extraños.

-Estoy pronto - dijo el coordinador-, pero si voy, tendrá que atar a Nicki de pies y manos para que se quede en la nave.

-Eso no serviría de nada, a menos que también pudiéramos amordazarla. Muy bien, llévesela.

XV.- LA TRAMPA

Posarse en un planeta de esta clase requería un procedimiento estilizado que Trevelyan observó con interés. La actuación de los nómadas tenía su paralelo en las naves de la Vigilancia¡ pero el equipo empleado no era tan elaborado y algunos detalles de puro ritual se le habían incorporado.

Dos voladores iban en cabeza, con dos hombres cada uno, lanzándose cielo abajo a una velocidad temeraria. La región escogida era una isla de unos mil kilómetros de largo por trescientos de ancho, un lugar lleno de colinas, bosques y amplios valles fluviales. Los voladores pasaron rozando las copas de los árboles durante una buena media hora, mientras los hombres reconocían el terreno con la vista y los instrumentos. No había señal alguna que demostrara que el planeta estuviera habitado, ni aparatos metálicos, ni edificios, ni agricultura. Pruebas geosónicas revelaron que el suelo era firme, con una espesa capa de tierra encima de un lecho de roca y corrientes subterráneas. No se descubrieron animales de gran tamaño, ni siquiera grandes rebaños. Se podía descender sin peligro.

El bote siguió después, más lentamente, dirigiéndose hacia el suelo con una tripulación de veinte hombres, y los voladores se dejaron caer a sus lados para descansar. Los hombres permanecían al lado de los cañones, pero esto parecía un gesto sin sentido. El paisaje que se divisaba por las portillas era absolutamente pacífico.

-En el nombre del Cosmos, refugio - dijo ritualmente el capitán del bote, Kogama Iwao-. Muy bien, chicos, saltad.

Diez hombres vestidos con trajes espaciales aseguraron sus cascos y se dirigieron hacia la escotilla. La puerta interior se cerró tras ellos y un agudo gemido indicó la fuerza supersónica y las radiaciones esterilizadoras que llenaban la cámara mientras la puerta exterior estaba abierta.

Un rayo de sol hizo brillar el cabello de Ilaloa como plata derretida.

-Hay luz y libertad ahí fuera - dijo-. ¿Por qué os escondéis de ellas bajo una concha de acero muerto?

-Tiene buen aspecto - concordó Nicki, -, pero uno nunca sabe. Pueden haber gérmenes, mohos... cien formas en las que se puede presentar la muerte. Esas hojas tal vez resulten venenosas con sólo tocarlas. No tememos la aparición de monstruos hambrientos, Loa. Es bastante fácil entendérselas con ellos. Pero las enfermedades que se introducen en uno...

-Pero ahí no hay ningún peligro -dijo la loriniana.

El asombro aún se revelaba en su voz.

-Éste es un lugar pacífico.

-Eso es lo que vamos a ver - rujo bruscamente Kogama-. ¿Qué hay en la atmósfera, Phil?

Levy echó una ojeada a los cuadrantes de su analizador molecular, que había aspirado una muestra del aire.

-No hay gases venenosos en ninguna cantidad, excepto, naturalmente, el acostumbrado dejo de ozono - replicó -. Unas cuantas bacterias y esporas, claro. Le informaré acerca de ellas dentro de un minuto.

El analizador zumbó, investigando la estructura orgánica de la vida microscópica que había atrapado. Una célula de tal y tal naturaleza debe alimentarse en una clase de tejidos bastante definida, en cierta forma, y debe procurar productos secundarios predecibles. Uno a uno, los espécimen fueron tabulados hasta que se emitió el veredicto: nada de lo que había en el aire era dañino para el hambre.

Para entonces ya había regresado la patrulla armada, llevando muestras de tierra, plantas, agua y hasta un par de insectos. Fueron desinfectados en la escotilla, antes de entrar. La profilaxis era demasiado breve para afectar a cualquier cosa que estuviera bajo la superficie de sus espécimen y el equipo de Levy se puso al trabajo con la habilidad fruto de una larga práctica.

Los análisis revelaron que había vida de tipo terrestre, similar en la mayor parte de las enzimas, hormonas y vitaminas; nada podía provocar enfermedades en el hombre. Seres humanos abandonados aquí, podrían vivir en el planeta indefinidamente.

Kogama se rió al oír las últimas palabras y se frotó las manos.

-Todo está bien - dijo -. Podemos salir y descansar, supongo.

-¿Se da usted cuenta de que no ha tomado una muestra exacta de las formas de vida de este planeta? - preguntó Trevelyan.

-¡Oh!, no hay duda que encontraremos cosas que puedan herirnos... plantas venenosas, por ejemplo. Pero no aparecerá nada que no podamos manejar, estoy seguro

Trevelyan asintió.

-¿ Qué es lo que hará a continuación?

-Mandar partidas para que den una vuelta por ahí fuera. Veamos... -Kogama contempló el cielo por la escotilla que daba al oeste-. Tenemos unas cinco horas de luz, antes de que se ponga el sol. Hay tiempo suficiente para obtener una noción bastante aproximada de las condiciones del exterior. ¿Quiere ir, Micah?

-Desde luego.

-Unos cuantos deben quedarse con los botes, por lo que pudiera suceder. Tal vez me quede yo con ese grupo. Soy perezoso.

Kogama desmintió su bostezo al espetar una retahíla de órdenes. Dieciséis personas fueron divididas en cuatro partidas, con la misión de andar en una dirección definida y volver atrás antes del ocaso por otra ruta distinta. Mapas esquemáticos tomados desde el aire fueron repartidos entre ellos, para que los completaran lo mejor posible, y todas las muestras que hallaran de algo desacostumbrado tenían que llevarse al bote para estudiarlas.

Trevelyan se unió a Sean, Nicki e Ilaloa para formar un grupo. Los eres humanos vestían trae enterizo, botas, guantes finos como la piel, radios de pulsera, pistolas y cantimploras, y un equipo médico sujeto a la cintura. Ilaloa había rehusado llanamente vestir ropas extra.

-Que haga lo que quiera - dijo Kogama-. Si algo la envenena, será una forma bien útil para nosotros para saber lo que es peligroso.

-No hay ningún peligro - insistió Ilaloa.

Saltó de la escotilla a la hierba y permaneció un momento como estremecida por el éxtasis. Lentamente, alzó las manos y cerró los ojos ante el sol.

Nicki contempló la blanca y delgada figura con un dejo de

envidia.

Después, mirando a su alrededor y aspirando lenta y profundamente, añadió

-Es hermoso. Es tan bello como Rendezvous, y nunca creí que pudieran existir dos planetas iguales.

Trevelyan tuvo que admitir que estaba en lo cierto; un hombre podía sentirse aquí como en su casa y construir su hogar en tal sitio.

Mientras se dirigía hacia el bosque, Trevelyan se percató de los ruidos que de él salían. Eran como los de la Tierra con sus miríadas de pequeños murmullos, pero notó a faltar el canto de los saltamontes y de las alondras. Hasta el viento en las hojas producía un sonido diferente.

Ilaloa bailaba delante de sus compañeros, riendo en voz alta, loca por la repentina alegría de la liberación. Como una ninfa de los bosques, pensó Trevelyan... y en cualquier momento Pan podía salir tocando su flauta de entre la maleza.

Los cuatro subieron por la falda de la montaña, guiándose por medio de un compás giroscópico que recibía la fuerza desde el bote.

-Esto podría ser un parque - dijo Nicki después de un largo silencio.

Trevelyan parpadeó, sorprendido. Había algo en el paisaje que le inquietaba; ahora, sintió frío en su interior.

-¿Quién - preguntó lentamente- es el guardián?

-Pues... -los ojos de Nicki le miraban con asombro - nadie. Es sólo algo que se me ha ocurrido.

-Podría ser así -contestó él sin alterarse-,

pero la vida suele ser una continua lucha por conseguir espacio. Esto parece... ¡ajardinado!

-Pero eso es absurdo, Micah. Aquí no vive nadie. Ni siquiera X convertiría en parque todo un mundo deshabitado.

Trevelyan miró hacia adelante. Ilaloa estaba junto a un árbol, cuyas ramas se inclinaban hasta el suelo por el peso de sus frutos de color obscuro. Sean intentó detenerla cuando arrancó uno, pero ella se

río y lo mordió.

-Esto es tener muy poco cuidado -dijo Trevelyan.

Nicki, que iba cogida a su brazo, sintió que sus músculos se ponían rígidos.

Sean estaba aún protestando cuando ellos dos se acercaron. Ilaloa le presentó el fruto.

-Es bueno -dijo-. Hay luz de sol en su interior.

Pero...

-Pruébalo, querido. -Su voz se suavizó-. ¿Te daría yo algo que pudiese hacerte daño?

-No. No, es verdad. Muy bien, entonces.

Sean aceptó el regalo y lo probó. Una lenta expresión de deleite cruzó sus delgadas facciones.

-¡Es delicioso! -aseguró a sus compañeros-. Probadlo.

-No, gracias -dijo Trevelyan-. Dejad en paz todo lo que no haya sido analizado. Aunque no os haga daño ahora mismo, puede tener efectos retardados.

Salieron a una pradera abierta. Trevelyan disparó contra un animal, un pequeño cuadrúpedo.

Su color verde era debido a que en su piel vivían algas parásitas.

-¡Hey! -gritó Sean-. ¡Hey, mirad aquí!

Trevelyan le siguió hasta el árbol que se erguía al final del prado. Era gracioso, bastante parecido a un álamo, balanceándose y susurrando al viento. Pero las hojas tenían venas prominentes y...

Y brillarían en la oscuridad, .según sabía Trevelyan. Pertenecía a una de las especies sobre las que la Vigilancia había informado, a las formas de vida esparcidas de un modo tan inverosímil por media docena de mundos. Y las piezas del rompecabezas se ajustaron.

-¡Es un árbol linterna! - exclamó Sean-. Un árbol linterna como los de Rendezvous...

-X - murmuró Nicki -. X también ha estado en nuestro planeta.

Su mano se deslizó hacia la pistola.

Las radios que llevaban en las muñecas desgarraron el silencio con su urgente aviso:

-¡Atención todas las partidas! ¡Atención! Habla Kogama desde el bote. ¡Se acercan nativos!

Trevelyan observó a Ilaloa. No vio una expresión de victoria en su rostro. Era más bien como una súbita pega.

-Sí - dijo.

-Son humanoides de pies a cabeza. -La voz de Kogama se oía por encima del rumor del bosque-. Tienen piel blanca, cabello blanco azulado, son varones, barbilampiños... van todos desnudos y desarmados, saliendo lentamente de los bosques... ¡No!

Fue casi un grito.

-¡No pueden serlo! ¡Atención, todas las partidas, atención! Son...

La voz de Kogama se apagó en un suspiro y reinó el silencio.

Trevelyan apoyaba la mano en la culata de su pistola, pero no la sacó.

-¿Qué han hecho, Ilaloa? -preguntó muy suavemente.

-Han mezclado un gas adormecedor con el aire. - Su voz era débil e inexpresiva- No están heridos, sólo duermen.

-Ilaloa... - Sean dio un paso hacia adelante, con la pistola medio fuera de su funda-. Ilaloa...

Los nativos aparecieron ante ellos, a unos cuantos metros, en el borde del prado. «Deben habernos seguido sin que nos diésemos cuenta», pensó Trevelyan. Les miró de arriba abajo, apreciando la soberbia constitución de media docena de hombres, blancos coma estatuas de mármol animadas. Su cabello plateado ondeaba al viento, enmarcando sus rostros de dios helénico limpiamente cincelados y cayendo sobre los amplios hombros. Uno de ellos llevaba un objeto parecido a un gran huevo gris, con unos cuantos insectos metálicos revoloteando a su alrededor.

-¡Atrás!

Sean había terminado de sacar su pistola y la apuntaba temblorosamente contra los seres. Su grito era casi animal.

-¡Atrás o disparo!

Una lenta sonrisa curvó los labios de los hombres. El que llevaba el huevo habló en lengua básica humana, con acento, pero fluentemente, como una música que saliera de su garganta

-Si ordeno a los moradores de este nido que te piquen hasta matarte, lo harán. Y si tiramos el nido, también. Aparta el arma y escucha.

Nicki levantó su arrogante cabeza.

-Antes os llenaremos de balazos.

-No lo entiendes.

Ilaloa se coloco ante los humanos.

-Tu raza está separada de la vida y en su interior lleva el temor a la muerte y el anhelo de la muerte. Nosotros no sufrimos ninguna de las dos cosas. Arrojad vuestras armas.

Trevelyan suspiró. En ese momento sólo sentía un enorme cansancio.

-Vamos, hacedlo - ordenó -. Nuestra muerte no serviría de nada y tampoco sabemos cuántos más de... esos, no están observando. Tirad las armas, Sean, Nicki.

Dejó caer su propia pistola sobre la hierba.

El ser que llevaba el huevo mortal asintió.

-Eso está bien.

XVI.- CAUTIVOS EN LA GRAN CRUZ

Singularmente, fue en Ilaloa en quien se fijó la mirada de Trevelyan. El orgullo la había abandonado y dio un paso hacia Sean, con las manos extendidas hacia él.

El nómada se volvió de espaldas, emitiendo un sonido parecido a un sollozo ahogado. Fue hacia Nicki como si ésta hubiera sido su madre y ella le abrazó. Ilaloa los contempló durante un corto instante. Después se deslizó al interior del bosque y desapareció.

«Todavía conserva la intuición de lo que debe hacer en cada momento», pensó Trevelyan. «Y éste no es el apropiado para ella».

Lentamente, volvió la mirada, buscando al ser alto que había hablado. Estaba colocando cuidadosamente el nido gris en la bifurcación de un árbol. Cuando tuvo las manos libres, el apresador sonrió de nuevo. La sonrisa resultó deslumbradora y cálida en su rostro.

-Bienvenidos.

Trevelyan cruzó los brazos y contempló al otro con inexpresivos ojos.

-Esa es una frase curiosa para decírnosla a nosotros.

-Pero es sincera - insistió amablemente el ser-. Ustedes son huéspedes en este planeta. No es un eufemismo. Estamos verdaderamente contentos de verles aquí.

-¿Se alegrarían de vernos marchar? -preguntó aviesamente Trevelyan.

-No, en este momento no. Primero nos gustaría que nos comprendieran ustedes un poco. - La hermosa cabeza se inclinó-. ¿Puedo encargarme de las presentaciones? A este planeta lo llamamos Toaluani y nosotros somos los alori. Esta palabra no equivale exactamente a la suya «humano», pero suponga por el momento que es así. Yo me designo... me llamo Esperero.

Trevelyan le indicó los nombres de su grupo, añadiendo.

-Pertenecemos a la nave nómada *Peregrino.*

-Sí. Eso ya lo sabemos.

-Pero Ilaloa no dijo... ¿Son ustedes telépatas?

-No en el sentido que usted supone. Pero esperábamos al *Peregrino.*

-¿Cuáles son sus intenciones con respecto a nosotros?

-Pacíficas. Nosotros (los que conocemos el arte) devolveremos el bote a la nave. La tripulación no sospechará nada, ya que no han recibido ninguna alarma por radio, y están demasiado altos para haber observado lo ocurrido por medio de los telescopios. Cuando estemos dentro de la casilla de botes soltaremos el gas adormecedor, que se esparcirá rápidamente en el interior de la nave a través de los ventiladores. Traeremos aquí abajo a todos los nómadas, transportándolos en los botes. Pero ninguno resultará herido. ¿Quiere usted venir con nosotros? Nuestro grupo irá hacia aquella parte de la isla, donde creemos que estarán ustedes más cómodos. También llevaremos allí a sus compañeros de la nave.

-Sí... sí, desde luego.

Nicki saludó a Trevelyan con sonrisa torcida. Andaba un poco detrás de él, apoyando una mano en el hombro de Sean. El nómada se movía como un hombre ciego. Trevelyan permaneció al lado de Esperero, y los otros alori se deslizaban a ambos lados. Se «deslizaban»... no había otra forma de expresar la gracia ondulante de sus movimientos, silenciosos bajo las sombras moteadas por el sol. El bosque se cerró a su alrededor.

-Pregunte cuanto quiera - dijo Esperero -. Está usted aquí para aprender.

-¿Cómo se las compusieron tara que viniéramos? ¿Cómo lo supieron?

-Por lo que se refiere a Lorinya a Rendezvous, como ustedes lo llaman -dijo Esperero-, hacía unos cincuenta años que lo habíamos colonizado cuando llegaran los nómadas, y los observamos y estudiamos durante mucho tiempo. Algunos de nosotros conocíamos ya su idioma y teníamos medio de espiarlos aunque ninguno de los

alori estuviese presente.

Como Trevelyan alzara las cejas, el ser dijo solamente.

-El bosque informaba a nuestra gente.

Después de un momento, continuó

-Hace cuatro años se oyó mencionar al capitán Joaquín sus sospechas acerca de esta sección del espacio. Era lógico pensar que más pronto o más tarde vendría a investigar y decidimos introducir un agente a bordo de su nave. Se escogió y aleccionó a Ilaloa. Cuando el *Peregrino* vino este ario no le fue difícil, usando las facultades enfáticas de nuestra raza, encontrar a alguien que quisiera llevarla consigo. Todavía no sé lo que hizo para cambiar los planes de su viaje...

-Yo se lo diré.

Trevelyan relató lo que sucediera en Kaukasu.

-Es evidente que no había ningún ser pensante detrás de las paredes. Es una consumada actriz.

-Sí. Ilaloa les proporcionó una configuración estelar tal, que la ruta más directa desde el planeta hasta aquí tendría que meterles inevitablemente en la tormenta.

-Ya. Y supongo que le imbuyeron defensas post-hipnóticas, para que contestara como ustedes lo deseaban aunque estuviera bajo hipnosis.

-¿Lo intentó usted? Sí, desde luego, eso la protegió de todos los modos imaginables.

-Excepto contra la tormenta misma -dijo secamente Trevelyan -Casi nos aniquiló.

-Si hubiera sido así -dijo Esperero- por lo menos hubiésemos quitada de en medio un enemigo en potencia.

Había un dejo de inhumanidad en su acento. No era cínica indiferencia, sino alga más... ¿un sentimiento de predestinación? O de aceptación?

-Sin embargo, sobrevivieron ustedes- continuó el aloriano-. Nuestra intención era conducirles a una colonia para poder capturarles, tal como hemos hecho. Hay una media docena de colonias

a las que era igualmente probable que ustedes llegaran y todas han sido dispuestas para recibirles. Yo he sido por casualidad el que los ha... cogido, podríamos decir.

Su sonrisa era traviesa y Trevelyan no pudo evitar una mueca.

-Debí haberlo supuesto - dijo como si lo sintiera-. Si tan siquiera hubiese pensado e investigar acerca de Ilaloa, hubiera descubierto la versad.

-Usted no es nómada, ¿verdad?

-No. Los nómadas no. se entretuvieron en comprobar los hechos o motivas de todo el asunto y yo tenía demasiadas cosas en las que pensar. Pero si hubiese sabido que se suponía que los lorinianos eran enteramente salvajes... Ilaloa habla la lengua. básica casi a la perfección, con un vocabulario muy extenso hasta tratándose de un ser humano. Sabía palabras desusadas, tales como «hoz», que sólo hubiera podido encontrar en obras literarias... y no leía macho, si es que lo hacía, durante el viaje. Y cuando intentamos discutir nuestros puntos de vista filosóficos, empleó varias veces expresiones muy sofisticadas. Supuse que pertenecía a una cultura bastante elevada, que tenía mucho que ver con los nómadas.

-Eso es bastante cierto - dijo Esperero.

-Sí, pero los nómadas consideraban primitivos a los lorinianos. Ellos... Bueno, no importa.

Trevelyan suspiró. Cada vez que uno pensaba haber expresado la realidad en un sistema, tropezaba can una nueva faceta. El hombre sensato debe desconfiar siempre de sus convicciones.

-No recibirá usted ningún daño -dijo Esperero.

Traspusieron a paso largo las colinas, pasando entre bosques llenos de sombras, mientras el sol declinaba lentamente. Trevelyan percibió vida animal por todas partes, trepando a los árboles, arrastrándose por el suelo, alzándose hacia el cielo en alas victoriosas. Oyó un canto que era toda silbidos y trinos, sonando alegremente en una espesura de flores. Los alori inclinaron la cabeza para escuchar y uno de ellos repitió el silbido, subiendo y bajando

por la escala. El pájaro contestó. Era casi como si estuviesen hablando.

Pasaron cerca de un gran mamífero, parecido a un gracioso antílope de piel azul, con un cuerno en espiral en su fina cabeza. Les observó con tranquila mirada. ¿No cazaban los alori?

Nicki habló a espaldas de Trevelyan.

-Micah, los nómadas debimos darnos cuenta de que los lorinianos no eran nativos de Rendezvous. Todos los otros vertebrados del planeta tienen seis miembros.

Trevelyan se volvió hacia Esperero.

-¿De dónde provienen ustedes originalmente?

-De Alori. Es un planeta no muy lejos de aquí, considerando la que son las distancias astronómicas. Pero es muy diferente a vuestra Tierra. Es por eso que nuestra civilización ha desarrollado unas bases tan ajenas a las vuestras, que...

Esperero hizo una pausa.

-¿Qué una tiene que destruir a la otra? -terminó suavemente Trevelyan.

-Sí, así lo creo. Pero eso no significa la destrucción física de los seres que poseen tal cultura.

-¡No se entremeterá usted en mi mente! -saltó Nicki.

Esperero sonrió.

-Nadie la forzará a usted en ningún sentido. Sólo pedimos que vean por sí mismos.

-¿En qué son ustedes tan diferentes? -preguntó Trevelyan.

-Eso es largo de explicar -Mijo Esperero-. Digamos que su civilización tiene una base mecánica y que la nuestra la tiene biológica. O que ustedes

procuran dominar las cosas, en tanto que nosotros sólo deseamos vivir como parte de ellas.

-Dejemos la diferencias aparte por el momento - dijo Trevelyan -. Si no se interesan ustedes por la inventiva, la inventiva mecánica en todo caso, ¿cómo salieron de su planeta nativo?

-Llegó una nave, hace mucho tiempo, un navío explorador de Tiunra, tripulado por pequeños seres peludos y extraños...

-Sí, ya lo sé.

-Los alori son una cultura unificada. Evolucionaron en conjunto, mientras que su raza no. Este es otro reflejo del abismo que nos separa. Nuestra gente ya había escalada los picos montañosos que traspasan las nubes que encubren a Alori. Habían visto las estrellas y, por métodos distintos a los de ustedes, aprendieron algo acerca de ellas. Hicieron prisioneros a los tiunranos y decidieron que tenían que defenderse.

-Los tiunranos no los atacaron, ¿verdad? -preguntó Sean.

-No. Pero... tienen ustedes que esperar, tienen que ver más cosas de nuestro modo de vida antes de que puedan entenderlo... Los alori cogieron la nave y viajaron entre las estrellas. Muchos se volvieron locos al enfrentarse con aquel medio extraño y tuvieron que volver para que los curaran. Pero los demás continuaron. Encontraron otras naves tiunranas... capturaron tres.

»Ninguna nave tiunrana volvió a aparecer por aquí, pero nos dimos cuenta de que varias razas estaban llevando a cabo viajes interestelares y que algunas llegarían inevitablemente hasta nosotros.

Y el simple hecho de que construyeran naves espaciales significaba que pertenecían a la misma clase de seres extraños. Empezamos a colonizar los planetas habitables de esta región. No había muchos que se pareciesen a Alori, que es de un tipo desacostumbrado, pero también encontramos belleza en mundos como éste. Extendimos la vida que conocíamos entre las estrellas, de manera que el universo ya no resultó tan frío como antes.

Esperero hizo una pausa. El sol iba hacia el ocaso; el planeta tenía un día de veinte horas, aproximadamente.

-Creo -dijo- que acamparemos dentro de poco. Podríamos continuar fácilmente la marcha durante la noche, pero desearán ustedes descansar.

-Continúe con su historia - apremió Trevelyan.

-¡Ah, sí! - Una sombra cruzó su cincelado rostro-. Como usted quiera. Descubrimos, en nuestras exploraciones, que éramos casi únicos. Comprenderán ustedes que esto incrementó nuestros temores

respecto al futuro. Colonizamos todos los mundos deshabitados en los que nos era posible vivir, trayendo las formas de vida alorianas y modificando la ecología nativa en el grado necesario. En otros pocos planetas...

Dudó.

-¿Sí?

La voz de Trevelyan era inflexible.

-Exterminamos a los nativos. Lo hicimos sin crueldad. Casi ni se dieron cuenta de lo que pasaba, pero lo hicimos. Necesitábamos los mundos y los nativos no quisieron cooperar.

-¡Y dice usted que el hombre es peligroso!

-Nunca les he acusado de ser despiadados. - Esperero sacudió la cabeza-. Tal vez más adelante comprenderán lo que quiero decir.

Trevelyan se esforzó por dominar sus sentimientos. La historia del hombre ha sido siempre violenta. Si hoy respetaba la vida inteligente, era porque había aprendido que así debía hacerlo por medio del fuego, la espada y la horca de los tiranos.

-Muy bien - dijo el solariano-. Continúe.

-Hasta ahora hemos colonizado unos cincuenta planetas - siguió diciendo Esperero -. No es un imperio muy grande, aunque cubre un considerable volumen de espacio, ya que nuestros planetas están bastante separados entre sí. Y nosotros no podemos construir máquinas. Eso destruiría lo que estamos intentando proteger.

»Observamos el crecimiento de la Unión. No-necesito explicarle con detalles cómo lo hicimos. Entre tantas razas, era fácil hacerse pasar por miembros de cualquiera de ellas. Yo mismo he pasado varios años vagando por su territorio, investigándolo en todos sus aspectos. Hemos visto su gradual expansión hacia nosotros y sabíamos que, tarde o temprano, descubrirían ustedes nuestra existencia. Nos hemos preparado en vistas a ese día. Hemos capturado las naves que se ponían en órbita alrededor de nuestros planetas sin saber éstos que nos pertenecieran, incrementando así nuestra flota. Compramos naves, abiertamente, en Erulano.

-Un hombre de allí -dijo lentamente Trevelyan -nos dijo que seres humanos le compraban las naves a cambio de oro. Estaba seguro

de que eran humanos.

-Sí. Algunas razas se han unido a nosotros y llevan nuestra clase de vida. Entre ellos hay tripulaciones y descendientes de antiguos tripulantes de las naves que capturamos.

-Y espera usted que nosotros... -el susurro de Nicki tenía una nota de terror.

-No se les forzará - aseguró Esperero.

Llegaron a la cumbre de una colina y contemplaron el horizonte más allá de profundos valles. El sol se ponía entre un derroche de colores.

-Descansemos - dijo Esperero.

Sus compañeros empezaron en silencio sus tareas: Algunos desaparecieron en los bosques para volver al poco rato con frutas, nueces, bayas y otras plantas más difíciles de identificar. Otros partieron calabazas, que resultaron estar vacías, y cogieron largas y suaves hojas.

Trevelyan tocó una de las calabazas por curiosidad. Resultaba perfecta para su propósito... una hendidura facilitaba el abrirla; tenía en la base un pincho que podía clavarse en el suelo. Y hasta tenía también un asa.

-¿Crecen así naturalmente?

Esperero se rió.

-Sí, pero primero les enseñamos a hacerlo.

-¿Encontraremos cobijo?

-No es necesario. Tenemos moradas en los árboles, pero podemos dormir fuera. ¿Le gustaría más, en realidad, encerrarse con su propia respiración y sudor?

-No... Supongo que no. Si no llueve.

-La lluvia es limpia. Pero ya lo entenderá más tarde.

La media luz del ocaso se convirtió en un sedoso azul. Los alori estaban sentados, formando un grave círculo. Uno dijo algunas palabras y los otros le contestaron. Era como un rito, que también

aparecía en todo lo que hacían... hasta la repartición de la comida tenía algo de ceremonioso.

Trevelyan se sentó al lado de Nicki, sonriendo. Le dieron una nuez llena de leche, que iba a ser su copa, y la hizo chocar con la de ella.

-A tu salud, cariño.

-Pueden comer y beber sin temor - le dijo Esperero -. No hay nada que temer en este planeta... ni venenos, ni fieras hambrientas, ni peligros o gérmenes ocultos. Aquí está el fin de toda lucha.

Trevelyan probó los alimentos que le ofrecían. Eran deliciosos, con una infinidad de sabores nuevos y sutiles, de agradable textura y un poder alimenticio tan fuerte, que sintió correr con más fuerza la sangre por su venas. Nicki le imitó con el mismo entusiasmo.

Sean estaba recostado contra un árbol, contemplando el valle iluminado por la luna. Sentía un vacío en su interior, como si nada fuera del todo real.

Ilaloa se le acercó. Parecía una estatua blanca a la luz de la luna y se aproximó tanto que podría haberla tocado. No la miró, sino que continuó con los ojos fijos en el valle. Aquí y allí, los árboles antorcha parecían espadas de luz en medio de la oscuridad.

-Sean - dijo.

-Vete - replicó él.

-Sean, ¿puedo hablar contigo?

-No -respondió-. Vete, te digo.

-Hice lo que debía, Sean. Esta es mi gente. Pero quiero decirte que te quiero.

-Me gustaría romperte la cabeza - dijo.

-Si de verdad lo deseas, Sean, hazlo.

-No. No vale la pena tomarse el trabajo.

Ella sacudió la cabeza.

-No acabo de comprenderlo. No creo que ningún otro alori

haya sentido nunca como yo. Pero tú y yo nos queremos.

Él quiso negarlo, pero las palabras parecían fútiles.

-Esperaré, Sean - dijo ella-. Esperaré siempre.

XVII.- EL FESTIVAL

Los nómadas fueron llevados a un valle en la costa noroeste de la isla, rodeado de colinas y abierto al mar. Cuando el grupo de Trevelyan llegó allí, ya había pasado la confusión inicial. Mil quinientas personas se instalaron para soportar la aturdida espera de lo que sucedería a continuación

Joaquín recibió a los recién llegados en el borde del valle.

-Los estaba esperando. Uno de los nativos me dijo que vendrían por este camino.

-¿Cómo lo sabían? -preguntó Nicki.

Los hombres de Esperero los habían dejado a unos cuantos kilómetros de distancia, indicándoles la ruta que debían seguir.

-No lo sé -dijo Joaquín, encogiéndose de hombros-. Por increíble que parezca, empiezo a pensar que estos bosques forman una especie de red de comunicaciones. Las primitivas vías misteriosas, ¿no? Bueno, dejémoslo. Tuvimos algunas dificultades al principio, pero esos chicos saben lo que se hacen.

Joaquín hizo chascar la lengua con admiración.

-Sus presas de judo empiezan donde terminan las nuestras. Sin embargo, no nos hicieron daño y ahora la tripulación está muy tranquila.

-¿Les han proporcionado algún sitio donde vivir?

-Sí. Los nativos que conocen la lengua básica nos dijeron que habían evacuado esas casas arbóreas para que los ocupásemos nosotros. Dijeron que querían ser amigos nuestros, aunque no pudieran dejarnos libres para que azuzáramos a toda la raza humana en contra suya. Desde entonces, no se nos ha acercado nadie. Muy discretas.

Joaquín contempló agudamente a Sean.

-En tu lugar, muchacho, yo no me mostraría demasiado durante algunos días.

-Comprendo - dijo Sean.

-Ya se darán cuenta de que no fue culpa tuya

y se les pasará dentro de poco, pero vine para prevenirte. Conozco un grupo de árboles alejado de la población central, en los que podrás vivir.

El capitán se volvió al coordinador.

-¿Tiene usted idea de lo que esperan que hagamos?

-Que nos instalemos. Y que aprendamos más cosas acerca de su organización antes de intentar nada.

-Ya. ¡Me quitan la nave!' ¡Me trasplantan como si fuera una hortaliza! Es más que suficiente para impulsar a un hombre a la bebida.

Trevelyan estudió las casas de los alori con un interés más que superficial. Recordaban los árboles naturalmente huecos en los que habitaban los aborígenes de Nerthus, pero eran incomparablemente más adelantados. Cada tronco contenía una habitación de paredes suaves y cilíndricas, de unos siete metros & sondo, bien iluminada y aireada; la madera era dura y bellamente veteada. Tenían ventanas que podían cerrarse con un trozo de tela transparente que formaba parte del árbol; una cortina parecida, pero más recia servía de puerta. El suelo estaba alfombrado con una hierba semejante al musgo, cuya esponjosidad mantenía un continuo calor.

Un par de estanterías salientes servían de mesa; no había más muebles, pero el suelo formaba una cama agradable. Las lianas que se enroscaban en el tronco sé introducían también en el interior, en una orgía de flores, entre las que colgaban unas vejigas que, por la noche, brillaban con luz fría y amarilla. Podían «apagarse» tapándolas con sus propias vainas, que colgaban a los lados. En una de las paredes crecía hacia dentro una rama hueca, que soltaba agua si se retorcía, con un desaguadero debajo para recoger el líquido sobrante. Cerca del árbol crecía un arbusto cuyos frutos cerosos constituían un excelente sucedáneo del jabón; los otros cuidados del cuerpo podían hacerse en los ilimitados bosques.

Trevelyan se instaló en un árbol aislado, con Sean y Nicki

como vecinos. Careciendo de gustas rebuscados, no echó en falta los acostumbrados accesorios de la vida humana.

La aldea, descubrió, era en realidad un poblado bastante grande, formado por unas quinientas moradas... más que suficiente para los Peregrinos, sobre todo si se pensaba que uno podía vivir igualmente en el exterior. Sólo era necesario acostumbrarse al rocío; después de eso> hasta los árboles parecían restringidos y sofocantes.

Los animales domésticos favoritos también habían sido traídos desde la nave. Era extraño ver a un «terrier» ladrándole a un insecto de alas coma el arco iris o durmiendo a la sombra de una flor de medio metro de diámetro. Poco después de la llegada de los humanos, algunos de los alori volvieron con un cortés ofrecimiento de traer todo lo que desearan del *Peregrino,* que ahora estaba en órbita libre más allá de la atmósfera. Joaquín compuso una lista con todos los deseos de su gente, en su mayor parte herramientas. Esto pareció divertir a los alori, pero les trajeron lo pedida. Joaquín apuntó en primer lugar su whisky, tabaco y unas cuantas pipas.

Los nómadas empezaron a tranquilizarse. Era evidente que sus captores no deseaban infligirles daño alguno, sino que se sentían aparentemente muy contentos de dejarles hacer lo que se les antojara.

Trevelyan se reunía a menuda con varios de los alori. Solía pasear por el bosque, solo o con Nicki. Cuando deseaba hablar con alguna de las... digamos nativos, no pasaba mucho rato sin que se presentase alguien. Esperero parecía ser su mentor especial.

-¿Qué planes tienen respecto a nosotros? -preguntó el coordinador.

Esperero sonrió.

-Ya le he dicho que no les forzaremos... por lo menos directamente. Pero son ustedes un pueblo inquieto. La mayor parte de usted pronto empezarán a ansiar el espacio abierto.

-¿Y por consiguiente...?

-Por consiguiente, preveo gran actividad entre ustedes. En primer lugar, reanudarán las artes mecánicas. El bosque ofrece muchas posibilidades a las mentes creadoras, y nuestra gente les aconsejará cuando sea necesario. Esto ayudará a borrar la enemistad que sienten hacia nosotros.

-Algunos de esos proyectos quizá no le gusten -dijo Nicki.

-Lo sé. Por ejemplo, los hombres empezarán a pensar en la caza. Construirán arcos y otras armas. Pero entonces descubrirán que la vida animal ha desaparecido. De un modo semejante, todas sus demás ambiciones inadecuadas se frustrarán.

-¿Y si se rebelan contra ustedes? -preguntó Trevelyan.

-Se guardarán mucho de organizar una guerra contra todo un planeta. Pero la cultura nómada, como cualquier otra, es el producto de un medio ambiente y de sus necesidades. Aquí su medio ambiente físico, el espacio abierto, ha desaparecido. El planeta los absorberá.

»No se convertirán en alori. Esta generación y tal vez las dos siguientes, no serán absorbidas por completo. Pero, uno a uno, cuando estén preparados, saldrán de nuevo al espacio... en nuestro provecho.

Esperero movió la cabeza con aire de sabiduría.

-Así ha sido con nuestros os otros huéspedes viajeros del espacio.

El suyo era un plan de largo alcance, como comprendió Trevelyan, pero los alori tenían paciencia de sobra. Y ¿cuál era la forma tomada por sus influencias restrictivas? Toda cultura tenía que tener alguna. La moderna sociedad salariara intentaba inculcar en cada individua un modelo de costumbres y reacciones... una moralidad y una visión del mundo. Técnicamente, la suya era una cultura con sentido de la culpabilidad. Los nómadas, con la importancia conferida por ellos al honor y prestigio personales, a la riqueza y su visible extinción, tenían una cultura basada en la deshonra. ¿Y los alori?

Se fue convenciendo de que la cultura de los alori era una simbiosis que pretendía alcanzar a todos los planetas. La pertenencia a un todo orgánico era su motivo fundamental... una cultura basada en el temor, pero modificada.

La profecía de Esperero resultó exacta. De nuevo se practicaban las artes mecánicas entre los nómadas aislados en el planeta. Empezaron a aparecer telares, yunques y tornos de alfarero.

Trevelyan lo encontró casualmente un día y el aloriano le preguntó si le gustaría asistir a un festival.

-Ciertamente -dijo el coordinador-. ¿Cuándo?

Esperero se encogió de hombros.

-Cuando todos se hayan reunido. ¿Vamos?

Era así de sencillo. Trevelyan, sin embargo, retrocedió para invitar a Nicki y Sean. El joven rehusó amargamente, pero Nicki la acompañó muy contenta.

Anduvieron hacia el sur, los dos humanos y algunos alori, avanzando sin prisa por las valles y colinas. Llovió durante la mayor parte de un día, pero a nadie le importaba. Casi al final del segundo día, llegaron al sitia donde tendría lugar el festival.

Se hallaban en un vallecito en forma de cuenco y los árboles que se erguían en la pradera central eran de especies desconocidas para Trevelyan. Ya se encontraban allí un centenar o más de alori. Se movían suavemente por el lugar, saludándose las amigos con grave ceremonia; todo formaba parte de un armonioso ritual. Trevelyan fue amablemente recibido y tuvo oportunidad de practicar sus conocimientos del idioma. Nicki, que no poseía ninguna particular habilidad lingüística, permaneció callada; pera sonreía. Se había tornada extrañamente serena durante el último mes.

Las dos lunas alcanzaban el plenilunio esa noche. Cuando la azul penumbra se acentué. el hombre y la mujer se reunieron con los alori sentados en torno al prado. Durante un rato reinó el más profunda silencio.

Se elevó una sola nota y flotó en el aire. Trevelyan se sobresaltó y miró a su alrededor, buscando al que la había emitido. La nota siguió elevándose, creciendo triunfalmente, y se le unieron otras, entrando y saliendo de una escala desconocida para él, pero extrañamente agradable. Descubrió, primero con sorpresa y después calmosamente, que era el bosque quien cantaba.

La noche cayó sobre el planeta. El lívida puente de la Vía Láctea se arqueaba en una bóveda de transparente oscuridad. Las lunas subían rápidamente por el cielo, convirtiendo el valle en un ensueño de plata y sombras, y el primer rocío condensó su luz en diminutas puntos, como si fueran planetas caídos.

La música sonó con más fuerza. Era la voz del bosque, el rugido del viento entre las ramas, el rumor cristalina del agua, el canto de los pájaros, gritos de animales y, par debajo de todo esto, una

fuerte y continua pulsación, semejante a la de un corazón vivo. Aparecieron los bailarines, saliendo de entre las sombras a la irreal luz de la luna, alzándose como si poseyeran alas. Adelante y atrás, entrando y saliendo, y las brillantes bolas de fuego acompañándoles; pájaros de plumaje luminoso se movían rápidamente entre sus blancas formas volantes y la música hablaba de la primavera.

Después vino el verano, con su crecimiento y su fuerza, y una gigantesca tromba de agua; las nubes se levantaron, el sol las atravesó y brilló sobre el inmensa océano. La tierra sobresalía verdeante del mar, que azotaba espumeando los acantilados, con las árboles alzándose hacia el cielo y hundiendo sus raíces en el planeta. Rugió un animal, sacudiendo la cornamenta en todo su poderío y esplendor. La danza degeneró en furia.

Después se hizo más lenta, majestuosa, con la pasión de las ramas cargadas de fruto y la tierra dorándose en espera de la cosecha. La muerte del verano se adivinaba en la calinosa distancia y en las noches heladas. A gran altura, una bandada de pájaros en forma de cuña volaba hacia el sur y sus gritos eran un canto desolada para los caminantes.

Trevelyan se preguntó qué significado tendría la música para los alori. Para él representaba la Tierra, los años que transcurrían velozmente y el regreso final al sena de la tierra. Pero él era humano; oprimió fuertemente a Nicki contra sí.

Invierno. Los bailarines se esparcieron como hojas arrastradas por el viento; la luz de la luna brillaba fríamente en el vacío y la música repitió el aullido del viento invernal. La helada cubrió el planeta; la luz del sol brillaba aceradamente y lo noche estaba llena de frías estrellas, caía silbando la nieve y los glaciares se corrían hacia el sur. La aurora boreal extendía su brillo fantasmal por el cielo. Una bailarina se adelantó y permaneció inmóvil por un momento, como sumida en la desesperación. Después golpeó el suelo con el pie, una vez, otra, y empezó a bailar el fin de todas las cosas. Trevelyan advirtió que era Ilaloa.

Bailó lentamente al principio, como si avanzara entre la niebla o la fuerte nevada. La música se elevó de nuevo, aguda y salvaje; bailó más de prisa, huyendo, agachándose, remedando el arrastrar de alas rotas, el hambre y la destrucción, el frío, la muerte y el olvido. Bailaba con un salvajismo y una desesperación que le obligaban a mirar. La música era coma el choque de los glaciares aplastando montañas bajo su pesa, derramándose por las anchas planicies y cubriendo los

orgullosos bosques. Era como si el invierno hubiera enloquecido, viento y nieve, noche y tormenta, icebergs flotantes en el norte y huracanes aullando en el sur. El mundo gemía bajo su pesa.

Murió la tormenta. Lentamente, la bailarina se alejó, tan pausada como la vida apareciendo en la creación. Cuando se hubo ido, quedó sólo el rumor tronitoso del mar y del cielo, el viento fúnebre y el sol brillando débilmente. Había terminado.

Y, sin embargo, había plena realización en ello. La vida había nacido, luchado y muerto. La realidad era... el hombre no necesitaba nada más.

Cuando renacieron el silencia y la luz de la luna, los alori no se movieron. Permanecieron sentados durante largo rato, sin hablar ni hacer el menor ademán. Después, una a uno, se levantaron y desaparecieron en las sombras. El festival había terminado.

El rostro de Nicki aparecía blanca a la luz de las lunas. Éstas se ponían, comprobó Trevelyan con sorpresa. ¿Sólo había pasada una noche?

Cuando se hallaron de nuevo en el campamento nómada, Joaquín los casó. Después hubo una fiesta y un banquete, pero Trevelyan y Nicki no estuvieron mucho rato.

XVIII.- CONFLICTO INEVITABLE

Se alejaron de la colonia, las dos solos, y recorrieron la isla. No tenían prisa. Cuando encontraban un sitio que les gustaba especialmente, una enseriada arenosa, un valle escondida, las solitarias cumbres de una montaña, se detenían un momento, hasta que una vaga inquietud les impulsaba a seguir adelante.

Trevelyan deseaba saber más acerca de la civilización de los alori. Pera para esta necesitaba estudiarla.

Se encontraban a menudo con alori en los bosques, o tropezaban con uno de sus poblados. Eran siempre bien recibidos y obtenían francas respuestas a sus preguntas. A medida que se hacía más hábil en el emplea de su idioma, empezó a pensar en él, ya que ninguna lengua de la civilización propia podía expresar por completa los nuevos conceptos.

Hasta el punto en que se podía comparar la cultura alori con cualquier sociedad humana, aquélla era apolínea... refrenada, moderada, todo equilibrio, orden y ajuste. Era poca adecuada para el individuo agresivo; . no obstante, cada individuo estaba completamente desarrollado, era perfectamente consciente de sí mismo, libre de escoger su propio destino dentro del patrón marcado.

No era una sociedad perfecta, ni siquiera dentro de sus propias normas. La utopía es un sueño que se contradice a sí mismo. Aquí había penas, como en cualquier otro lugar del universa; pero el dolor formaba parte de la vida.

Tampoco era el imperio de la Gran Cruz un lugar de estúpido contentamiento. A su manera, formaba una cultura tan científica como la de Sol. Pero los fundamentos teóricos que la sustentaban eran completamente extraños. La mente aloriana no analizaba por factores; consideraba el problema entero como un todo unificado. Cuando la cuestión misma era incompleta, un hombre hubiera dicho que no había tomado en consideración todos los datos relevantes; un aloriano diría que la organización no sentía ¿o parecía? (No hay palabra equivalente en la lengua básica) correcta.

Por otra parte, los alori eran completamente inútiles en cuanto

se trataba de las más sencillas máquinas compuestas. El más inteligente de ellos no podía entender el funcionamiento de una radio corriente emisora receptora y eran astronautas enteramente por el método empírico. Tenían sólo una vaga noción del átomo y ninguna del núcleo. La teoría del campo general les eran tan extraña que hasta les parecía repulsiva.

Trevelyan fue dándose cuenta, paulatinamente, de la implacable hostilidad que esta gente sentía, no hacia los seres que se introducían en su mundo,, sino hacia la misma civilización.

-Si creen que no podrán soportar la competencia - dijo cierta vez-, su propia filosofía tendría que enseñarles que su moda de vida no es adecuado y que debe desaparecer. Pero pueden soportarla, si se ven obligados a hacerlo. Tienen unos conocimientos por los que pagaríamos gustosamente lo que fuera. Y ni siquiera habría competencia en el sentido acostumbrado de la palabra, ya que cada sistema planetario es o puede convertirse, fácilmente, en una organización autónoma.

-No sé -respondió Nicki-. ¿importa mucho?

Él la miró agudamente.

-Sí - dijo por último-. Importa.

Estaban en la costa sur, en un cabo rocoso. Ante ellos se extendía el mar; una fresca y húmeda brisa soplaba bajo el alto cielo, haciendo ondear la cabellera rubia oscura de Nicki.

-Es casi como si fueran fanáticos, como lo eran las religiones militantes o las tiranías estadísticas que existieron hace mucho tiempo en la Tierra - comentó él.

-Así que un sistema de vida da paso al siguiente -dijo Nicki-. ¿Vale la pena matarse unos a otros?

-Es más que eso. La guerra corrompe tanto coma el poder. Cuando te dije cierta vez que no había motivo para un imperio interestelar, pasé por alto una posibilidad, porque creí que ya no existía. Los imperios son una defensa. Si alguien los atacara impulsado por razones ideológicas, los planetas asaltados necesitarían una fuerte organización para repeler a los agresores.

-Pero, ¿tendría que luchar la Unión? ¿No sería más fácil ceder?

-No se trata de si *tendrían* que luchar o no. El caso es que lo harían. Una sociedad tiende a defender su existencia, especialmente contra las presiones exteriores. - Trevelyan apoyó una mano en el hombro de su esposa-. Lo que has dicho no parece propio de ti, querida. Acostumbrabas a ser un verdadero dragón, con llamas saliendo de la boca.

-Entonces no era feliz - replicó ella-. Pero este lugar es tan tranquilo y hermoso, Micah. Es...

Su voz se desvaneció.

-¿Ya no deseas viajar de estrella en estrella?

-¡Oh, sí! Algún día lo haré. Pero, ¿por qué no hacerlo en favor de los alori?

-Porque a fin de cuentas, Nicki, somos humanos. El hombre siempre ha sido luchador. Podemos aceptar lo que es bueno para nosotros, pero tiene que ser en nuestros propios términos.

-Encuentras respuesta para todo, ¿verdad?

Él sonrió. Nicki seguía siendo una muchacha llena de espíritu.

Más tarde llevó a cabo abiertas averiguaciones acerca de los alori y ajustó sus corteses pero inflexibles respuestas en el esquema que estaba formando en su mente. Consideraban el universo como un todo orgánico al que *debía* pertenecer todo lo creado. La división era una locura.

La civilización de la Unión les parecía horrenda.

A pesar de ello, hubieran podido dejar sola a fa Unión; pero la energía de ésta tendía a expansionarse y ellos estaban en su camino. Sus conocimientos no tenían precio para el hombre; éste desearía saber.

Y el contacto les resultaría mortal. El intercambio modificaría ambas culturas, pero los alori no pedían soportar el cambio.

-Yo puedo entenderlo -dijo suavemente Nicki -. Supongamos que alguien me cogiera, Micah, y empleara una de esas máquinas para la personalidad, de manera que ya no te quisiera. Sé que cuando toda hubiera terminado, ya no me importaría. Entonces tú ya no significarías nada para mí. Pero yo lucharía contra ello a cada paso.

Les arrancaría los ajos, les daría golpes bajos y gritaría con todas mis fuerzas.

Él la besó en la susurrante oscuridad del bosque.

La sugerencia de que la Unión se mostraría comprensiva y dispuesta a aislar a la Gran Cruz, recibió solamente un cortés escepticismo. Y Trevelyan tuvo que admitir que estaba justificado. Tal aislamiento sólo sería una solución temporal. Más pronto o más tarde, con un pretexto o con otro, habría contacto. Entonces la Unión sería demasiado fuerte para que ellos pudieran enfrentársele. Los alori querían actuar ahora; ya lo habían estado haciendo durante algún tiempo.

Si conseguían una victoria absoluta, el riesgo era soportable. Lo horrible era la posibilidad de que lo intentaran y perdieran. Entonces habrían dos civilizaciones abismándose en la noche.

Y Trevelyan dio entrada en su mente a un prejuicio en favor de su propia sociedad. Su raza había creado algo único y no deseaba que se hundiera en la nada.

No odiaba a los alori; cada vez los apreciaba más. Si su hazaña fallaba, una luz se apagaría en el universo. Su principio totalitario era algo que nunca se había formulado adecuadamente en la lógica de la Unión. Tal vez sería posible construid integradores que no sólo encajaran datos aislados, sino que considerarán un complejo local (la sociedad y sus necesidades, el medio ambiente físico, las leyes científicas conocidas) coma un todo. La ciencia alori, con el conocimiento que poseía del sistema nervioso, indicaría el modo de construir tales computadores.

Estaba sentado con Nicki en una pequeña roca hasta la que habían ido nadando. Nunca estaba uno seguro de lo que podía oír el bosque.

-Tenemos que huir - dijo o él-. Tenemos que avisar a la Unión de lo que se está fraguando aquí y decirle que la respuesta a su más importante pregunta está esperando.

-¿Qué sucederá entonces?

Sus palabras fueron quedas, apenas audibles entre el viento.

-Los alori aceptarán un «*fait accompli*» (*) -respondió él-. Cederán y se las compondrán lo mejor que puedan. No es como si

fuéramos a convertirlos en esclavos.

-No tenemos derecho a hacer eso - murmuró ella.

-¿Qué están ellos planeando con respecto a nosotros?

-¡Oh!, ya la sé. Pero... ¿dos malas acciones forman una buena?

-No - dijo él-. Pero esta no es una cuestión de ética. Continuaremos libres... y eso es todo.

Su mirada era desafiante.

-¿No deseas volver a viajar nunca entre las estrellas? ¿No en una misión, no can un propósito, sino porque ésa es tu vida y puedes hacer de ella lo que quieras?

Ella bajó la mirada. Un pájaro voló encima de sus cabezas. Era nativa del planeta, todavía sin incorporar a la simbiosis; iba de caza, buscando algo que matar.

-El mundo es como es - dijo Trevelyan -. Tenemos que vivir en él, aceptándolo... no en un mundo como el que pensamos que debería ser.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, muy lentamente.

XIX.- EL PLAN DE JOAQUÍN

Donde el valle tocaba al mar había una gran playa que descendía desde las dunas cubiertas de alta hierba hasta la continua línea de la mares. El grupo de Joaquín se sentó en semicírculo sobre la arena, de cara al capitán. Éste permaneció de pie, fornido y moreno por el sol, manoseando una pipa apagada entre las manos. Lentamente, recorrió con la vista el anillo de rostros y cuerpos bronceados.

Estaban presentes unos veinticinco nómadas, aparte de él mismo y Trevelyan. El coordinador estaba sentado cerca del capitán, con un brazo rodeando el talle de Nicki. Ella se apoyaba estrechamente contra él y su aspecto era de infelicidad. Los demás estaban tensos por la expectación. Sean se hallaba también entre ellos, sumido en la tristeza que le acompañaba siempre desde que había llegado a Louluani.

Joaquín se aclaró la garganta.

-Muy bien -dijo-. Creo que podemos hablar libremente. Aquí no hay grandes árboles frondosos a los que se pueda trepar y escuchar escondido lo que decimos. He estado sondeando a nuestra gente y tengo la impresión de que todos vosotros sustentáis mis mismas ideas. Entonces volvió Micah y empezó a espolearme, de manera que he organizado esta gira campestre. Creo que habéis comprendido de qué se trata.

Hizo una pausa, encarándose con ellos.

-Deseo salir de aquí -afirmó entonces ¿Quiere alguien acompañarme?

Se movieron inquietos, se oyeron voces quedas entre el grupo, sonó una maldición y muchos puños se cerraron.

-No se vive mal aquí- continuó Joaquín-, pero esta vida tiene sus desventajas. Supongo que serán distintas para cada uno de vosotros.

-Resulta bastante claro -dijo Petroff Dushan-.

Quiera volver a los viajes entre las estrellas. ¡Este planeta es... aburrida!

-Sí -gruñó Ortega Es come un jardín. Cada mañana me miro la piel para ver si el musgo ha empezada ya a crecerme.

-¿Recuerdan Hralfar? -preguntó melancólicamente Petroff Manuel-. Allí había nieve. Uno podía sentir el frío, como si el aire fuera líquido. Uno deseaba echar a correr, gritar, y el sonido se oía a muchos kilómetros de distancia, tan silencioso estaba todo.

-A mí dadme una ciudad -dijo Levy-. Bares y luces brillantes, ruido, una chica y quizá una buena pelea. ¿Si pudiera sentarme otra vez en «La media luna», en Thunderhouse, junto al Gran Canal... !

-Un sitio con alicientes - dijo MacTeague-. La ciudad colgante de Esgil IV y la guerra entre los pájaros y los centauroides. ¡Algún lugar *nuevo!*

-Una vez nos hayamos convertido al modo de vida de estos alori - dijo Joaquín-, nos dejarán viajar par el espacio... trabajando para ellos.

-Sí. Pera nunca nos convertiremos y usted lo sabe -dijo Kogama-. Y ¿quién ha oído decir jamás que un nómada viajara como servidor de otro? Vamos donde se nos antoja.

-Muy bien, muy bien - dijo Joaquín -. Ya sé lo que sentís todos.

Thorkild Elof oprimió los labios sombríamente.

-Terminaremos casándonos unos con otros dentro de nuestra nave -dijo-. Ya he observado que los jóvenes y las muchachas van juntos, porque no hay nadie más. Es obsceno.

-¿Van a convertirnos en alori? - gritó Ferenczi -. Es lo que han hecho con los otros. Los antiguos *Errante, Corsario, Vagabundo, Zíngaro, Soldado de fortuna*... ¡ya no existen! Sus tripulaciones ya no son nómadas.

-Sí - asintió Joaquín.

Su rostro se endureció.

-Se han apoderado de mi nave y de mi tripulación. Tendrán que pagar por esta.

-Un momento - interpuso Trevelyan -. Ya he explicado.. .

-¡Oh, claro, claro! Dejemos que los coordinadores se encarguen de los alori. Ya sólo quiero verme otra vez libre. -Joaquín hizo dar vueltas a la pipa entre sus rechonchos dedos-. Me he fumada toda el tabaco y vaciado todas las botellas. Los alori no beben ni fuman.

-Está muy bien eso de hablar -dijo Elof impacientemente. Pero nosotros estamos aquí abajo y el *Peregrino* ahí arriba. ¿Qué podemos hacer?

-Muchas cosas.

Joaquín se sentó, cruzando las piernas.

-Os he reunido para asegurarme de que todos estáis conmigo. -Chupó con fuerza la pipa vacía -. Mirad, ya he estado haciendo preguntas entre los alori. Son muy francos y corteses, y tenéis que admitirlo. Saben que no me gusta estar aquí, pero también saben que no puedo lanzarme al espacio de un salto... de manera que contestan todas mis preguntas.

»Bien, el *Peregrino* es la única nave estelar que hay en los alrededores. Los botes han sido llevados a una pequeña isla, unos veinte kilómetros al noroeste de aquí. Los alori no los necesitan, de modo que allí se están. Han montado una especie de guardia... plantas, animales y otras cosas, que no permitirán desembarcar a un ser humano sin el permiso de los alori.

-¡Espere un momento! -exclamó Petroff Dushan -. No querrá usted decir que podríamos coger a un alori y hacerle...

-Eso no serviría de nada - dijo Ferenczi-. Estos nativos no temen a la muerte. De todos modos, no creo que pudiésemos capturar a uno sin que los bosques lo supieran y nos echaran encima a toda la isla.

-Por favor - dijo Joaquín-. Mi idea no es tan burda.

Su mirada se volvió hacia Sean y continuó tranquilamente

-Ilaloa ha estado rondando un poco por aquí.

El rostro del joven enrojeció. Luego escupió.

-Bueno, no te muestres tan duro con la pobre muchacha -dijo

Joaquín-. Sólo hizo lo que era su deber. La he visto un par de veces, pasando a toda prisa, y nunca me he encontrado con nadie que pareciera tan apenado. Nos pusimos a hablar y me contó todas sus penas. Te quiere, Sean.

-¡Huh!

Fue un gruñido salvaje.

-No, no, es un hecho. Pertenece a los alori, pero te quiere y sabe que eres tan desgraciado como es posible serlo. Y me parece que se ha... corrompido un poco al estar entre nosotros. Un poco de sangre nómada se ha introducido en sus venas. Pobre niña.

-Bueno, ¿qué quiere usted que haga? -estalló Sean.

-Acércate a ella. Llévatela a un sitio donde nadie pueda oíros y pídele que prepare nuestra huida.

Sean sacudió la cabeza incrédulamente.

-No querrá.

-Bueno, no cuesta nada probarlo, ¿verdad? Su única alternativa es aceptar un tratamiento psicológico para borrarte de su mente y eso no quiere hacerlo.

-Lo comprendo -murmuró Nicki.

-¡Pe... pero se dará cuenta de que estoy mintiendo! -protestó Sean.

-¿Mentirás? Lo que tienes que decirle es que todavía te importa ella y que la llevarás contigo si nos ayuda. Creo que eso sería decir la verdad.

Sean permaneció sentado en silencio durante un buen rato.

-¿Lo cree usted así?

Joaquín asintió. Al cabo de un momento, añadió lentamente

-También será mejor que te metas esto en la cabeza. Si logramos huir, todo el asunto saldrá perfectamente. Una amenaza se habrá convertido en una empresa aprovechable. Creo que todos nos mostraremos muy amables con Loa.

-Bueno, yo...

-Adelante, muchacho.

Sean se levantó. Temblaba levemente. Se volvió y se alejó de la reunión, andando rígidamente. Nadie le miró.

Reinó el silencio, turbado sólo por el viento, la marejada y las agudos gritos de las aves.

Ferenczi dijo:

-Seremos sólo nosotros, los que estamos aquí, los que intentaremos la huida, ¿verdad?

-Sí. Con un grupo mayor sería demasiado arriesgado. Podemos volver a Nerthus con la nave. Representará mucho trabajo y tendremos que racionar las comidas, pero podremos hacerlo.

-Estaba pensando en los demás. Quedarán aquí como rehenes.

-Se lo pregunté a Loa y lo que me dijo confirmó mi corazonada. Los alori no hacen nada sin un propósito definido. No maltratarán a los nuestros cuando hayan perdido ya la partida.

Joaquín se puso en pie, desperezándose.

-¿Quedan más preguntas? Si no, la reunión queda aplazada hasta que sepamos en qué situación nos encontramos. Evitad todas a los nativos Notarían vuestra excitación. Juguemos un buen partida de balón volea para calmarnos.

Trevelyan seguía con el brazo rodeando a Nicki, mirando hacia la playa. A unos cientos de metros se organizó el juego de balón sugerido par Joaquín.

-¿En qué piensas. Micah?

Él sonrió.

-En ti -dijo-. Y en tu gente.

-¿Qué pasa con nosotros?

-Ya sabes que al Servicio no le agradan los nómadas. Constituyen una influencia desorganizadora dentro de una sociedad ya bastante inestable. Pero estoy empezando a creer que una cultura sana

necesita de un demonio como éste.

-¿Somos tan malos, los vagabundos estelares?

-No, no lo sois. No sois innecesariamente crueles respecto a nadie. Creo que habéis proporcionado tanto bien como perjuicio a los planetas que visitáis.

Rozó su cabello con los labios y percibió la suave y excitante fragancia que despedían.

-Tengo que volver a Sol para presentar mis informes –dijo y, de todos modos, creo que a ti te gustaría visitar el sistema. Pero después de eso... Nicki, no estoy seguro todavía, pero crea que me convertiré en nómada.

-¡Micah... ! ¡Oh, querido mío!

Ella le estrechó desesperadamente contra sí.

-Peregrina Trevelyan - murmuró él, mientras su pensamiento seguía divagando.

Esta era su respuesta. Los integradores tendrían que dar el veredicto final, pero creía que había encontrado el camino. ¿Nómada puro? No... pero can su talento, tal vez se convirtiera en una fuerza entre las naves y podría influenciar lo que hiciesen Y también se adoptarían otros coordinadores.

Introducirían en la vida nómada una dirección y un freno de los que ahora carecía y que le eran necesarios, suavemente, sin alterar su espíritu.

Sean avanzó por la playa hasta que se encontró solo entre el bosque y el mar. Subió a lo alto de una duna y contempló la inmensa extensión solitaria. La hierba crecía aquí fina y dura, arañando sus piernas desnudas. Hizo pantalla con una mano sobre sus ojos, mirando sobre la hierba que se extendía en dirección a la playa hasta que se convertía en valles y bosques.

Ella se le acercó, saliendo tímidamente del bosque. A un centenar de metros se detuvo; dispuesta a salir huyendo como si él empuñara una pistola. Permaneció observándola, dejando colgar sus mano vacías. Ella echó a correr.

La estrechó fuertemente contra sí, murmurando palabras incoherentes, acariciando el cabello desordenado por el viento y la suave piel cruzada por venas azules, dejándola llorar hasta que se tranquilizó. Sólo entonces se atrevió a besarla con irresistible dulzura.

-Ilaloa - susurró -. Te quiero, Ilaloa.

Sus ajos le miraron con fijeza, ciega y salvajemente.

-¿No puedes quedarte aquí? ¿Tienes que irte?

-Todos tenemos que irnos - respondió.

Ella apartó la mirada.

-Esta es mi gente.

-No es como si les hiciésemos algún daño - le explicó -. Yo también tengo a los míos. Y son igualmente los tuyos.

-Podría hacerme un tratamiento. Podría curarme de tu recuerdo.

La soltó.

-Pues hazlo - dijo amargamente.

-No.

Tenía los labios separados, como si no pudiera respirar.

-No, eso sería también ir contra la vida. No puedo.

-¿Es tan superior tu vida a la nuestra, que tiene que destrozarnos? -preguntó.

-No.

Entrelazó los dedos, retorciéndolos.

-Creo que tienes razón, Sean. Este es un mundo, un universo, oscuro y vacío, y debemos buscar todo el calor que podamos.

Se enderezó y se encaró con él. De pronto, su voz se hizo clara.

-Os ayudaré si soy capaz.

XX.- DE NUEVO LAS ESTRELLAS

Dos noches más tarde sopló un fuerte ventarrón desde el sudeste, saliendo del mar, cruzando la isla y desapareciendo de nuevo sobre el agua. Trevelyan lo oyó silbar como si le llamara. Miró a Nicki, que estaba muy cerca y parecía adorable a la cálida luz amarilla de su habitación.

Ella le sonrió y sintió un horrible estremecimiento al pensar que podría morir en la huida. Pero estaba decidida a ir con él y no atendía a más razones.

El árbol era cómodo, un lugar cálido e iluminado en medio de una inmensa oscuridad ululante. Sentado en el musgoso suelo, lo sentía temblar ligeramente bajo el empuje del viento. Nicki se sobresaltó cuando la cortina que servía de .puerta se descorrió y golpeó furiosamente, levantada por una ráfaga. Joaquín apareció en el hueco, completamente vestido, con la capa fuertemente arrollada en torno a su cuerpo de oso. Había en sus ojos una expresión que nunca había visto antes.

-Toda a punto, chicos -dijo-. Venid a la playa. Yo seguiré pasando la voz.

Saludó con un movimiento de cabeza y desaparición; la oscuridad se lo tragó.

Despacio, Nicki se levantó. Un temblor recorrió, su cuerpo y sus ojos azules parecían obsesionados. Sonrió, acariciando con una mana la suave pared de su habitación. Después, sacudiendo la cabeza de modo que sus rizos leonados se agitaron, dijo:

-Muy bien, Micah, vamos.

Levantándose con ella, se acercó a la estantería donde reposaban, olvidadas y polvorientas, todas sus pertenencias.

-Antes de que nos vayamos - dijo, volviéndose hacia Nicki y besándola.

Cuando salió, llevando a Nicki de la :mano, la oscuridad parecía un remolino de agua profunda. Oyó el aullido de los árboles; el viento gemía burlonamente entre sus ramas y ellos respondían con un gruñido de agonía.

Se dirigieron tropezando hacia la playa. Cuando llegaron a la orilla, el viento les golpeó el rostro. Por un momento, las desgarradas nubes se abrieron mostrando una media luna entre lejanas y pálidas estrellas.

La mayor parte del grupo de Joaquín estaba ya reunido, esperando. La luz de la luna brilló heladamente al chocar contra las hojas de los cuchillos y las puntas de las lanzas de caza, forjadas durante los largos días pasados en el planeta.

Estaban de pie en una húmeda hondonada por donde el río cruzaba la playa. Al borde del agua yacía un bote, traída desde los bosques por Ilaloa. Trevelyan estiró el brazo y tocó el casco con un sentimiento de temor reverencial.

El bote era larga y estrecho, de un sólo mástil, vela cangrejo y foque, verde oscuro, con timón y una pequeña cabina. Pero era en realidad un árbol vivo, alimentada por sales marinas y había tierra en su base.

Vio a Ilaloa, sentada cerca de la cabaña del timón. Se aferraba a Sean, como si ya se estuviera ahogando.

-Ya estamos todos, supongo. -La voz de Joaquín casi se perdía en el viento-. Será mejor que nos pongamos en marcha. No estoy muy seguro de que los alori no tengan alguna idea de esta travesura.

Tuvieron que llevar el bote más allá de las rompientes. Trevelyan chapoteó en los bajíos del río, entre nómadas que gruñían y juraban y a los que apenas veía. El casco era frío y resbaladizo al tacto.

Sintió rozar la quilla contra una barra de arena en la desembocadura del río. ¡Arriba! Tenían que levantar el bote para pasar por encima de la barra y meterlo entre las rompientes. El agua so hizo más profunda mientras vadeaba. El viento terral la ah

Baba un poco, pero sintió que la resaca le atenazaba las piernas.

-¡Empujad! -rugió Joaquín-. ¡Empujad!

Trevelyan lanzó toda la fuerza de sus músculos contra la solidez del casco. Sus pies buscaron un apoyo, pero lo perdió; se agarró a la borda y entonces una mano de gigante lo levantó. Una ola estalló encima de su cabeza. Un millón de truenos resonaron dentro de su cráneo. ¡Ahora entraban de veras en las rompientes!

El bote se balanceó. Trevelyan se agarró con dedos que parecían a punto de dislocarse. Un golpe le derribó, asfixiándole y haciéndole arder los pulmones. Intentó respirar, golpeó con los pies y siguió empujando el bate.

Este se hallaba ya en revuelto mar abierto. Una mano agarró a Trevelyan por el pelo y el repentino dolor le devolvió la conciencia. Chapoteó hasta alcanzar la borda, se cogió a ella y pasó por encima. Dándose vuelta, se preparó para ayudar a los otros.

La luna salió de nuevo entre las nubes y pudo ver una inmensidad de agua revuelta. A barlovento la tierra parecía una sombra llena de bultos, negra contra las nubes teñidas por la luna. A bordo se percibía una confusión de rostros. Apenas podía oír las voces entre el chillido del viento y el rugido de las olas. Joaquín estaba de pie, con las piernas separadas, inclinado hacia adelante mientras contaba.

-Falta uno.

Se enderezó, mirando por encima de los remolinos oscuros.

-MacTeague Alan se ha ahogado. Era un buen chico.

Lentamente, se volvió para encararse con Ilaloa, que seguía junto a la caña del timón. Su mano se levantó y dio la señal de partida. Ella asintió con un movimiento de cabeza, coma una figura fantasmal a la luz de la luna y habló a Sean. Este y otros dos hombres izaron las velas.

El bote saltó hacia adelante. Su mástil, que hasta entonces había estado balanceándose locamente contra el cielo, escoró de tal forma que Trevelyan creyó que volcaría. La botavara giró hacia fuera, formando casi ángulo recto con el casco ladeado, y el cordaje zumbó. El agua saltaba, en blanca espuma, a ambos lados de la proa, la estela se rizaba como una llama agitada detrás del bote y éste ¡corría!

Trevelyan boqueó, sacudiendo su cabeza empapada con admiración.

-¡Lo conseguimos! -dijo ahogadamente.

Todavía no se atrevía a creerlo.

-Lo conseguimos.

Nicki le abrazó sin pronunciar palabra. Se arrastraron por encima de sus compañeros hasta la proa, donde podían ver hacia dónde iban. El rocío de las olas les pinchó el rostro, pero contemplaban el mar y se sentían contentos.

Las nubes se abrían y la media luna, tan grande como la Luna en su pleno, era deslumbrante. Pero era hacia adelante, hacia el noroeste, que Trevelyan y Nicki fijaban la mirada. Allí estaban los botes y el camino para ir a casa.

Joaquín se arrastró hasta la proa, vio a los dos allí sentados y sonrió. Volviéndose, se abrió camino hacia la popa, comprobando el estado de su gente. Hasta ahora no habían habido desgracias, excepto la del pobre Alan. Joaquín se preguntó cómo se lo comunicaría al padre del muchacho.

Cuando llegó a popa vio a Sean e Ilaloa ayudándose el uno al otro a gobernar el timón. Era difícil imaginar cómo podía la joven mantener la orientación sin un compás, pero así lo hacía. La orilla ya se había perdido de vista; estaban rodeados por una absoluta oscuridad. La barra del timón se sacudía, luchando coma un animal vivo. Sean e Ilaloa estaban uno a cada lado, hombro contra hombro, con las manos entrelazadas sobre la caña. El hombre tenía la mirada fija, pera el capitán pocas veces había visto tal expresión de felicidad interna.

Se acercó más, agarrándose a la borda can una mano e inclinándose hacia adelante para que pudieran oír su voz.

-¿Cómo va?

El viento aulló por encima de sus palabras.

-Muy bien -contestó Sean-. Pronto avistaremos la isla. Ya podríamos verla ahora si fuese de día.

Joaquín se apoyó en los extremos de las cuadernas que sobresalían y miró a lo largo de la barca. Era extraño que no hiciese agua... no, el agua saltaba dentro, y era absorbida, secada; una fina lluvia saltaba desde los lados del bote, cayendo de nuevo al mar. El

bate también se achicaba por sí mismo.

Contempló el mar como si estuviera en lo alto de une montaña. Sobre su cabeza se extendía el cielo, cubierto de parpadeantes estrellas y cúmulos de nubes; debajo y alrededor suyo, el mar inquieto, cambiante y sonora; en todos sitios, el invento.

Pudo haber sido a través de años luz que vio la forma vaga del otra bote.

Asió a Ilaloa por el hombro con tanta fuerza que ella gritó. Lentamente, Joaquín señaló, y ella y Sean siguieron la dirección de su brazo.

Ilaloa permaneció en pie durante un segundo, sin moverse. Joaquín había visto una vez a un hombre alcanzada en el corazón por una bala, sin haber comprendida todavía que estaba muerto y que seguía en pie exactamente de esa manera.

Se inclinó hacia adelante para gritarte al oído:

-¿Es probable que alguien más esté navegando por aquí, en una noche corno esta?

Ella sacudió la cabeza.

-Bueno - comentó entre dientes-, agarrarse todos, chicos, que vamos a empezar una carrera.

Cuando remontaron la cresta de otra oía vio la isla. Era difícil medir las distancias, pero el acantilado de roca que se vislumbraba no podía estar muy lejos. Mirando fijamente hacia atrás, percibió la otra embarcación.

Acortaba distancias rápidamente, cuarteando a babor por popa. No era este un barco de vela; los alori habían enviado tras ellos una verdadera lancha. Era grande y alta de proa, sin mástil e impulsado por algo que nadaba. Sólo podía ver la gran curvó blanca de un dorso alzándose entre las olas, los golpes de una cola y de vez en cuando, una monstruosa aleta.

¿Puedes sacar del agua a Leviatán con un anzuelo? ¿Hará él un pacto contigo?

Ilaloa le dijo algo a Sean, quien asintió y le hizo un gesto a Joaquín. Unas pocas palabras llegaron a oídos del capitán:

-...coger un rema... arrecife...

Giró y aferró con las manos la barra que golpeaba a un lado y a otro. Sean buscó a tientas los cables de la botadura. La isla estaba ahora muy cerca, rodeada por la blanca espuma de las rompientes. Tenían que rodearla, sin duda, cambiar de bordada... ¿con ese mar?

La vela se deshinchó y flameó violentamente, y el bote guiñó, empezando a dar otra bordada. Fue una maniobra chapucera... Ilaloa hubiera podido hacerla mejor, pero sus ayudantes eran inexpertos. Perdieron la mayor parte de su velocidad anterior. La embarcación de los alori se acercó más; ahora estaría sólo a unos cientos de metros de distancia. Joaquín vio las altas figuras de sus tripulantes de pie en la proa. Creyó reconocer a Esperero entre los demás hombres, pero no estaba seguro.

La isla parecía alzarse como una montaña ante ellos. Joaquín percibió la resaca que saltaba en la base de sus acantilados y sintió palpitar su corazón. La embarcación de los alori avanzó rápidamente, casi a su costado, aunque entre ellos había por lo menos unos cincuenta metros. Joaquín observó el lomo y la cola de la bestia marina, que batía el agua.

¡No... todavía no, por el cielo! El bote de vela saltó hacia adelante. Los rompientes estaban ahora justamente a proa; Joaquín sintió el bandazo de la embarcación cuando entró en los remolinos. Una ola pasó por encima de la proa, tronando a lo largo del casco y entonces la quilla chocó contra un escollo.

Ilaloa señaló vivamente hacia un lado. ¡Saltad! ¡Saltad! Por un momento permaneció con la mirada fija. La vela cangrejo se desgarró y el aparejo se rompió como si fuera de cuerdas gastadas. Desembarcó.

Pudo hacer pie en un metro de agua. Debían estar en los bajíos. Y, pensó con repentina alegría; ¡el monstruo marino no podría nadar en tan poca agua!

Trevelyan y Nicki se le unieron, hundidos en el agua que se pegaba a sus cuerpos y rompía sobre sus cabezas. Una mujer se cayó, sumergiéndose. Trevelyan la cogió por un brazo, ayudándola a ponerse en pie. Nicki la sujetó por el vestido y chapotearon lentamente en dirección a la orilla.

Ilaloa ya estaba allí, con Sean a su lado, al principio de un sendero que conducía serpenteando por la pendiente del acantilado. Ella indicó con un gesto que retrocedieran los que ya se disponían a

escalarlo. La tripulación esperó en apretado grupo.

Trevelyan miró al mar abierto, más allá de las espumantes rompientes. La embarcación de los alori navegaba a lo largo de los arrecifes, a corta distancia de donde éstos surgían abruptamente del agua. Ellos ya estaban en tierra y los botes espaciales se hallaban sólo a unos metros de distancia...

Dominó sus emociones. Ilaloa todavía no se daba por vencida, al menos. Y aquí llegaba Joaquín, chapoteando y gruñendo al salir del agua... eso quería decir que todos habían ya desembarcado.

Vio que los nómadas empezaban a moverse y se puso en fila detrás de ellos. Nicki, a su lado, se agarraba con fuerza a su cinturón. Ilaloa debía estarles indicando el camino de subida, evitando a los guardianes de la isla. Pero los alori...

Miró hacia abajo, pero sólo percibió un pozo de negrura. Los alori les perseguían, sí... pero can este viento sus gases y probablemente, sus insectos picadores no les servirían para nada. Sería cuerpo a cuerpo, al extremo de la fila, que Joaquín y otros cuantos entablarían una furiosa lucha de retaguardia. Trevelyan maldijo, deseando retroceder y prestar su ayuda, pero el camino era demasiado estrecho y resbaladizo.

Llegaron a las alturas de la isla. El terreno estaba cubierto de arbustos y árboles retorcidos por el viento, vagamente perceptibles en la oscuridad. Pero vio espinas en las flexibles enredaderas, enroscadas en torno a los troncos y creyó vislumbrar ojos que les observaban. No sabía qué clase de vigilantes eran, pero Ilaloa les había ordenado que resistieran su ataque.

Corriendo, resbalando por las húmedas rocas y tropezando en las raíces medio escondidas, siguió a los nómadas por entre esa barricada de bosques. Fue una carrera corta y agotadora y, cuando terminó, los árboles se abrieron y pudo ver los botes.

Estaba agrupados, como dispuestos a despegar, con sus agudas proas señalando al infinito y la luz de la luna brillaba con un helado reflejo gris en sus costados. Sean ya estaba en uno de ellos, tanteando en busca del interruptor de los apoyos de aterrizaje. Tiró bruscamente de él. Por encima del chillido del viento Trevelyan oyó ponerse en marcha el motor, gimiendo. La escotilla se abrió y la escalera de embarque descendió, con la lentitud de una pesadilla.

Dando media vuelta, Trevelyan vio que los últimos nómadas

salían al claro, Joaquín capitaneando la retaguardia. Corrieron hacia la escalerilla como si el infierno viniera pisándoles los talones. Uno a uno, rápidamente pero con cierto orden, subieron a toda prisa al bote. Envió arriba a Sean, Nicki e Ilaloa, y esperó.

Los alori se esparcieron por el vallecito, corriendo con todas sus fuerzas. Joaquín indicó a Trevelyan con un gesta que subiera y después le siguió, mirando hacia atrás. Esperero (ahora reconoció su hermoso rostro) saltó en su persecución, con todos sus compañeros tras él.

El capitán se detuvo cerca de la escalerilla, levantando un pie calzado con bota. Tuvo que gritar para que le oyeran, pero en su voz se notaba una inmensa calma

-Si te acercas más, muchacho, te romo los dientes.

Esperero se detuvo. Hubo una repentina extrañeza en su respuesta... ¿piedad, dolor?

-¿Por qué huís así? No os haríamos ningún caño. Seríamos vuestros amigos.

-Eso -respondió Joaquín- es precisamente la cuestión, según creo.

Esperero asintió lentamente con un movimiento de cabeza. Una retorcida sonrisa apareció en su rostro.

-Ustedes los humanos tienen un ademán de despedida. ¿Puedo estrechar su mana?

-¿Eh?

Joaquín se cogió a la escalerilla con la otra mano. Podía ser un truco, sólo que era difícil imaginar lo que podían ganar capturándole a él solo.

-Muy bien. Desde luego.

Joaquín se inclino hacia abajo. La mano cíe Esperero era pequeña y flexible, con cálida fuerza respondiendo al apretón de la suya.

-Adios, amigo mío - dijo el aloriano.

Saltó la mano de Joaquín y descendió por la escalera El

nómada le miró fijamente, se encogió de hombros y continuó subiendo. Trevelyan oprimió un botón y la escalera se plegó mientras la puerta exterior se cerraba con un chirrido. El ruido del viento disminuyó y sobrevino el silencio. Conectó el motor; ahora el bote solo podía abrirse desde el interior.

Ilaloa estaba también allí, mojada y temblando de frío a la débil, luz blanca de la cabina. Sus ojos estaban dilatados por un renaciente temor.

-De prisa -dijo-. Despegad lo más rápidamente que podáis. Quedan los otros botes y también están a punto para volar. ¡Y llevan ametralladoras!

Joaquín se acercó de un salto a la pantalla más próxima, pero sólo pudo ver oscuridad y las nubes que pasaban. Oprimió el botón del intercomunicador.

Estaciones de emergencia! ¡Puestos de combate! ¡Y despegad!

No formaban una tripulación normalmente organizada, pero todos los hombres poseían algún entrenamiento. Sus botas resonaron sobre el metal cuando se dirigieron a sus puestos. Habían ametralladoras y tubos de proyectiles dirigidos en las aletas de planear y exactamente encima de los conos de energía gravitacional, y un cañón pesado en la proa. Joaquín permaneció en la escotilla central; Trevelyan giró rápidamente y subió por el eje de gravitación hasta la proa. Ilaloa no le siguió, aunque Sean era el piloto. Permaneció con el capitán, encogiéndose en un rincón como sí deseara hacerse invisible.

Trevelyan atisbó a Nicki en el interior de un camarote mientras subía y le dirigió un saludo. Ella respondió con la mano. Estaba ayudando a curar a una mujer, herida durante el naufragio de desembarco. Al llegar a la cabina de proa vio a Sean instalado en el sillón del piloto, mirando por la pantalla delantera mientras sus dedos volaban sobre los botones e interruptores. La despeinada cabeza del nómada se volvió hacia él, mientras reía.

-¡Buen chico, Micah! ¿Puedes manejar uno de esos grandes amigos?

-Sí, claro. ¡Pero despega cuanto antes, Sean!

Trevelyan se sentó de un salto en el puesto del servidor de la ametralladora. El arma se cargaba y disparaba automáticamente, pero se necesitaban dos hombres para dirigir a los robots. Petroff Dushan

era el otro hombre; su barba empapada y roja como el fuego rozaba el resplandeciente panel de control. Kogama Iwao estaba en el asiento del copiloto y Ferenczi se instaló en el fondo.

-La haré despegar a tiempo dijo Sean.

Era extraño, pensó Trevelyan, que la felicidad absoluta hiciera a un hombre tan indiferente a la muerte.

El bote tembló. Sean lo hizo despegar tan suavemente que, por un instante, Trevelyan no se dio cuenta de que ya estaban en el aire. Cielo arriba, hacia el espacio, en dirección a las estrellas... las palabras sonaban como un canta en su interior.

No tenían idea de dónde estaba el *Peregrino,* pero no sería difícil encontrarlo y subir a bordo. Y después...

-Nos disparan, Sean - dijo Kogama.

Sean miró las cuadrantes de los detectores. La embarcación se estremeció un poco al recibir el impacto del aire producido por un tiro fallido, hecho estallar por su propio contra-fuego.

-Sí - contestó -. Y... ¡Oh, ah

Habló por el intercomunicador.

-Piloto a capitán. Nos persiguen con otro de los botes. Emisión de neutrinos.

-Dame tiempo para enfocar mi pantalla - respondió Joaquín -. Sí, ahora lo veo. Hermanos, esto no es cosa buena.

Sean extendió la mano y graduó los mandos de su pantalla auxiliar, hasta que en ella apareció el suelo. Parecía un enorme círculo negro, cayendo hacia abajo, mientras ellos se dirigían cielo arriba. La luz de la luna mostró -in reflejo metálico que ascendía.

-¿Podremos escapar? -inquirió Ferenczi.

-No - dijo Sean-. Vienen demasiado de prisa. Será mejor que viremos para poder dispararles con las armas de gran calibre.

La voz de Joaquín resonó en el intercomunicador

-Capitán a tripulación. Capitán a tripulación. Parece que va a haber lucha. Aseguren los cinturones.

El bote no poseía campos de gravedad internos, exceptuando el eje de ascensión. Trevelyan aseguró las hebillas del correaje que le rodeaba y miró hacia fuera, percibiendo la noche azotada por el viento. Sus manos se movieron a lo largo de los pulidos y mortíferos controles de la ametralladora.

«Esperaba que pudiésemos huir sin tener que recurrir a esto», pensó.

Su cabeza se balanceó cuando Sean hizo virar el bote. Se inclinaron sobre la superficie del planeta, intentando aprovechar la ventaja de su mayor altura. El otro bote ascendía abruptamente hacia ellos. Trevelyan vio llamaradas cuando los proyectiles interceptados estallaron. Una vez la explosión de una granada de metralla alcanzó el casco cerca de la proa y éste resonó como un enorme gong.

-Su manera de pilotar es desastrosa - dijo Sean-. Nos resultará fácil.

-¿Tenemos que hacerlo?

Sorprendentemente, fue Ferenczi quien dijo esto.

-¿No podemos limitarnos a dejarles atrás?

-¿Y que nos disparen por la espalda? Si ese lo loco no sabe reconocer que está vencido tendremos que enseñárselo.

La dureza desapareció de la voz de Sean y se mordió los labios.

-¡Pero odio tener que hacer esto!

«Esperero», pensó lúgubremente Trevelyan «es mi amigo».

Durante un momento, la filosofía de toda su vida se rebeló.

«¿Hasta cuándo tendremos que aceptar al mundo tal como es? ¿Durante cuánto tiempo tendremos que permanecer con las manos cruzadas, viendo cometer injusticias?»

El bote nómada picó hacia abajo, cayendo sobre su enemigo como un halcón. El piloto aloriano intentó esquivarlo, desviándose torpemente 'a un lado. Sean pasó a pocos metros del otro y todas las armas de su bote dispararon al mismo tiempo mientras lo sobrevolaban. Los proyectiles cruzaron el espacio y el bote aloriano estalló en una llamarada, cayendo luego en pequeños trozos de metal

ardiendo.

«¡No estaba bien! ¡No debieron morir de esta forma!»

Los nómadas viraron otra vez cielo arriba; Trevelyan vio que habían cruzado el límite de la noche. El sol aparecía muy bajo por el este, produciendo largas sombras sobre un mundo de bosques que brillaba por el rocío.

-Ya estamos lejos. - De repente, Sean echó hacia atrás la cabeza y se río-. ¡Estamos lejos y libres de nuevo!

Trevelyan oyó un grito en el intercomunicador...

El bramido de toro de Joaquín, cortado a la mitad. Después sólo se oyó el aullido del viento.

-¿Qué demonios...? - Sean se inclinó sobre su micrófono-. ¿Qué pasa, capitán?

El viento ululó. Por el tubo de gravedad subía una fría corriente.

-Yo iré - dijo Trevelyan.

Su voz no parecía salir de su interior.

-Iré a ver la que ha sucedido.

Trevelyan se desembarazó del correaje de seguridad y corrió por la cubierta, dio dos zancadas hasta el eje de gravedad y descendió por el rayo como una hoja seca caída en el otoño. Oyó a Joaquín por los altavoces:

-Todo va bien. Sólo ha sido un pequeño accidente. Capitán a tripulación, permanezcan en sus puestos de combate.

Trevelyan salió por la escotilla del vestíbulo. La puerta exterior estaba abierta frente a un cielo que parecía infinitamente azul. Joaquín estaba junto a la cámara con sus ropas agitándose alrededor de su cuerpo inclinado. Su rostro curtido y feo se volvió hacia Trevelyan, luchando por mantenerse sereno. Joaquín lloraba. No sabía cómo; lloraba con tanta fuerza y desesperación, que parecía que su cuerpo fuera a hacerse pedazos.

-¿Cómo se lo diré, Micah? ¿Cómo se lo comunicaré al muchacho?

-¿Saltó?

-Yo estaba ocupado con la pantalla, observando. Vi que habíamos derribado al otro bote y continué mirando un momento más. Después oí arrancar el motor de la escotilla. La puerta sólo se había abierto un poco e Ilaloa estaba junto a ella. Corrí para sujetarla, pero la puerta se abrió lo bastante para darle paso.

Joaquín sacudió la cabeza.

-Pero, ¿cómo voy a decírselo a Sean?

Trevelyan no contestó. Pensaba en Ilaloa, cayendo a través del cielo hasta sus bosques y se preguntó qué habría pensado en esos momentos. Oprimió el interruptor y la puerta se cerró.

Trevelyan Miran se enderezó y posó una mano en el hombro de Joaquín.

-Está bien- dijo-. Sean tiene mucha más entereza de lo que usted cree. Pero no se lo digamos ahora.

El cielo se oscureció a su alrededor y salieron las estrellas.

FIN

* Purdah», palabra indostánica que se traduce por reclusión. (N. del T.)

* En francés en el original. (N. del T.)

* Palabra griega equivalente a conjunto de usos y costumbres. (N. del T.)

* Hecho consumado. En francés en el original. (N. del T.)